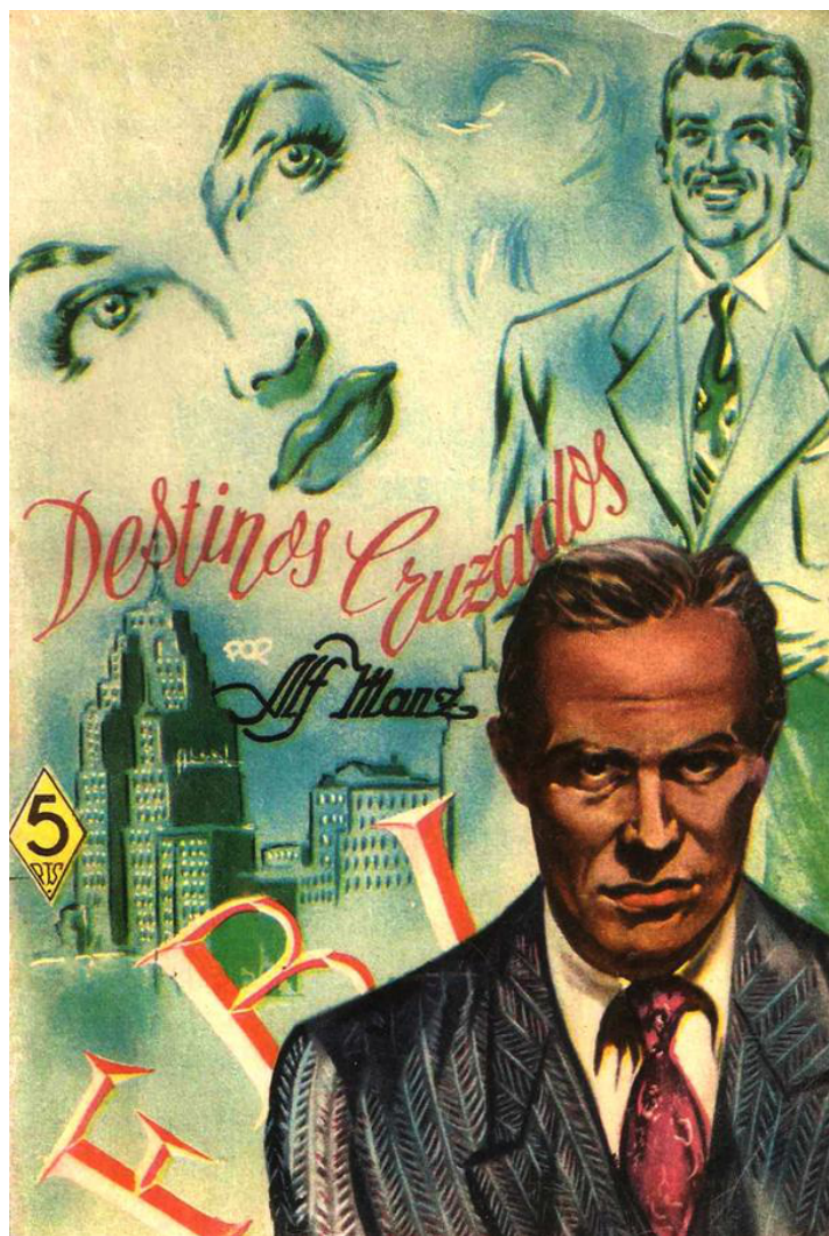




Alf Manz



DESTINOS CRUZADOS



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1954
PRINTED IN SPAIN



P. N. BERNARDO, 68 MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS

1. ¡Culpable! (7.ª ed.) (1).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quántico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
25. Una ciudad abierta (4).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (3).
32. Nueva York-San Francisco (7).
34. Muerte en el Caribe (6).
35. Secuestro (5).
83. Carne de horca (4).
84. Tráfico mortal (8).
92. ¡Sabotaje! (8).
93. La marca trágica (5).
94. Misión suicida (4).
95. Lucha a muerte (5).
96. Rebelión (3).
98. Caza mayor (4).
99. La muerte falsifica dólares (15).
100. Yo, director del F. B. I. (2.ª ed.) (1).
101. De Harvard a Quántico (16).
103. Tragedia en Chinatown (14).
104. Soborno (3).
105. Vida en deuda (17).
108. Contraespías (18).
109. Noches de Nueva York (5).
110. ¡Aniquilados! (19).
111. La risa sardónica (3).
112. Chantaje (4).
113. Canon de protección (20).
114. El misterio de los locos del altar (21).
115. El hombre de Witecha-pel (5).
116. Al llegar la noche (8).
117. Ciudad vertical (22).
118. Hombres y bestias (1).
119. La máscara (3).
120. Destino manda (23).
121. Sin esperanza (4).
122. La tela de araña (24).
123. Una sombra... (5).
124. Sin nada que perder (4).
125. Fidelidad, Bravura, Integridad (3).
126. La ciudad prohibida (2).
127. Fatalidad (5).
128. Esculera de color (16).
129. La muerte blanca (15).
130. Ojo siniestro (3).
131. El espectro del pasado (25).
132. Club nocturno (8).
133. Persiguiendo cadáveres (26).
134. Prisión de oro (4).
135. Pasión inmortal (1).
136. ¿Volverá O'Regan? (5).
137. Cubi de alimañas (17).
138. La aventura de Harris (3).
139. Ratas del puerto (27).
140. Billeto para la eternidad (4).
141. El triunfo de los mejores (21).
142. Al final, la muerte (5).
143. La encrucijada sangrienta (28).
144. Horas eternas (3).
145. Buck «Parabellum» (17).
146. El hombre de la camelia escarlata (1).
147. Intolerancia (4).
148. Actuación extralegal (8).
149. La máscara y el rostro (29).
150. Héroes del F. B. I. (5).
151. Peligro nacional (4).
152. El Dragón de Bronce (23).
153. El profesor (3).

154. Crimen en Reno (4).
 155. La mujer sin alma (1).
 156. Desafío (14).
 157. La verdad de una vida (5).
 158. Encrucijada (4).
 159. Bajo la piel del león (25).
 160. Maldad (3).
 161. Injusta sentencia (12).
 162. El asalto (5).
 163. Pesadilla trágica (4).
 164. De poder a poder (7).
 165. Cuando la Patria llama (23).
 166. Preciado «C» (3).
 167. Un hombre (1).
 168. Yo, el juez (4).
 169. El capitán de su alma (5).
 170. El verdugo espera... (30).
 171. Fuego en la sangre (29).
 172. ¡Ultimátum! (4).
 173. El ángel de Harlem (5).
 174. El quinto viajero (3).
 175. Agente núm. 1 (4).
 176. Rata acorralada (14).
 177. A una carta (3).
 178. Hay que saber morir (7).
 179. Grita una mujer (5).
 180. Cuatro deben morir (4).
 181. Sublime amistad (12).
 182. Disparos en la noche (32).
 183. Morir no es fácil (3).
 184. La silla espera (5).
 185. Falsas apariencias (33).
 186. Cien blancos en el infierno (31).
 187. Ojos en la noche (4).
 188. Problema resuelto (33).
 189. El disco rojo (29).
 190. Una pista en Ceylán (24).
 191. La heredad de los Lawson (34).
 192. La pista perdida (5).
 193. Misión de guerra (15).
 194. El crimen de las esmeraldas (35).
 195. Muerte robada (29).
 196. El agente fantasma (5).
 197. Confesión (4).
 198. La muerte de Louise Bernard (34).
 199. Zona de ocupación (17).
 200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1).
 201. 36.000 dólares (36).
 202. ¡Ni un paso atrás! (5).
 203. Viaje sin final (29).
 204. Pistas truncadas (37).
 205. Gran Hotel (38).
 206. La coartada falló (7).
 207. Lydia (3).
 208. El peso de la Ley (30).
 209. La única oportunidad (28).
 210. Aquelarre (4).
 211. La muerte ronda (33).
 212. Error fatal (39).
 213. Hacia el abismo (7).
 214. Ojos delatores (37).
 215. Reportero de sucesos (4).
 216. ¡Fugitivo! (40).
 217. Rehabilitación (33).
 218. El extraño agente (5).
 219. No escaparás de mí (8).
 220. La garra enguantada (4).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|--------------------|-------------------------|
| (1) Alf Manz. | (14) F. N. Graw. | (28) Jan Hutton. |
| (2) Fred Baxter. | (15) Robert Deaf. | (29) Richard Jackson. |
| (3) Frank McFair. | (16) Alan Carson. | (30) Jim Murray. |
| (4) Eddie Thorny. | (17) Al Cortina. | (31) Sand Burt. |
| (5) O. C. Tavin. | (18) Jack Grey. | (32) Joe Greig. |
| (6) Alar Benet. | (19) Edgar Ford. | (33) Bill O'Creigh. |
| (7) A. G. Murphy. | (20) Andre O'Sun. | (34) Don Lassister. |
| (8) Lewis Haroc. | (21) Fel Marty. | (35) John Est. |
| (9) J. L. Martin. | (22) Dana Yonell. | (36) Edward Gonsman. |
| (10) Jack Brooklyn. | (23) Al Gallard. | (37) Angelo de Tarquis. |
| (11) Thomas Setter. | (24) Chester King. | (38) Gary Belsan. |
| (12) John Nebot. | (25) Josep Fell. | (39) Paul Coster. |
| (13) Thomas Wanton. | (26) Med Ruman. | |
| | (27) Lou Dark. | |

Dedicado especialmente al español Vicente Muñoz y a
cuántos trabajan en la admirable Empresa Rollan por el
engrandecimiento de su Patria. Recuerdos de
Alf Manz.

I

HA MUERTO UN TRAIIDOR



O, Chandler, no seas atrevido —rogó Beth seductoramente, incitando más al hombre con su negativa.

Éste, con las mejillas encendidas, se arrellanó en el diván, tomando actitud de enojado por haberle rehusado la joven un beso. La devoraba con los ojos, mientras se llevaba la copa de *champagne* a los labios. Realmente la belleza de Beth era provocativa: de cabello rubio pálido, suelto, enmarcando un rostro delicioso, de

facciones exóticas, como si llevase en las venas sangre inglesa y malaya. Tenía pómulos salientes y labios gruesos, que contrastaban con el color azul de sus ojos y el oro de su cabellera. Un llamativo y escotado vestido de tul malva con arabescos elegantes de lentejuelas plateadas, le contorneaba el cuerpo de líneas atrevidas.

Recostada en el respaldo del diván, la joven sonreía maliciosamente, sosteniendo entre sus dedos el esbelto cuello de la copa. Parecía burlarse del aspecto apasionado de Chandler, fijándose en su acusada calvicie, la curva de su vientre y las amoratadas bolsas debajo de los párpados.

—¡Qué bonita eres, Beth! —exclamó admirativamente él—. Sería capaz de hacer cualquier cosa por ti. No es solamente tu belleza lo que deseo, es también ese algo que tienes, ese diablo que brilla en tus ojos. Daría el mundo entero por hacerte descender de tu pedestal de reina. Aún no me explico cómo has accedido a dejarme que venga a tu apartamento. ¿Por qué lo has hecho, Beth? ¿Puedo pensar que al fin, después de tantas súplicas, he conseguido interesarte?

A las acaloradas palabras de Chandler se unió el deslizamiento audaz de sus manos. La joven se apartó de él unas pulgadas, conteniéndole y diciéndole a la vez, sonriente:

—Has bebido demasiado, Chandler; como de costumbre. Esta noche, por ser Nochevieja, tienes disculpa. Pero ya sabes que no me gustan los borrachos: sólo cometen estupideces. Creo que de ti se podida hacer un hombre interesante, si fueses obediente.

—No estoy borracho, Beth. No he probado el alcohol, en todo el día; estaba acostado cuando me llamaste, y ya ves que la botella todavía no está mediada. Eres tú, Beth, que me vuelves loco. ¡Eres tan distinta a las otras mujeres que trato! Sí pudiese conquistarte con dinero, lo haría. Y muy pronto lo tendré. Muy pronto dejaré de ser un lacayo de Sax, para convertirme en un personaje de categoría. Entonces me admirarás. A las mujeres os gustan los hombres que mandan, que se elevan sobre los demás. Te haré muy feliz, Beth. No seré tacaño, si tu amor...

En su exaltación amorosa había cogido a la joven por el desnudo brazo, atrayéndola y acercándole los labios. Un fuego pasional ardía en los congestionados ojos de Chandler. Ella rehuyó el contacto, terminando por levantarse. Pero en su rostro no había repulsión ni

seriedad, por el contrario, sonreía como si no le fuesen desagradables las palabras del hombre.

Dio unos pasos sobre la alfombra, andando de una manera refinada y estudiada; poseída la joven de su poder sobre el sexo contrario.

La habitación en que se encontraba era un pequeño salón, sembrado de sillones, mesitas, cojines y bibelots; muy al gusto de una mujer amante de la riqueza y de la ostentación. El salón tenía una puerta de entrada, cuadros por las paredes, unos cortinones amarillos ocultando seguramente la puerta de otra habitación contigua, y una amplia ventana a la calle.

A esta ventana se acercó la joven, llevando aún en una mano la copa. Miró a través de los cristales, estremecidos al soplo del viento que reinaba en el exterior. Oscuridad agujereada por los recuadros luminosos de otras ventanas, innumerables, en los altos edificios de la ciudad. De abajo, de la calzada, un murmullo compuesto de ruido de motores en marcha, de los cortantes avisos de los claxons, de las notas apagadas de una charanga callejera y risas y voces jubilosas.

Beth giró sobre sus talones, apoyando la espalda en los cristales. Soportó la mirada fogosa de Chandler, y dulcemente, como el arrullo de una sirena peligrosa, habló:

—Voy a serte franca, Chandler; ya conoces mi manera de ser. Tú me gustas. No eres joven; sin embargo, encuentro en ti una cultura y un algo especial que no tienen los demás, ni el mismo Sax, con ser más joven y más atractivo que tú. Estoy harta de soportar ciertas faltas de delicadeza y algunos engaños de Sax; pero, y esto tú lo sabes, estoy acostumbrada a vivir bien, necesito mucho dinero para vivir como a mí me gusta.

Mientras hablaba, la joven se había apartado de la ventana y se acercaba al diván, quedando de relieve su belleza fascinadora. Se detuvo ante Chandler, rozándole con su tenue vestido y envolviéndolo en un perfume embriagador. Ella proseguía:

—Has hablado antes de tu próximo cambio de vida. Si ese cambio significa abundancia de dinero, demuéstremelo cuando puedas demostrarlo. Esta noche te he llamado, antes de ir al baile de medianoche, para hablarte con sinceridad. Necesito que dejes de asediarme, de mirarme a hurtadillas hasta en presencia de Sax. No hay un hombre más sagaz que Sax y temo que se dé cuenta e

interprete mal las cosas.

—¿Tú quieres a Sax?

—Quiero su dinero —fué la respuesta concisa y cínica de Beth.

—Yo te daré el dinero que desees. Muy pronto lo tendré a montones.

—No sé cómo —manifestó ella, con acento de incredulidad, sentándose en el diván, algo separada de Chandler—. No podrás conseguir de Sax más paga por tus servicios.

—¿Quién ha dicho que necesitaré el dinero suyo? ¡Sax se irá al diablo! —afirmó Chandler, irritado, para, después de una corta pausa, continuar diciendo en tono persuasivo y más bajo—: Le quedan a Sax pocos días de pagarme, tal vez horas solamente.

—Tú tienes fiebre, amigo Chandler; no sabes lo que estás diciendo. A Sax no hay quien lo derribe. Toma otra copa, y tranquilízate; no sueñes.

—Sueños, ¿eh? Yo diría realidades. Escúchame, Beth: tengo un asunto entre manos, un secreto que sólo conocen dos personas. Otro y yo. Ya puedes irte despidiendo de Sax; le queda muy poca vida.

Beth apartó por un momento su vista de Chandler, para fijarla, en los cortinones amarillos. Se habían movido, oscilando levemente. De nuevo miró a Chandler de una forma extraña, como si hubiese temor en sus ojos. Con voz perceptiblemente trémula, preguntó:

—¿No intentarás engañarme? Tú sabes que, en el fondo, odio a Sax; pero no te creo lo suficientemente hombre para enfrentarte con él, Chandler.

La reconocida vanidad masculina impulsó a Chandler a revelar su secreto. Ni el vino ni las amenazas le hubiesen hecho hablar; pero la vanidad de querer demostrar su hombría a la mujer deseada, le llevó a declarar:

—No me conoces bien, Beth. Todos me habéis tomado por un abogado vicioso y fácil de manejar. Lo primero puede ser verdad; que me manejen los demás a su antojo, no. Sé disimular y esperar. Aquí, en Chicago, hay un hombre más fuerte que el propio Sax Reed; su nombre es Charles Fischetti, lugarteniente de Franck Costello y vicepresidente del «Sindicato Americano del Crimen», como dicen los «muchachos».

—¡Oh, Chandler, me estás contando una película de miedo! Tú, ¿tú has logrado ver siquiera a Charles Fischetti? —preguntó ella,

incrédula, adoptando un tono burlón, hiriente por demás.

Chandler vaciló, como cazado en su mentira, mas enseguida aclaró:

—Bien; con el propio Fischetti no ha sido. Pero sí con Vorotta, su hombre de confianza. Y Fischetti y Vorotta son uña y carne. Tú lo sabes de sobra.

—Tampoco te creo, Chandler. Será mejor que dejes de inventar cuentos. Si te encontrases frente a Vorotta, morirías del susto —afirmó ella despectivamente.

Chandler pareció recibir un latigazo, y espoleado por las palabras de Beth, afirmó con ardor:

—Yo, sí; yo. Lo creas o no lo creas, estuve hablando con Vorotta, ayer noche. Tienen gana de acabar con Sax, por encontrar en él un rival, y me han ofrecido la dirección de una de las casas de juego que tienen en el Loop. Te aconsejo que no acompañes mucho a Sax, podrías caer tú también. Yo pensaba llamarte esta tarde, pero me dormí.

—¡Si fuese cierto lo que dices, Chandler...! —exclamó ella, con mezcla de entusiasmo y de duda—. ¡Odio a Sax! Me tiene tan pisoteada que me echaría a reír si lo viese cosido a balazos. ¿Cuándo va a ser, Chandler? ¿Y dónde?

—Esta misma noche; A las doce en punto. En El Sombrero de Copa. Yo les di el nombre de ese *cabaret* de Sax. El mismo me dijo ayer que iríais allí a celebrar la entrada del año nuevo. Él no lo verá —aseguró Chandler con un brillo de revancha y regocijo cruel en sus ojos—. Cuando todos se estén besando, después de las campanadas, nadie oirá un disparo apagado. Aunque sólo hay orden de matar a Sax, sin promover escándalo, no le acompañes; llámale por teléfono y dile que te encuentras indispuesta. Él irá de todas formas. Si no le acompañas tú, le acompañará otra cualquiera; bien sabes que suele hacerlo a menudo.

—¿Quién ha sido encargado de...?

—No lo sé. Vorotta me dijo que inundaría el local de gente suya, fingiendo divertirse. De esta noche no pasará Sax; y mañana, nosotros podremos hablar en firme.

—¿Lo crees así, Chandler? —preguntó una voz metálica, ligeramente irónica.

Chandler quedóse un instante como petrificado en el diván.

Luego, bruscamente, volvió la cabeza. Sobre los cortinones amarillos destacaba fuertemente la negra silueta de un hombre vestido de *frac*, un hombre alto, cuya cabeza parecía estar cortada a filo de hacha. No había curvas en su conformación: sólo planos y ángulos. De pelo color castaño, liso, semejando un casco sobre un rostro inexpresivo, de facciones marcadas, huesudas. La boca, grande, de labios abultados, sonreía diabólicamente, mostrando unos dientes separados y un poco hacia fuera. Lucía un brillo siniestro en sus ojos, hundidos en sus cuencas cavernosas.

—¡Sax! —exclamó Chandler, asombrado, sin reaccionar aún de su sorpresa.

Beth se había levantado al escucharse la voz, apartándose del diván. Respondió con una sonrisa cobarde a la mirada interrogante de Chandler. Éste comprendió que había caído en la red tejida sutilmente por la bella mujer. Se hallaba allí encerrado, después de revelar un secreto mortal, a merced de Sax Reed, su jefe. Éste se acercaba lentamente al diván, contemplando al abogado traidor, como el león puede mirar al zorro que tiene acorralado en su cubil.

—¡No Sax, no! —gritó Chandler aterrorizado—. Déjame que te explique la verdad.

Sax Reed levantó su muñeca izquierda, observó el reloj durante un momento y notificó:

—Son las once y cuarto. A las doce he de estar en El Sombrero de Copa. Dispones de cinco minutos para dar esa explicación de la «verdad».

Si Chandler no hubiese conocido a Reed, habría respirado sin temor, con la esperanza de engañarle: pero sabía de sobra que aquella conducta indiferente en apariencia, sin voces ni amenazas, enmascaraba una sentencia de muerte. Más de una vez había comentado él mismo con los «muchachos» la terrible facilidad de Sax para «sacar» y su «elegancia» al apretar el gatillo, sin dejar de sonreír levemente. Al no ignorarlo. Chandler se puso en pie, y fué retrocediendo, paso a paso, intentando llegar a la salida y tratando de disimular su propósito con sus palabras.

—La verdad es, Sax, que soy culpable de haber querido quitarte a Beth. Me gusta y daría todo por ella. Como no tengo dinero y no encontraba otro medio, he contado esa mentira, a fin de engañarla. Tú eres un hombre de mundo, Sax. Y no debes tomar a mal mi

comportamiento. Yo sé que no la quieres; solamente es un capricho para ti. Cuánto dije fue una pura mentira. ¿Cómo quieres que yo pensase traicionarte? ¡Con lo buenos amigos que hemos sido! Tú me ayudaste y yo te he correspondido en la medida de mis posibilidades.

—Muy interesante, Chandler, muy interesante —comentó Sax, inmóvil junto al diván, entornando los párpados—. Yo, en tu lugar, me estaría quieto, sin buscar la puerta. ¿Por qué no me haces caso? ¿No piensas que puedo llevar mi mano al revólver y alcanzarte con una bala, antes de que toques la cerradura? Si todo fué una mentira, ¿por qué tienes miedo? Tu amor por Beth, ya lo conocía. No se me escapan los detalles. Y como bien aseguras, una mujer no puede pasar de ser un capricho mío. En el amor todo es lícito, ¿no? ¡No des un paso más, Chandler! ¡Quieto ahí o perderás la ocasión de explicarte!

Las últimas palabras de Reed acobardaron totalmente al abogado, cuyas bolsas bajo los ojos aparecían aún más hinchadas, dándole un aspecto repugnante conjuntamente con el sudor que le corría por la cara.

—Sí. Si, Sax; no..., no doy un paso más. Te explicaré... Ya te lo he dicho... Todo ha sido una mentira mía. Pretendía conquistar a Beth...

—Te creo, Chandler; te creo. No te excites tanto. Repito que te creo. Ven y siéntate. Ahora sólo quedan unos puntos por aclarar. ¡Ven! ¡Siéntate! ¡Tomaremos unas copas antes de marcharnos!

—No, gracias, amigo Sax. Tengo prisa; he de..., he de... Estoy citado para esta noche y... Ahora que te has convencido, me marchó..., si no tienes algo para mí.

—Sí tengo para ti «algo», querido Chandler. Unas preguntas; es cuestión de tres minutos a lo más. Debemos aclarar...

El abogado, nervioso, le interrumpió:

—Las dejaremos para mañana, ¿te parece, Sax? Ahora debo ir a esa cita.

—¿Acaso te citaste con Vorotta? —preguntó irónicamente Reed.

La turbación del abogado le acusaba. A duras penas consiguió tartamudear y fingir una carcajada de estupefacción:

—¿Con Vorotta? ¿Yo?... ¡Qué cosas tienes, Sax! En mi vida he hablado con Vorotta. Si antes lo dije fué por lo que ya te he dicho.

—Entonces, ¿cómo es posible que anoche te viesen entrar en su despacho de la calle Veintidós?

El enrojecimiento de Chandler se desvaneció, dando paso a una lividez cadavérica. La pregunta significaba la confirmación de una pena de muerte: Sax estaba enterado de la verdad. El pavor le inmovilizó los músculos y no repuso, quedado evidente su culpabilidad. Una sensación de agotamiento le inundó, adormeciéndole el cerebro. No podía pensar ni buscar argumentos en su defensa. Hubiera querido destrozar al impasible e implacable Sax Reed, que en aquellos momentos estaba sirviéndose *champagne*, con una copa en la mano izquierda y la botella en la derecha, sonando siniestramente la caída en chorro del ambarino y espumoso vino.

Una voz inaudible, interior, le aconsejó de súbito aprovechase la ocasión de salvar la vida. Chandler intentó sacar la automática que llevaba en el bolsillo posterior de los pantalones. Sonó el ruido de la botella al chocar con la alfombra, y una voz:

—¡Quieto, Chandler! ¡Estás encañonado!

El movimiento veloz del abogado se detuvo. No le había hecho falta oír la advertencia, porque su vista le acababa de ofrecer una mano relampagueante empuñando un revólver. La destreza de Sax le había vencido; en una fracción de segundo el jefe había sacado el arma de su axila izquierda.

—¡No, Sax; no dispaes! ¡Yo sólo quería...!

—Acudir a una cita, ¿no es eso? Pues acudirás a la cita. Te espera alguien de mucha categoría: la muerte —y cambiando su tono sarcástico por otro autoritario, ordenó a la joven, que se hallaba a un lado, apartada de los hombres, expectante—: Beth: desármalo. ¡Levanta los brazos y vuélvete de espaldas, Chandler!

—¡No, Sax, no me mates! ¡Haré lo que tú desees! Te contaré todo si...

—No voy a matarte. Únicamente quiero quitarte el arma. Así hablaremos y me contarás eso tan interesante..., aunque ya sé lo suficiente. ¡Anda, Beth!

En cuanto Chandler se hubo puesto de espaldas, confiando en lograr un arreglo con el boss a costa de lo que fuese, la joven se le acercó por detrás, y, levantándole el faldón de la chaqueta, le sacó del bolsillo una automática pequeña. Con el arma en la mano, Beth

volvió la cabeza hacia Sax. Éste, dejando en la mesita la copa que sostenía con la izquierda, se llevó esta mano a la cabeza, señalándole la nuca. Fué suficiente su gesto y su expresión para que la joven comprendiese.

—¡Yo no puedo hacer eso, Sax!

—¡Calla! ¡Y hazlo! ¡Os estoy encañonando a los dos! —dijo Reed fríamente; se le notaba su propósito de matar.

Como una autómatas, Beth, aterrorizada, conociendo la crueldad inhumana de Sax, levantó la pistola y colocó su cañón a una pulgada de la nuca de Chandler, que aún no había adivinado la terrible realidad. Beth cerró los ojos y apretó el gatillo. Sonó una detonación débil, y el abogado dio una sacudida horrible al encajar en su cráneo el proyectil. Con el abogado cayeron, sobre la alfombra, Beth y la automática.

Durante unos momentos, Sax Reed contempló la escena, sin vida aparente en sus ojos hundidos. Luego, tras enfundar el revólver, procurando no pisar con sus elegantes zapatos de charol el charco de sangre que iba formándose, cogió de un brazo a la desvanecida joven y tiró de ella. El cuerpo inerte de Beth fué arrastrado por la alfombra, hasta el diván. Allí la levantó en brazos Sax, sentándola sin suavidad alguna.

Su segunda operación consistió en cerciorarse de que la puerta estaba cerrada por dentro, la tercera tomar el teléfono y marcar un número.

—Robson: soy yo. Ya puedes mandar tres hombres. Sigue mis instrucciones. Daos prisa. Avisa a todos los muchachos para que urgentemente acudan a El Sombrero de Copa y vigilen. Estarán allí los de Vorotta. Bloquea la salida desde fuera, como hemos hecho otras veces. Te espero aquí. Mi coche está abajo; refuerza escolta. ¡Hasta ahora!

Cortó la comunicación y volvió a marcar otro número.

—Que se ponga enseguida Samway. Soy Reed. Aguardó unos momentos, y debió contestarle el tal Samway desde el otro extremo de la línea, pues dijo:

—Oye: esta noche habrá algún disturbio ahí. Prepara mi mesa. No prohíbas la entrada a nadie. Que estén preparados los camareros. Iré pronto.

Colgó el aparato y, al volverse, se encontró con la mirada de

Beth, que se estaba reanimando.

—¿Por qué? ¿Por qué has hecho eso, Sax? —preguntó ella débilmente, demudado su rostro.

—¿A qué te refieres? —interrogó él, a su vez, mientras encendía un cigarrillo sin que el pulso le temblase.

—¿Por qué me has obligado...?

Reed no repuso de momento. Fué acercándose a la joven, hasta quedar frente a ella y mirarla como si fuese a hipnotizarla. Sin alzar la voz, con el humeante cigarrillo inmóvil entre los dedos de su mano izquierda, manifestó:

—Por varias razones, Beth. Una, la principal, ha sido oírte decir a Chandler que me odiabas.

Como impulsada por un resorte, Beth se levantó del diván, para agarrar las solapas del bien cortado frac. Histéricamente se defendió:

—¡No, Sax; no puedes decir eso! Yo no te odio. Dije aquello para engañar a Chandler y hacerle hablar, en servicio tuyo. Tú mismo me encargaste de atraerlo. ¡No puedes creer eso!

Se contuvo, al ver que Sax la escrutaba fríamente, en tanto que sus labios abultados se curvaban en una crispación.

—«¡Odio a Sax! Me tiene tan pisoteada que me echaría a reír si lo acribillasen a balazos» —repitió él, recordando la frase de la joven—. Conozco la condición humana, y conozco a las mujeres. Tal vez ni tú misma sabes que hablabas con una sinceridad nacida en tu subconsciente, sin pasar por tu cerebro. En el fondo, me odias, y lo comprendo.

Reed había cogido a la joven por los hombros y la atrajo hacia sí, rudamente, hundiendo sus nerviosos dedos en la ebúrnea carne, clavando la mirada de sus hundidos ojos en los azules de ella; se le movían extrañamente los temporales de las sienes.

—Nos odia el amigo al que hacemos un préstamo; nos odia el pobre al que damos una limosna, porque al hacerlo los humillamos. Y tú me odias, porque te saqué de la nada, te hice una señorita y, a la vez, esclava mía. Toda tú se debe a mi obra. Tienes que soportar mis infidelidades, mi mal humor, mis caprichos, sin una queja, porque, de lo contrario, volverías al cieno de donde te saqué. Y me odias, sobre todo, porque me amas. Mientras más se ama, más cerca se está de odiar. Te encuentras al borde del odio a mí; aún no te has

dado cuenta, y yo te lo digo, porque no me da miedo.

—¡Estás loco, Sax! —exclamó ella, con lágrimas en los ojos, revolviéndose entre los varoniles brazos.

—No estoy loco —aseguró él, y prosiguió empleando un tono distinto, más suave y hasta con algo de melancolía—: Siempre hago frente a las circunstancias, por adversas que me sean. Si alguna vez he querido a una mujer, ha sido a ti, Beth. Las demás fueron amores pasajeros. ¡No quiero perderte! Tú significas algo valioso para mí: un sueño que tuve, al conocerte. Pensé, entonces, que serías una muchacha sencilla, enamorada de mí por mí, con la ilusión de llegar a ser mi esposa. Una esposa buena, creadora de un hogar apacible y de unos hijos que no conociesen la maldita historia de su padre. No fué así. Te faltó tiempo para pedirme dinero, cubrirte de joyas y encenagarte en el mundo de lujo y vicio que yo vivía. Rompiste el único sueño noble de mi vida, y los pedazos se han perdido.

—Si esperabas eso de mí, ¿por qué me has obligado a matar, amenazándome con tu revólver?

—Porque era la única forma de conservarte a mi lado. Ahora estás en mi poder, por completo. ¡Has matado a un hombre, y si me abandonas, te sentarás en la silla eléctrica!

Beth no pudo resistir más. Se desasíó de los brazos de Reed y se echó en el diván, ocultándose la cara con las manos, llorando. Para siempre estaría unida a Sax Reed.

Éste recobró su habitual serenidad en un santiamén. Volvía a ser el hombre inteligente y astuto. Sacando un pañuelo de seda cogió la automática caída y la envolvió, sin tocarla con sus dedos. Guardó el arma en el bolsillo de los pantalones.

En tanto que Beth sollozaba desconsoladamente, él, ante un espejo con marco dorado, se colocaba una camelia blanca en el ojal del frac, cogida de un búcaro cercano.

Sonó el timbre de la puerta de entrada.

—¡Beth! Beth: deja de llorar ahora mismo. Pasa a tu tocador y arréglate. Nos iremos enseguida.

Antes de abrir ojeó por la mirilla, Giró la llave en la cerradura, dando la puerta paso a un individuo más bajo que Sax y de más edad, cuyos hombros eran tan anchos que su cabeza parecía monstruosamente pequeña. Vestía abrigo negro, viéndosele la corbata del *smoking*. Un sombrero flexible, también negro, echado

sobre la cara, sólo dejaba ver un bigote negro, unos labios finos y una barbilla cuadrada, de púgil.

—Pasa, Robson. ¿Todo a punto?

El lugarteniente de Raed asintió con la cabeza. Al pasar al salón, miró con desdén el cadáver de Chandler. Acercándose a la ventana, bajó la persiana tres veces.

—Me esconderé detrás de esas cortinas, Robson. Que a ninguno se le ocurra hacer otra cosa que coger a éste. Que lo echen en el centro del lago con un lastre y envuelto en la alfombra.

Transcurrieron unos minutos. Sex se había escondido y Robson estaba junto a la puerta de entrada. Se asomó al corredor al oír unos pasos. Tres enfermeros con batas blancas se acercaban con una camilla.

—Vamos, muchachos: no perdáis tiempo. Enrollad la alfombra y echadla a la camilla, debajo de Chandler. ¡Daos prisa!

Los «enfermeros» realizaron la operación con diligencia. Uno de ellos preguntó:

—¿Adonde?

—Al centro del lago, envuelto en la alfombra y con un peso. Bien empaquetado, ¿eh?

—En un pisito como éste daría gusto vivir, ¿verdad, Pink? —comentó otro de los «enfermeros», dirigiéndose a su compañero.

—¡Calla la boca, bestia! —le ordenó Robson, con su voz ronca y desagradable—. ¡Fuera! ¡Haced bien las cosas y pasad a verme en El Sombrero de Copa!

Cuando Robson se quedó a solas en el salón apareció Sax.

—Es necesario que te respeten más los «muchachos», Robson.

—Sí me respetan, Jefe; saben que conmigo es arriesgado gastar bromas. Pero ese Wilkes habla demasiado.

—En cuanto haya una ocasión, lo colocas en el peor puesto. Así nos libraremos de él —sentenció Reed con su característica glacialidad—. ¿Está la escolta abajo?

—Sí. Jefe; vigilando su coche.

—Bien. Tú márchate enseguida allí y prepara la emboscada.

Apenas hubo salido Robson, Sax llamó a Beth.

La joven se había puesto un abrigo de armiño, cuyo coste no sería menor de diez mil dólares. Los polvos disimulaban las huellas del llanto. El colorete enmascaraba su palidez.

—¿Adónde iremos por fin, Sax?

—A El Sombrero de Copa, adonde pensábamos ir.

—¿A sabiendas de que allí...? ¿Después de haberlo confesado Chandler?

—Sí.

—Yo no iré. Sax. ¡No quiero exponerme a...! —Manifestó la joven, asustada.

El la agarró de una muñeca, cuajada de pulseras y le dijo entre dientes:

—Tú vendrás conmigo. Así sabrás lo que cuesta poder comprar esos brillantes que llevas.

—Sax: no es necesario que tú vayas. Robson se encargará de esa gente.

—Nosotros serviremos de cebo. ¡Anda! ¡Tráeme el abrigo y el sombrero!

Beth no desconocía la terquedad de Sax. Habría sido inútil insistir más en convencerle de su locura. Ella había llegado a pensar que Sax amaba el peligro, encontrando una embriaguez especial, igual a la que otros hombres pueden hallar en el juego o en el alcohol. Sin hablar, le puso el abrigo y el pañuelo de seda blanca.

Colocándose el elegante sombrero de copa, y con les guantes en la mano, Reed ojeó por última vez el salón. Pareció quedar satisfecho, pues sólo dijo:

—No compres ninguna alfombra, Beth. Mañana te enviaré una de mi casa.

Los dos bajaron en el ascensor, callados. Ella, acariciando nerviosamente la correílla del bolso; él, fumando.

Dos individuos con gabardinas de cinturón, sombreros negros de anchas alas ocultándoles los ojos y con el lazo de *smoking*, se pusieron en pie al verles salir del ascensor; dejaron abandonados unos periódicos en las butacas del vestíbulo. Sin decir palabra, con la mano derecha oculta en el bolsillo de la gabardina, siguieron a la pareja.

En la puerta de la calle, otro individuo, que parecía hermano gemelo de los anteriores por su vestimenta y tipo, situado en la acera, hizo con la cabeza una señal de asentimiento a Reed.

Éste y Beth miraron a ambos lados de la avenida Michigan, llena de vehículos y de peatones cantando y vociferando. El frío viento

del Norte, apenas suavizado por la humedad de los lagos, no lograba ahuyentar al feliz gentío que celebraba el final del año.

El individuo que había hecho la señal corrió a abrir la puerta de un monumental Packard cerrado, negro, brillante, de aspecto raro, no mostrando más parte de los neumáticos que la que tocaba el suelo.

—¡Hola, Mull! ¡A El Sombrero de Copa! ¡Ojo avizor!

Al ver a Reed hubo agitación en el interior de otro automóvil situado delante, de modelo corriente en apariencia, como asimismo en otro vehículo de turismo, colocado detrás. Hubo cierre de portezuelas y puesta de motores en marcha.

—¡No te entretengas, Beth; sube pronto! —aconsejó Sax a la joven.

Ambos subieron al Packard, cuyo interior estaba tapizado fastuosamente. Al volante, el chofer, de uniforme. A ambos lados, en el baquet, se sentaron los dos hombres de gabardina que estaban leyendo el periódico en el vestíbulo; sus manos derechas continuaban ocultas.

El llamado Mull habló al oído del chofer, y luego corrió a meterse en el automóvil posterior.

El primer coche arrancó, tomando una delantera de unas siete yardas, haciendo zigzags en el tráfico. Le seguía el Packard. Detrás, el coche de turismo. Los conductores maniobraban hábilmente y no se separaban ni perdían de vista, estorbando, cuantas veces les era posible, la circulación de los vehículos que intentaban sortearlos.

—Da orden en contrario, Sax. Vámonos a tu casa. Lo pasaremos muy bien solos —suplicó ella angustiosamente.

Sax se limitó a preguntar:

—¿Sigues teniendo miedo?

—Sí. Si Fischetti intenta matarte, tratará de buscar... Aquí, por la calle...

—Por la calle no hemos de sentir miedo. Llevamos escolta y, además, este coche es una fortaleza —aseguró Sax, con algo de orgullo.

—¿Dónde lo tenías? Es la primera vez que...

—Me lo trajeron de la fábrica hace dos días. Está hecho a mi gusto. Toda la carrocería es una coraza de cromo níquel. El depósito de gasolina lo lleva delante, blindado también. Y por debajo, van

protegidos los cojinetes y los engranajes de forma que ni una bomba nos impediría la marcha. Es un tanque. Mira: las ventanillas llevan dobles cristales con mica. Las balas y los perdigones se abollarían al chocar como si fuesen de chocolate. Igualmente está protegido el radiador. Tiene, además, otros aparatos muy útiles para casos de persecución. Dentro de este coche no hay que temer nada.

—Al bajar, Sax, pueden...

—Me estás fastidiando con tu miedo, Beth. Si quieres, te prestaré un arma. No se te dio mal apretar el gatillo hace un rato.

Por no clavar sus uñas en la cínica cara de Sax, Beth optó por sacar su pitillera de platino y encender un cigarrillo.

La llegada a la puerta de El Sombrero de Copa tuvo carácter de acto solemne. Se hallaba situado el famoso *cabaret* en la calle Cuarenta y Siete, casi esquina a la avenida Western. Bordeando las aceras aguardaban innumerables automóviles de carrocerías reflejando los diversos colores esparcidos por los anuncios y rótulos luminosos.

Mull se encargó de abrir la portezuela izquierda del Packard, mientras los «muchachos», todos con las manos ocultas en los bolsillos de los abrigos y de las gabardinas, se repartían estratégicamente. Al portero del *cabaret* no le extrañó el alarde de fuerza desplegado, pues Sax Reed, aparte de ser el dueño del local, solía visitarlo.

Precedidos por tres de su escolta, y seguidos de los dos guardaespaldas, Beth y Sax atravesaron la acera y entraron en el alumbrado y lujoso *hall*. En igual forma penetraron en la gran sala, donde las parejas bailaban, reían y se apretujaban unas con otras, dadas las pequeñas dimensiones de la pista circular. Alrededor, mesas y sillas ocupadas por gente vestida de etiqueta y con gorros de formas y colores caprichosos. Las serpentinas y el *confetti* caían en el aire caliente y cargado de anhídrido y de perfumes.

Se les acercó presurosamente un hombrecillo barrigudo, calvo, con una expresión de afectada alegría que no lograba disimular su preocupación o inquietud.

—¡Buenas noches, señorita Owens! ¡Buenas noches, señor Reed!

—Y seguidamente, en voz baja—: Todo está preparado. Robson ha tomado posiciones. Ya han sido «fichados» algunos de Vorotta —y luego, otra vez en voz alta, algo temblorosa, temiendo que a los del

bando contrario se les ocurriera empezar Instantáneamente los «fuegos artificiales»—: Tengan la bondad de entregar los abrigos al camarero.

Siempre formando una muralla humana alrededor de la pareja, el grupo se dirigió a una de las mesas pegadas a un rincón, cuyos sillones estaban adosados a la pared. El enemigo tendría que atacar de frente, exponiéndose a perder la vida. Para acomodarse en su asiento, Beth trató de correr un poco la mesa; la mesa no se movió en absoluto, como si fuese de plomo bajo el mantel o estuviese fijada al suelo.

Seis hombres de la escolta se sentaron en parejas a tres mesas, formando un arco, cuyo centro estaba en la ocupada por Reed y Beth. Nadie lograría acercarse al «jefe». Tendrían que dispararle desde lejos.

Las maniobras realizadas tal vez habrían llamado la atención de la gente en otras circunstancias; pero era tan grande el barullo que reinaba en el centro, y tan demoledores los efectos de los licores, que nadie se fijaba en nadie, a no ser para arrojarle un paquete de serpentinillas a la cabeza, promoviendo una batalla con proyectiles inofensivos de papel.

—*Champagne Veuve Clicquot*; dos botellas. Y no volváis a acercaros más por aquí —ordenó Sax al barrigudo y calvo encargado del *cabaret* y al camarero.

Beth estaba nerviosa. Fumaba a cada instante, y apenas les llevaron la bebida, se sirvió dos copas seguidas. Sax simuló llevarse la suya a los labios, mas no bebió. Ojeaba la sala, escrutando rostros y rostros, intentando identificar a los «muchachos» de Vorotta. Sabía que casi todos ellos eran italianos, pertenecientes a la Unión Siciliana, y sus fisonomías les delatarían igual que si llevasen un letrero encima. Consiguió distinguir a dos jefes de grupo de Vorotta, bailando en la pista y fingiendo preocuparse solamente de llevar el ritmo frenético impuesto por la orquesta, situada al fondo del local, en un tablado. La presencia de aquellos jefecillos revelaba que en la sala no habría menos de veinte hombres preparados a empuñar las armas.

También vio a varios de sus hombres, colocados en distintos lugares, simulando beber más de la cuenta. A Robson no se le veía. Seguramente se encontraría detrás de la orquesta, decidido a dirigir

él también a los acordes de las «máquinas de escribir» y los «ukeleles».

Pasaron los minutos. Sax tenía ya la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, y la derecha apoyada en la almidonada y nivea pechera, muy cerca de la axila izquierda.

—¿Qué hora es, Beth? —preguntó.

—Faltan cinco minutos para las doce —repuso la joven, con un hilo de voz.

—Escucha: finge ante todo estar alegre. No olvides que estás muy enamorada de mí. En cuanto se quede el local a media luz, al sonar las campanadas, agarras el tablero de la mesa por la parte de afuera, y cuando yo te diga, tiras hacia nosotros. Entonces déjate caer, arrodillada, y no te muevas. No te ocurrirá nada si escondes bien la cabeza. El tablero es de acero y no hay bala que lo traspase; servirá de parapeto.

En la tarima de la orquesta habían colocado un gran reloj de péndulo. Muchos ojos, con distintos motivos, observaban el lento avance de sus manillas sobre la blanca y grande esfera.

Menos tres minutos..., menos dos... Menos un minuto...

Y cuando sonó la primera campanada de la medianoche, se oyó perfectamente, pues la orquesta y todos los concurrentes se habían silenciado, como si se tratase de un momento sagrado. La luz, que inundaba de resplandor lechoso el local, se debilitó hasta dejarlo en una penumbra discreta.

Una tras otra fueron sonando las doce campanadas.

Al dar la última, la orquesta atacó el himno nacional norteamericano, que fué coreado por voces de tiple, y otras roncadas, desafinadas en su mayor parte.

Al perderse en el aire la última nota, una algarabía estruendosa, un sinfín de besos y abrazos y un barullo indescriptible recibieron jubilosamente el nuevo año.

En pie, Sax veía a sus hombres en tensión, callados, empuñando las armas escondidas y mirando al público. Súbitamente, entre éste comenzó a formarse un grupo denso, que, cual un remolino, se acercaba a la apartada mesa de Sax.

El boss sonrió levemente. Su mirada era cruel, saboreando por anticipado el éxito de la encerrona planeada. Ya tenía agarradas y preparadas con ambas manos sus armas. El bello rostro de la rubia

Beth aparecía perlado de sudor frío; aguardaba la ansiada señal de Sax.

Un movimiento en el remolino que se aproximaba indicó que los revólveres se aprestaban a escupir su mortífera carga.

—¡Tira de la mesa! —ordenó Sax, a la vez que un proyectil se clavaba a cinco pulgadas de su cabeza.

Beth obedeció, y, a su tirón, el tablero, que debía tener un dispositivo en su fuste para girar hacia la pared, pasó de la posición horizontal a la vertical, cayendo al suelo el cubo con el hielo y las botellas, y las copas.

Sax, sin arrodillarse, pero agachado, dejando solo parte de la cabeza al descubierto, hizo fuego contra el grupo de enemigos, apretando alternativamente el gatillo de cada revólver. Sus primeros disparos se cruzaron con los contrarios y abrió una brecha en el gentío, que comenzó a chillar desaforadamente y correr hacia las puertas de salida.

Entre tanto, los seis secuaces suyos, colocados en las tres mesas anteriores, se habían tirado al suelo, y correspondían al fuego enemigo. El desconcierto era absoluto. Las luces fueron encendidas del todo, y entonces pudieron verse bien unos a otros.

En medio de la sala quedó aislado un grupo de quince hombres, pertenecientes a la cuadrilla de Vorotta. Estaban sorprendidos de aquella inesperada resistencia. Los cañones de sus armas humeaban y vomitaban balas y más balas contra el lugar ocupado por Reed, inútilmente, pues éste se hallaba bien protegido. Uno de sus jefes profirió una voz de ánimo, y avanzaron en fila.

Entre los lamentos de los heridos, los gritos histéricos de las aterrorizadas mujeres en huida y los aullidos de los hombres, el fragor de las detonaciones colmaba aquel infierno terrenal.

Los compinches de Vorotta comenzaron a caer con la agonía de la muerte retratada en sus rufianescas caras; desde todos los rincones de la sala les caía una lluvia de proyectiles. Nació entre ellos el terror. Dos quisieron escapar, dirigiéndose hacia una de las salidas, abriéndose paso a tiros. En la puerta apareció un individuo, manejando una metralleta ligera, y los barrió con una ráfaga. Los supervivientes avanzaron en dirección opuesta, hacia la principal salida, la más próxima al vestíbulo y a la calle.

Se llevaron una mortal sorpresa cuando al enfilear la puerta,

desde el vestíbulo, dos individuos, arrodillados en el suelo y con ametralladoras «Thompson» dispuestas, comenzaron a cruzar sus fuegos en abanico, segando cuánto encontraban sus balas al vuelo.

Atacados por delante, por detrás y por los flancos, no escapó ni uno a la horrible matanza, ni los que intentaron, a pesar de estar heridos, arrastrarse a algún rincón o tras un mueble. Rebotaban los cadáveres sobre los mármoles del pavimento al encajar las ráfagas de proyectiles, como si aún tuviesen vida.

No había sonado todavía el último disparo, cuando Robson, revólver en mano, apareció por una puerta secundaria, y se acercó corriendo a Sax.

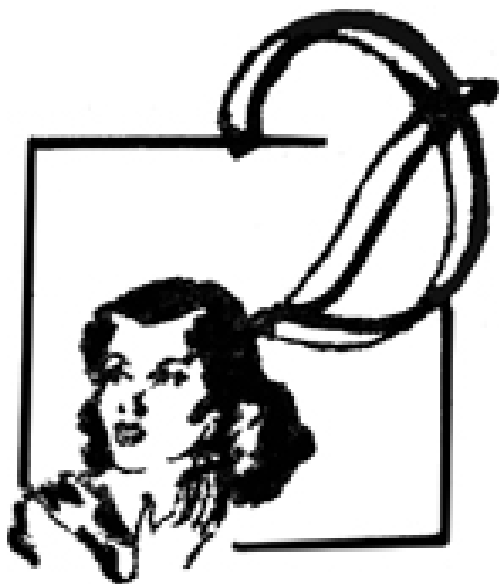
—¡Vamos, jefe! La calle está libre, y los «muchachos» vigilan.

Salieron a un pasillo, atravesaron varias habitaciones, cruzaron el umbral de una última puerta y se encontraron en la misma calle Cuarenta y Siete, pero a unas treinta yardas de la puerta iluminada de El Sombrero de Copa. Enfrente, junto al bordillo de la acera, la imponente «fortaleza rodante», y delante y detrás los mismos coches de la escolta, con otros muchachos armados y atentos al gentío que obstaculizaba los alrededores del *cabaret*.

Cinco segundos después se alejaban del lugar, antes que la Policía llegase y comenzase a efectuar detenciones. Sólo conseguiría testigos, no a los actores triunfadores del drama ocurrido en pocos minutos, porque los «muchachos» de Reed se desvanecerían en la ciudad, igual que su jefe, quedando solamente un montón de cadáveres.

II

UN ENCUENTRO INESPERADO



IJO Sax a su
acompañante en el interior del Packard:

—Ponte el abrigo, Beth; vas a coger frío cuando bajemos —y señalaba las prendas que entregaron al encargado del *cabaret*, que no había olvidado llevarlas, seguidamente, al coche, adivinando el desarrollo de los acontecimientos.

—¿Adónde vamos ahora?

—A saludar a Vorotta. Sé dónde tiene la guarida: en una casa de juego de la calle Curtís. Vamos a darle las gracias por sus atenciones.

—No voy contigo, Sax; no me llesves contigo —imploró Beth, aún

no repuesta del miedo pasado anteriormente.

—Tú vendrás conmigo. Deseo que aprendas lo que cuesta comprarte todo eso que llevas encima. Cuando lo sepas, apreciarás su verdadero valor. Ahora eres tan criminal como nosotros; me bastaría con enviar la automática de Chandler a la Policía, acompañándola con una nota sin firma. Te mancharían los dedos de tinta, y tus huellas serían más que suficientes para procesarte y condenarte.

—¿Por qué te portas de esta manera conmigo, Sax? ¿Qué tienes contra mí? Tú sabes que te soy fiel.

—No olvido que me odias —repuso él, con su habitual tono irónico, mientras fumaba y miraba distraídamente por la ventanilla de su lado, como si aquella conversación careciera de importancia—. Tú conoces muchos secretos míos. Si algún día intentases hacerme una jugada, acuérdate de Chandler. Estamos ligados el uno al otro. Separados, iremos a la muerte, sin duda alguna. Unidos, tal vez podamos seguir creyendo que nos amamos.

Beth no arguyó más. Con la cabeza reclinada en el respaldo del mullido asiento, cerró los párpados, comenzando a darse cuenta de la férrea cadena que la esclavizaba a un hombre sin moral ni sentimientos. Empezó a odiarle conscientemente desde aquel momento, con un rencor profundo, feroz, que terminaría aniquilándola o lanzándola al abismo de la locura. Por un instante pensó la posibilidad de huir y volver a su antiguo mundo, humilde, penoso por las privaciones; pero le acobardaba dejar su presente vida de lujo y comodidades. Comprendió que se había equivocado en un punto; los billetes que Sax le había entregado desde que se conocieron no eran fáciles de obtener. Para conseguirlos, muchos perdían la vida, y otros la ponían en peligro. Si Sax continuaba exigiendo que ella se percatase del valor del dinero derrochado, ella, tiraría menos y guardaría más, hasta poseer una suma que le permitiese huir y aparecer en otra población, Nueva York, con distinto nombre, para montar algún negocio propio de mujeres y conseguir así su independencia.

—Hemos llegado —oyó decir a Sax.

Con la fría determinación de afrontar lo que fuese y evitar el enfado de Sax, la joven le acompañó, apeándose del vehículo y entrando en una casa, protegidos por la escolta de los

guardaespaldas y de Mull. Al subir en el ascensor, no supo distinguir si el temblor de sus piernas se debía a la vibración del aparato o a sus nervios.

Encerrados en la caja del ascensor, manejado por un mozo, Beth examinaba los rostros de los guardaespaldas de Sax, los hombres que no se separaban de él ni un momento.

Admiraba la apostura de Mull y adivinaba en su gesto insolente un sentido de rebeldía y de ambición; Mull soñaba con escalar los puestos directivos en la organización del crimen, y, también, sabía apreciar la belleza de las mujeres. Dirigía la guardia de Corps de Sax, con categoría de jefecillo.

Beth observó al «Orejas», exluchador, brutal, de inteligencia primitiva, fiel como un perro, que había recibido su apodo porque sus contrincantes en el *ring* siempre le agarraban de las grandes orejas, despegadas de la pequeña cabeza. Era fuerte, violento, y no obedecía más que a Sax. El otro guardaespaldas era un tipo curioso: joven, no pasaría de los veinticinco años, rubicundo, con engañadora apariencia de ingenuo e inocente. Le llamaban «el Llorón», por su perenne expresión de grima; parecía estar llorando siempre, debido a la conformación de su boca y la línea de sus labios. Era cien veces más cruel que «el Orejas».

Con estos dos no podría contar nunca Beth. Sabía que la consideraban una intrusa.

—Piso décimo, señores —anunció el encargado del ascensor.

Se deslizó la puerta y salieron a un corredor, cuyas paredes estaban pintadas de gris. Tres lámparas iluminaban el centro y los extremos.

Decididamente, como quien conoce el lugar, Sax se dirigió a la puerta marcada con el número 116. Hizo un gesto a los de su escolta; éstos se pegaron a la pared. Apretó el botón del timbre dos veces seguidas, una pausa, y otra vez. Al momento, la madera del ventanillo se abrió, viéndose una cara de expresión adusta al otro lado de la rejilla.

—¿Qué desean? —preguntó el portero, viendo solamente a un caballero y a una dama.

—Nos gusta el *bridge*.

El orden de las pulsaciones y la respuesta de Sax indicaban ser una contraseña, conocida del jefe por un «soplo» de alguien

perteneciente a la cuadrilla del italiano Vorotta.

Se abrió la puerta, y Sax cedió el paso a Beth entrando él después, seguido de sus guardaespaldas. Al ver a éstos, aunque no los conocía ni de vista, el portero fué a decir:

—¿Le acompañan...?

—Sí, son amigos, dispuestos a jugarse hasta la ropa a una carta —repuso Sax, adoptando un tono bromista, como de individuo rico que ya ha estado bebiendo en otros lugares de diversión.

Apenas hubieron pasado a un pequeño y cerrado recibimiento, Mull cerró la puerta con su espalda y «el Llorón» clavó el cañón de su revólver en el costado del portero.

—No tengas miedo; se trata solamente de hacerte una pregunta: ¿esta Vorotta en su despacho? —inquirió Reed.

El portero, mal soportando el aliento alcohólico del «Orejas», que parecía querer tragárselo crudo, repuso:

—Sí, señor... Está en su habitación..., jugando.

—Tranquilízalo —aconsejó Sax al «Orejas».

El antiguo luchador levantó su deforme mano, haciendo presa en el cuello del asustado portero, que no tardó ni tres segundos en caer al suelo, con la cara amoratada y la lengua fuera, desvanecido, y habiendo estado expuesto a morir estrangulado si los férreos dedos del «Orejas» no hubiesen aflojado a tiempo.

—Metedlo debajo de ese diván. Tú, Mull, encárgate de abrir la puerta a quien llame, si oyes lo que me has oído a mí; es la clave. Si viene alguno de Vorotta, le extrañará verte. Dile que el jefe te ha puesto, y si no le convences del todo, argumenta con la culata del revólver; nada de disparos. ¡Vosotros dos, conmigo! Conozco este lugar. Lo visité en cierta ocasión. ¡Vamos, Beth! ¡No hay que perder tiempo!

Aquel piso era una herencia de los tiempos antiguos de la ley seca, cuando a los norteamericanos, que no habían bebido en su vida, les dio por convertirse en «húmedos» en cuanto los gobernantes se lo prohibieron, concurriendo a lugares como aquél. Donde para entrar se necesitaba estar presentado y conocer la contraseña, y recorrer pasillos estrechos y oscuros, atravesar puertas secretas, y sentarse a un mostrador, donde les servían un *bourbon* que no era más que alcohol metílico, desgarrador de gargantas y perforador de estómagos, a precio de oro, además de obligarles a

hablar en voz baja, origen del nombre de *speakeasy*.

Al pasar una puerta secreta, se encontraron con otro pasillo paralelo al primero, y lo recorrieron en dirección contraria, puesto que allí sólo se pretendía hacer un Dédalo en pequeño.

Una puerta cerrada, al final. Llamó Sax con los nudillos, golpeando de igual manera. Les abrió un individuo corpulento, que no tenía nada que envidiar al «Orejas». Un murmullo de conversaciones brotó del interior, tras unas cortinas.

—¿Cómo no viene Jim con ustedes? —preguntó el «cancerbero».

—Jim nos conoce de antiguo —replicó prontamente Sax, empujando disimuladamente a Beth hacia el interior.

El portero no sospechó nada, pues la presencia de una dama tan elegante anulaba la posibilidad de que aquellos tres hombres perteneciesen a la Policía o a un gang rival. A nadie se le ocurriría llevar una mujer, intentando armar camorra.

Se hallaron en una espaciosa habitación fuertemente alumbrada, donde mujeres y hombres, bien trajeados, jugaban en diferentes mesas con distintos juegos. No se oía una voz más alta que otra, a pesar de la mucha gente que, cansada del juego, ocupaba la barra del bar.

Sax dijo a Beth y a sus guardaespaldas, en tono bajo:

—Beth: voy a entrar en la habitación donde se juega fuerte; allí estará Vorotta. Es esa de ahí —señalando con la mirada una puerta situada en la pared de la izquierda—. Quédate por aquí, curioseando, o en el bar. Te acompañará éste —indicando al «Orejas»—. Y tú, acompáñame. «Domina el panorama» enseguida.

—No te expongamos, Sax; estamos metidos en una ratonera. No seas loco.

—¡Calla y no seas imbécil, mujer! ¿Vas a enseñarme ahora a...?

Seguido del «Llorón», Reed fué encaminándose lentamente hacia la puerta señalada, fingiendo distraerse en mirar el juego en algunas mesas.

Iba a empuñar el pomo, cuando un individuo sentado en una silla, con aspecto de aburrido, se levantó, interceptándole el paso.

—¿Adónde van, señores?

—No nos interesan estas partiditas para colegiales —contestó Sax, sonriente en demasía—. Vorotta me dijo por teléfono que entrase aquí si deseaba emociones. Mi compañero viene «*fardado*»

—y guiñó un ojo, signo de complicidad.

El individuo, acostumbrado a ver «ganchos» arrastrando a incautos con dinero, correspondió con otro guiño, y sonrió también.

—¡Pasen, señores! El señor Vorotta está dentro; en una partida bastante fuerte, que seguramente interesará al señor —refiriéndose al «Llorón», quien, más que nunca, utilizaba su cara de muchacho ingenuo y desgraciado.

Pasaron y cerraron la puerta a sus espaldas. Estaban en una habitación más pequeña que la anterior, con una sola lámpara central, de contrapeso, a media altura, proyectando un cono luminoso sobre una mesa cuadrangular, forrada de verde y medio oculta por naipes y fajos de billetes. Alrededor, cuatro hombres, todos con rasgos típicos de italianos: cabelleras rizosas, negras y brillantes; tez morena, facciones suaves y de mirar ágil.

Los cuatro habían levantado la vista al oír abrirse la puerta, sin llegar a distinguir bien a los recién llegados, por encontrarse éstos en la zona de penumbra.

Sax dio unos pasos adelante, mientras «el Llorón» quedaba atrás, con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina y sin quitarse el sombrero.

—Buenas noches, Vorotta —saludó Sax, atentamente, dejando que la lámpara iluminase su rostro.

Uno de los cuatro arrojó los naipes al tapete. No pasaría de los cuarenta años; sus dedos estaban cubiertos de brillantes, que refulgieron al llevarse la mano al cigarro puro que sostenía entre los dientes.

—¡Sax Reed! —exclamó, asombrado.

—Sí, en persona y a hacerte una visita. Recuerda que en otro tiempo fuimos amigos. Vengo a charlar contigo, en son de paz. Tuve unos informes desagradables y quise aclararlos personalmente, sin intermediarios, que siempre embarazan más que ayudan.

El brazo izquierdo de Vorotta se apretó contra el pecho; instintivamente, sin poder evitarlo, se cercioraba el italiano de la asistencia de un arma. Se repuso de su sorpresa, e invitó:

—Siéntate. Éstos son de confianza.

—Así lo creo, como también creo que no se les ocurrirá hacer una tontería. Será mejor que ellos continúen la partida, y tú me acompaños a tu despacho. Lo sigues teniendo ahí, ¿no? —indicando

otra puerta.

—Como gustes, Reed. A los amigos que se venden tan caros no se les puede negar un capricho.

Vorotta se puso en pie, sonriendo ladinamente. Tenía cara de hurón, ojos vivaces astutos. Le brillaban los dientes lobunos, bajo un fino bigote negro. Junto al elegante y esbelto Reed, parecía pequeño y hasta andrajoso, a pesar de sus joyas.

—Tú, primero —invitó Sax, burlonamente, no queriendo dar la espalda a su enemigo en ningún momento.

Al tocar el italiano el interruptor, Reed vio que el despacho seguía exactamente igual a cuando él lo visitó, hacía ya dos años, en una entrevista con Vorotta, acerca de la disputa sobre la explotación de un barrio de Chicago. La mesa, un teléfono, un butacón con el respaldo mullido, una estantería con libros que no se habían leído nunca, a juzgar por el polvo acumulado sobre ellos; tres sillas y dos butacas, a la derecha, junto a una ventana.

Tomó asiento en una de estas butacas, lejos de la mesa, y vigilando la puerta. Vorotta se sentó en el butacón.

—Tú dirás, Reed. ¿Qué te trae por aquí?

—Notificarte que todos los hombres que enviaste a El Sombrero de Copa han recibido su «pasaporte».

El cigarro habano osciló entre los dedos del italiano. No se le notó otro síntoma de turbación o disgusto.

—¿Mis hombres? ¿En El Sombrero de Copa? Aquí hay alguna equivocación, Reed. Mis «muchachos» no han ido allí. ¿A qué iban a ir?

—A matarme —fué la respuesta glacial de Reed.

Con una sonrisa falsa, Vorotta aseguró:

—¡No digas esas cosas! ¿Matarte? ¿Por qué? ¿Qué pruebas tienes para acusarme?

—Varias: conocí a los jefes de grupo que empezaron el tiroteo. Y, además, Chandler ha confesado.

Una seriedad absoluta invadió la cara del italiano. Al rato, prepuso:

—Escucha, Reed: no sé cómo has logrado escapar con bien, pero el caso es que estás aquí. Vamos a hablar claro, y si hay una solución, la tomaremos. Tú viniste a Chicago hace tres años. Me ofreciste tus servicios, y los acepté. Aunque no eras italiano, nuestro

«sindicato» te pagaba bien, y hasta te dio cierta categoría. El mismo Fischetti seguía tu «carrera» paso a paso; esperaba mucho de ti, según me decía. Eres inteligente. Sabes tratar a la gente y manejas bien toda clase de «artillería».

—Gracias. Continúa, Vorotta, y date prisa.

—Un buen día dijiste que te separabas del «sindicato» para formar un gang por tu cuenta. El propio Fischetti te ofreció una gran suma si desistías en tus propósitos, o si ponías a tus hombres a nuestro servicio. Pediste el cincuenta por ciento de los beneficios obtenidos en Chicago. Era pedir millones, y no se te dieron, ¡claro está! Fué una locura tuya. Te apartaste, y a los tres meses ya estabas invadiendo nuestros dominios, a sangre y a fuego, derribando al que se te ponía por delante. Vuelvo a repetir que eres muy listo. No descuidaste sobornar a la Policía, te mezclaste en política, y en la Jefatura no hay quien te «meta mano», como tampoco a nosotros, por las mismas causas.

Dejando de hablar, el italiano se levantó y dio unos pasos hacia Sax:

—Te has hecho rico y nos has robado buenos bocados. Ahora mandas en medio Loop, y hasta intentas meterte en Cícero. Has «metido la pata» al crecer tanto; el Consejo de la Unión Siciliana ha decretado tu muerte, encargando de ello al presidente del Sindicato Internacional del Crimen.

—¿Cómo? —preguntó Reed, extrañado—. Lucki Luciano ha sido el que...

—No. Luciano pasó la orden al presidente del sindicato americano, a Frank Costeño, y Costeño se la pasó a Charlie.

—Y Fischetti te la pasó a ti, ¿no es eso? —terminó Sax, irónicamente.

—Así ha sido, Reed. Particularmente, tú y yo siempre nos llevamos bien en aquellos tiempos. Recibí la orden, y debo cumplirla. No podrás salvarte. ¡Quién se opone a la Maffia, pierde siempre!

—Hasta hoy. Tal vez, en el futuro, los italianos dejen de ser una fuerza poderosa en los Estados Unidos. Vosotros sois audaces, pero no valientes. Os sobra astucia y os falta valor. Dais siempre a traición. Yo tengo a mi servicio hombres de otra sangre, y os demostraremos que ese botín que os estáis llevando nos pertenece a

nosotros. Vosotros, los italianos, a comer macarrones y a tocar el trombón.

—¿Lo cree usted así, señor Reed? —dijo una voz untuosa, a la vez que la librería giraba, hundiéndose en la pared, y aparecía un individuo empuñando una automática.

Sorprendido, Reed quedó suspenso unos instantes; ignoraba la trampa de la estantería. Observaba al recién llegado: un tipo vulgar, italiano a todas luces, por su aspecto y su acento.

—Tengo el gusto de presentarte al caballero Gaetano Ricci. Ya has oído hablar de él, ¿eh, Reed? —comunicó Vorotta, burlón, mas con indudable respeto hacia el tal caballero Ricci.

—Sí, he oído ese nombre —dirigiéndose al otro—, y sé que eres el enlace entre el «Consejo de Administración» y la «Directiva». También sé que en Nueva York te conocen por «el Rey». ¿No has tenido otra forma mejor de presentarte?

Las hirientes palabras de Sax, que recobraba su peculiar serenidad, obtuvieron una sonrisa de Ricci.

—Por culpa tuya he tenido que venir a Chicago, dejando pendientes varios asuntos en Brooklyn —notificó Ricci, y luego, dirigiéndose a Vorotta—: Me habéis despertado con vuestra charla. Pero, en fin, la molestia ha merecido la pena. Tener en nuestras manos al tan cacareado Sax Reed es un triunfo. Veo que los de Nueva York sacamos ya ventaja a los de Chicago.

—¡Estúpido! —Insultó Sax, sin alterarse—. ¿Tú eres «el Rey»? Vorotta, con ser lo bestia que es, vale trescientas veces más que tú.

Vorotta sonrió picarescamente; en su interior le complacía aquel diálogo, donde se demostraba que el famoso enlace entre el Consejo y el Poder ejecutivo del Sindicato del Crimen sabría mucho de altos negocios y de sobornos a políticos, pero nada de sorprender o matar a un enemigo.

—Ya veremos si soy estúpido o no —manifestó Ricci, fanfarronamente—. Por lo pronto, pon las manos en alto, y mucho ojo con lo que haces.

—Yo, en tu lugar, me guardaría la pistola —aconsejó, serenamente, Sax, con tono de persona aburrida. Era magnífica su postura de indiferencia—. ¿Por qué crees que Vorotta no me ha encañonado antes, cuando estaba sentado a su mesa? Tú no sabes que yo no podía venir aquí sin tomar las precauciones debidas.

Tengo la sala de juego repleta de mis «muchachos». Si tardo más de cinco minutos en aparecer, no dejarán títere con cabeza en toda la casa. Y no se os ocurra sacarme a la fuerza por entre ellos; caeremos todos a la vez, porque la ensalada de tiros llegaría hasta el lago. He venido a pedir una explicación; se me ha dado, y me marchó. Estamos empatados.

Ricci no pareció quedar convencido, pues al ver que Reed intentaba ponerse en pie, blandió la pistola amenazadoramente.

—¡Quieto, Reed, o te mato como a un perro, aquí mismo!

Vorotta, hasta ahora al margen de la conversación, por respeto a la autoridad de Ricci, se atrevió a insinuar:

—Cuidado, Gaetano. A Reed no se le puede cazar así como así. Lleva razón al decir que estamos empatados. Cuando ha venido aquí es señal de que tiene las espaldas bien guardadas. La partida queda pendiente.

El consejo de Vorotta consiguió, afortunadamente, hacer vacilar la decisión homicida de Ricci. Sin guardarse la pistola, bajó unas pulgadas el cañón, hacia el suelo, a la vez que decía:

—Posiblemente lleves razón...

No llegó a terminar de hablar, pues Reed, aprovechando la coyuntura, se llevó su mano diestra a la axila izquierda con velocidad de relámpago, y la sacó empuñando un revólver, a la vez que daba un salto de costado. Cogió desprevenido a Ricci, que sólo supo mirarle, asombrado. Los dos estaban armados, sin apretar ninguno el gatillo.

Cubriendo a los dos italianos, se encaró con «el Rey», entornando los párpados de tal forma que sus ojos sólo parecían ranuras.

—Si eres hombre, aprieta el galillo, estúpido. Os falta mucho que aprender a los de Nueva York. Vorotta llevaba razón. Allí no sois más que unos «vivos», guardándoos el dinero de todos los idiotas que exponen su vida por vosotros. Estáis aburguesados: tenéis mucho que perder y os da miedo morir con las botas puestas. Te lo demuestro ahora mismo: aprieta el gatillo. Tú primero. Te doy ventaja, pero no olvides que yo, con una bala en el cuerno, siempre tendré fuerza para disparar una sola vez, y con ésa me basta. Te haría un boquete como una ventana en esa esponja mantecosa que tienes por cara. ¡Dispara! ¡Dispara, si eres hombre!

Ricci parecía hipnotizado, no pudiendo sustraerse al influjo magnético que se desprendía de Sax Reed, el hombre de hierro; no movió su dedo ni una milésima de pulgada, por sí... Hasta el mismo Vorotta, más conocedor del carácter inhumano de Reed sintió admiración, a pesar de que su situación tampoco era nada buena.

—¿Lo estás viendo? —prosiguió Sax mordazmente—. No eres más que un estúpido. Os sobra el dinero y no queréis exponeros a perderlo. Cuesta mucho dejar en este mundo ese lujo y esas diversiones que son vuestra vida entera, lo que habéis envidiado, cuando erais pequeños, en aquella isla de hambrientos y mugrientos, que se llama Sicilia. Me río yo de la Maffia entera. Viniste a comprobar mi muerte, ¿verdad?

Ricci no contestó: por primera vez en su vida se hallaba ante un hombre capaz de atemorizarle. Las adulaciones de sus italianos le habían hecho creer que, efectivamente, era un rey, y, ahora, el trono se tambaleaba.

—¡Suelta la pistola! —ordenó Reed, y como viese que se resistía a hacerlo, insistió—: ¡Suéltala, he dicho!

El arma cayó al suelo; «el Rey» estaba acobardado.

—¡Volveos de espaldas! ¡A la pared de enfrente! ¡Andad!

Vorotta fué el primero en obedecer. Sabía que Reed no era capaz de matarlos a traición, y contra él no tenía nada, fuera del ataque ordenado por la superioridad. A su lado, Ricci temblaba de pavor.

Dando una zancada hacia la mesa, Reed arrancó el cordón del teléfono. Seguidamente se acercó por detrás a los italianos. Vorotta se desplomó al efecto de un culatazo en la nuca: no le dio tiempo a pensar que aquello significaba la salvación de su vida. Por el contrario, Ricci recibió una orden:

—Tú «tira» delante de mí. Y ya puedes disimular tu miedo, porque soy capaz de enviarte a Nueva York en una caja de ébano y un vagón de flores, con saludos afectuosos a Luciano y a Costello.

No ignorando que su vida estaba pendiente de un simple movimiento de dedo, «el Rey» obedeció. Salieron a la salita pequeña de juego, donde seguían jugando los tres italianos, y «el Llorón» vigilando, con la espalda apoyada en la otra puerta. Reed llevaba la mano derecha metida en el bolsillo del pantalón. Un grito o un intento de fuga por parte de Ricci, y una bala del revólver horadaría el tejido de un pantalón y el cuerpo del italiano.

—Sal, «muchacho», y avisa a Beth y al otro. Encárgate de la salida; habla con Mull.

En la sala grande había más barullo, incrementada la concurrencia. Voces de juego, conversaciones, risas, un humo denso que ocultaba el techo. Sin despegarse ni cinco pulgadas, Reed iba detrás de Ricci, encañonándole. Su propósito era secuestrar al italiano y arrancarle datos sobre los planes y la organización del Sindicato Americano del Crimen, cuyos consejeros, muchos de ellos, eran desconocidos, por celebrar sus reuniones clandestinamente.

Al cruzar por entre la gente que abarrotaba la gran sala. Reed recibió un pisotón de una mujer que se apartaba de una de las mesas.

—¡Usted perdone! —murmuró ella, disculpándose, una joven de larga y suelta cabellera negra, de facciones tal vez imperfectas, pero que formaban un conjunto agraciado y atractivo; vestía un traje de noche, elegante, de color blanco.

—¡Nada, nada! —dijo él, sin darle importancia, deseando no perder el contacto con Ricci.

La joven se le quedó mirando, sin apartarse, exclamando seguidamente:

—¡Ted! ¿Eres tú? ¿No me conoces? ¡Soy Dorothy! ¡Tú eres Ted!

Reed pareció vacilar durante un momento. Balbució:

—Perdone; creo que se ha equivocado, señorita.

E iba a seguir andando, detrás del italiano, cuando alguien le agarró el hombro, por detrás. Con una expresión de ira, volvió la cabeza. Un hombre joven, de unos treinta años, moreno, de rostro simpático, le miraba con curiosidad.

—¡Ted! ¡Ted! ¡Es posible que...! ¿No recuerdas a Dorothy?

Sax no contestó de momento, aun cuando su cara había empalidecido visiblemente, pues Ricci, aprovechando la interrupción, se alejaba, escabulléndose entre la gente, buscando la protección de sus hombres. Una vez más quedó patente la inigualable serenidad de Reed, quien, al ver perdida la pieza, sonrió, como en contadas ocasiones hacía, juvenilmente, con una alegría extraña en él.

—¡Herbert! ¡Dorothy! ¡Claro que os reconozco!

Cogiendo por los hombros a la joven, la miró.

—¡Te has hecho una gran mujer, Dorothy! Ya no eres la chica

delgaducha de antaño.

No pudo seguir hablando, debido a la presencia de Beth, «el Orejas» y «el Llorón», que los rodeaban, sorprendidos de ver al boss saludando cordialmente a una pareja desconocida, con aire de personas decentes.

—Beth: te presento a dos antiguos amigos míos, desde pequeños; éramos como hermanos.

Apenas pasado el primer momento del encuentro, Reed reaccionó, dándose cuenta de que estaba en el cráter de un volcán próximo a entrar en erupción.

Terminados los saludos, propuso:

—¿Por qué no nos vamos de este antro? ¡Vámonos, Herbert! Feliz noche ésta, que me trae a vosotros, después de tantos años sin vernos. ¿Por qué no vamos a algún sitio más tranquilo, a charlar? Estoy deseando saber de vuestras vidas.

Un guiño disimulado al «Llorón» y al «Orejas» indicó que no se olvidasen de la vigilancia. Mull les esperaba en la puerta de salida.

Momentos después el grupo se encontraba en la calle. Preventivamente, Sax habló con Mull, aparte, aprovechando la circunstancia de que Beth estuviese hablando con Dorothy y Herbert.

—Lárgate con los tres coches, Mull. Nosotros tomaremos dos taxis. «El Llorón» y «el Orejas» me bastarán. Estaremos en

Spark's

; monta la guardia exterior, sin que mis amigos se den cuenta.

La entrada en el *cabaret*

Spark's

, también propiedad de Reed, se hizo discretamente, pues el propio encargado creía que el dueño era Robson. Sentáronse a una mesa elegida por Reed, en un rincón, y tras una columna, viéndose solamente parte de la pista. Los dos guardaespaldas, fingiendo sentirse atraídos por el baile, rogaron se les disculpase su abandono de la mesa, en busca de pareja. El boss los tenía bien amaestrados para cuando no conviniese dar la sensación de escolta.

Mientras les servían, Herbert comenzó a disparar sus preguntas a Reed. Dorothy respondía y preguntaba a su vez. Beth, al margen, escuchaba, no obstante, con interés.

—¡Qué poca vergüenza tienes, Ted! —dijo Herbert a Sax,

bromeando—. No hemos tenido noticias tuyas desde que te escapaste de casa. ¡Qué tiempos aquéllos! Dinos: ¿qué es de tu vida? ¿Te va bien? ¿A qué te dedicas?

—No parece escasearte el dinero, Ted. ¿De dónde lo has sacado, eh, aventurero? —preguntó Dorothy, sonriendo deliciosamente, con una alegría sana y comunicativa.

—Trabajando, trabajando mucho —afirmó Sax.

—¿Tú trabajando? —preguntó, incrédulo, Herbert—. Entonces, has cambiado más por dentro que por fuera.

Excepto Beth, los demás se echaron a reír. Resultaba extraño ver a Sax Reed con un carácter abierto, jovial, que le hacía extremadamente simpático. Tal vez por derivar en lo posible el curso de las preguntas, contestó:

—Sí, sí. Soy el mayor accionista de una empresa de transportes, y no me va mal del todo. En la calle Halsted tengo las oficinas y el garaje; ya lo veréis. Vosotros, ¿qué?...

—Desde que tú desapareciste, trabajando —notificó Dorothy—. Aunque mi padre me dejó algún dinero, no había para vivir toda la vida. Estudié, y hace cuatro años encontré una buena colocación. Estoy de secretaria con la tesorera de la Liga Antialcohólica del Este.

—Una señora con bigote y algo de barba, ¿no? —dijo Sax, provocando la risa de los otros—. Y ¿tú, Herbert?

—Trabajé, y estudié al mismo tiempo. Soy agente especial del F. B. I., desde hace cuatro años.

Sax permaneció unos instantes paralizado; sorprendido por la noticia. Luego, asombrado, y hasta contrariado, preguntó:

—¿Tú, un

G-man

? ¡Herbert! ¿Cómo se te ocurrió hacer semejante cosa? Si de pequeños sólo te daba por los libros. ¡En la vida rompiste un cristal del barrio!

—Y sigo sin romperlos, Sax —repuso, amablemente, el aludido—. Me especialicé en contabilidad, el

F. B. I.

, pagaba bien y en él entré.

—Vaya, vaya con el buen Herbert. ¡Agente especial! —exclamó

Sax, golpeando con su rodilla la pierna de Beth, por debajo de la mesa—. ¿Cuánto tiempo llevas en Chicago?

—Vine de Washington hace dos días, destacado a esta División. No podía imaginarme que estuvieses aquí, Ted. De haberlo sabido, te habría llamado nada más llegar. En cuanto llegué, llamé a Dorothy. Ella llevaba aquí casi un mes.

—Tampoco podía pensar siquiera que estuvieses establecido en Chicago, Ted —explicó Dorothy.

—Vosotros sí habéis seguido en contacto, ¿verdad? ¡Qué mal pensaríais de mí! —aseguró Sax, con un leve acento melancólico en su voz.

—Yo te creía muerto en algún país lejano. Dorothy aseguraba que tú no habías muerto, no sé por qué. Será cierto que las mujeres... —dijo Herbert, manteniendo siempre su tono cordial.

—Aún estoy vivo y coleando. Ya lo estáis viendo. ¿Vais a permanecer por mucho tiempo en Chicago? —preguntó Sax.

—A mí me quedan unos dos meses para volver a Nueva York —comunicó Dorothy, que no dejaba de ser observada, en la forma que suelen hacerlo las mujeres, por Beth.

—Yo no sé cuándo regresaré a Washington; depende de algunas gestiones.

—¿Alguna misión concreta? —interrogó, suavemente, Sax, sin darle mucha importancia a su pregunta.

—Sí. Me trae el examen de algunas cuentas sospechosas...

—No, no aclares, Herbert. Los secretos del

F. B. I.

, deben ser muy secretos. Imagínate que yo, o Beth, fuésemos espías o «gangsters». Perderías la carrera.

Los cuatro se echaron a reír; la risa de Beth se estrangulaba en su garganta. Le gustaba la postura del agente especial, y su aspecto noble, de hablar cortés y afable, pero le inquietaba su presencia. La fama de los agentes especiales la sobrecogía. Pensó poner sobre aviso a Sax en cuanto estuvieran a solas.

—¿Por qué no bailamos un poco? ¡Hay que celebrar nuestro encuentro en una noche tan señalada como es ésta! Dorothy: ¿quieres bailar conmigo?

Dorothy accedió, sonriente, y Herbert invitó a Beth.

Eran las cinco de la mañana cuando los cuatro salían del

cabaret. A distancia, les seguían «el Orejas» y «el Llorón», muy extrañados de aquella despreocupación del boss. Éste, al llegar a la esquina, donde había una parada de taxis, se detuvo, diciendo:

—Dadme vuestras direcciones, y mañana os llamaré, para comer juntos.

—Yo no puedo, Ted —aseguró Dorothy, contrariada—. Los que trabajamos al servicio de otro, no disponemos de todas las horas. Por la noche, sí.

—Bien. Cenaremos contigo. Pero tú, Herbert...

—Me alojo en el Hotel Rydenou, en la avenida de Michigan.

—¡Qué casualidad! Muy cerca de mi casa, señor Prentis. Podremos vernos a menudo —ofreció Beth, provocativamente—. De su hotel a mi piso hay un paso. Verá usted qué piso más bonito... —Un pisotón disimulado de Sax la hizo arreglar en lo posible el desastroso efecto producido—: Y usted también, señorita Bunce. Estaré encantada de que me considere como una buena amiga suya.

Cada pareja tomó un taxi. Dorothy y Herbert iban callados, habiendo dado al conductor la dirección del hotel donde ella vivía con la tesorera de la Liga Antialcohólica del Este, el hotel Madison, en la calle Madison.

Herbert fumaba, observando distraídamente a los embriagados y vocingleros transeúntes, a quienes no arredraba el frío de la madrugada por el fuego espirituoso que llevaban en el estómago. Corriendo su mano derecha, cogió la izquierda de la joven, enguantada.

Al rato, preguntó:

—¿Qué piensas, Dorothy?

—En este encuentro, Herbert.

—Te has salido con la tuya: Ted vive y ha triunfado.

—Pareces decirlo con tristeza, Herbert.

—No. Tú sabes que quiero a Ted como a un hermano —repuso el agente del

F. B. I.

Y acercándose a ella, pasándole el brazo por encima de los hombros, la atrajo hacia sí, besándole suavemente la mejilla, mientras decía—: La verdad es que temo por nuestro amor, Dorothy. Los hombres como Ted tienen una aureola de misterio que impresiona a las mujeres. Cuando éramos niños, decíais que ibais a

ser novios; pero aquello fué una chiquillada. Yo sé que...

La joven besó cariñosamente a Herbert, diciéndole con mimo:

—¡Qué tonto eres, amor mío! Te quiero a ti. No hay duda de que Ted quiere a esa mujer tan guapa. Me han dado la impresión de ser algo más que amigos, aunque Ted no la ha presentado como novia. Hace buena pareja con Ted.

En la acera, ante la puerta del Hotel Madison, Herbert se despidió de su novia, con un beso. Fuese la presencia del conductor del taxi, el cansancio, o la fuerza de los recuerdos, el caso fué que Herbert sintió que aquel beso era algo más frío que los de otras despedidas.

Ya en el taxi, ordenó al chofer que diese una vuelta por la ciudad.

Encendió un cigarrillo, se recostó en el asiento, con las piernas extendidas, una encima de la otra, y cerró los ojos, bajo el peso de los recuerdos. El encuentro de aquella noche había sido uno de los mayores acontecimientos de su vida. ¡Ted había triunfado plenamente!

La fatiga, los vapores del alcohol, y el monótono ronroneo del motor del coche, le adormecieron el cuerpo, mientras su memoria empezó a desperezarse, presentando en su escenario algo que ocurrió hacía mucho tiempo...

III

HISTORIA DE TRES PERSONAS



RA durante la primera guerra mundial, en Francia.

Por la carretera que conduce de Joigni a Montargis, bajo un sol abrasador, un autobús repleto de viajeros avanzaba a media marcha sorteando los cráteres producidos por las bombas alemanas.

En el interior del vehículo, mujeres, hombres y niños, apretujados, sudando, con maletas sobre las rodillas, respirando un aire caliginoso, a pesar de haber sido bajados los cristales de las ventanillas. Entre el fuerte murmullo de las conversaciones, los

gritos, las risas y el llanto de los chiquillos, destacaban algunos retazos de diálogos.

—Dios quiera que lleguemos a Inglaterra con bien.

—Será difícil embarcar.

—Según me han dicho, los alemanes tienen muy vigilada la costa.

—Pues yo creo que en St. Malo encontraremos ocasión. En Dijon me dijeron que por St. Malo han escapado muchos extranjeros como nosotros.

—Mal asunto si otros han huido ya por allí. La Policía alemana estará sobre aviso. Mi parecer es que en Brest...

Y así todos los viajeros hablaban, haciendo suposiciones más o menos fantásticas, huyendo del arrollador avance de las tropas alemanas sobre los campos franceses, en dirección a París. En los asientos posteriores, un individuo de unos cincuenta años, con el pelo casi blanco y de aspecto bondadoso, dijo a la mujer que iba a su lado con una niña de mantillas en su regazo:

—Déjame a la nena, Louise; la llevaré un rato. Procura dormir, mujer.

—No puedo, John; tengo los nervios de punta a pesar del cansancio. Me da la sensación de que nos persiguen; todavía oigo las bombas cayendo alrededor del Consulado. Estoy deseando verme en Estados Unidos, allí, en nuestra ciudad. No volverás a ser cónsul. Monta algún negocio y emprenderemos una nueva vida. En ningún sitio mejor que en nuestra tierra y en nuestra casa.

—Por Dios, Louise, no te dejes llevar por los nervios. Ya verás cómo no pasa nada.

Interrumpió sus palabras tranquilizadoras la llamada de otro viajero, con un niño de unos tres años, en sus piernas:

—Señor Bunce: ¿podría darme una poca agua para mi hijo? Se me ha terminado la de la botella, y está mareándome.

—Con mucho gusto, señor Prentis —y dirigiéndose a su mujer—: Haz el favor de darle nuestra botella, Louise. ¡Pobres niños! Los mayores resistimos mejor...

Un zumbido potente, sobrecogedor, hizo a los viajeros mirar al cielo. Tres aviones se acercaban por detrás, a una velocidad endiablada. Hubo gritos de alarma, terror en las fatigadas caras, y preparativos de apearse.

—¡Son alemanes!

Cuando el conductor se hizo cargo del peligro y quiso parar ya era tarde. El primero de los aviones pasó por encima, dejando caer tres bombas sobre la carretera, delante del autobús. Con un ruido horrendo estallaron los artefactos, pareciendo volcanes en erupción. El chofer torció el volante a la derecha, decidido a meterse en la cuneta, con todas las consecuencias de un posible vuelco. El segundo avión, un monoplano de un solo motor, pintado de verde oscuro, volaba a ras de las copas de los árboles, y los gruesos proyectiles de sus ametralladoras perforaron el techo del vehículo y a los viajeros. El tercer avión colmó la destrucción.

La escena en el interior fué espantosa. Ayes de los heridos, posturas retorcidas de los muertos, gritos, lamentos, y siempre por encima el siniestro ronroneo de los aviones, disponiéndose a dar una última pasada.

Como loco, instintivamente, Bunce abrió la puerta de su lado y se arrojó a la cuneta, con la niña en brazos, protegiéndola en la caída. Desesperado, dejó a la criatura entre la hierba y volvió al autobús.

Al asomarse al interior, vio a su mujer doblada en el asiento, inmóvil, con la cabeza y el cuerpo llenos de sangre.

—¡Louise! ¡Louise! —llamó, enronquecido.

Tiró de ella, la cargó en sus hombros y corrió a la cuneta. Enseguida se cercioró de que había perdido a su esposa. Mirando a lo alto, vio aproximarse nuevamente a los tres aviones. Una maldición se escapó de sus labios temblorosos. Y luego, valientemente, sin importarle el ataque aéreo, regresó al autobús. El llanto de un niño llegó a sus oídos. Los demás pasajeros eran cadáveres, o estaban inconscientes, malheridos.

Distinguió al chiquillo, el mismo que antes pedía agua, el hijo de Prentis, su compañero en el Consulado. Heroicamente, sin temor a morir, subió y, pisando cuerpos muertos y maletas, cogió al niño, saliendo con él.

Corrió a la cuneta, sintiendo a su espalda el choque de las balas. Junto a la niña y el cadáver de su esposa, se tendió entre la hierba, jadeante, enfebrecido, esperando el desenlace.

Uno de los aviones dejó caer dos bombas; una de ellas alcanzó al autobús en el centro. A la explosión sucedió un vuelo de piezas,

trozos de planchas, miembros humanos, y metralla, pasando sobre la cabeza de Bunce.

Luego vio alejarse a los aviones, hasta perderse en la lejanía, consumada su tarea destructora.

El impulso vital, y el lloro de su hija revolviéndose entre las mantillas y los gemidos del hijo de Prentis, le hicieron volver a la realidad, a la espantosa realidad.

Como un autómatas, buscó un trozo de carrocería, y con él cavó una fosa lo suficientemente grande para que el cadáver de su mujer no fuese profanado. Miraba a lo largo de la carretera, de vez en vez, esperando algún vehículo. Nadie pasaba.

Tomó a la niña en brazos, y dijo al chiquillo:

—Herbert: súbete a mi espalda y agárrate a mi cuello. No tengas miedo.

Paso a paso, soportando el peso de los dos niños, Bunce caminó hacia Montargis, la población más cercana; llevaba el corazón destrozado y las lágrimas le salían a los ojos, recordando al ser querido que dejaba en tierra extranjera.

A los diez kilómetros de marcha, cuando la sed y el cansancio le atosigaban, siendo su avance lentísimo, tras una vuelta de la carretera, se tropezó con otra escena sangrienta de la guerra: los cadáveres de una mujer y de un hombre tirados en la cuneta, y a su lado, sentado en el suelo, un niño de unos cuatro años, alrededor, manchas de sangre, un sombrero y una manta de viaje.

Se aproximó al niño, cuyo rostro, demacrado, presentaba una rigidez impresionante, con los ojos fijos en la lejanía, ausente de cuanto le rodeaba y hasta de la presencia del recién llegado. Parecía una estatua.

Bunce dobló las rodillas, diciendo:

—Bájate, Herbert, vamos a descansar un poco.

Dejó a su hija entre la hierba y se acercó al extraño chiquillo, que conservaba igual inmovilidad.

—No tengas miedo, guapo. ¿Qué ha pasado?

El niño no le respondió, ni le miró siquiera, pero bastaba ver los cadáveres para adivinar lo ocurrido. Eran jóvenes. El hombre tenía vueltos los bolsillos de su agujereado y manchado traje. La mujer tenía la mano izquierda extendida, con sangre en uno de sus dedos. Alguien le había arrancado a la fuerza una sortija. Entre ellos dos,

una cartera.

Bunce la tomó. No halló ni un billete. Unos papeles, acreditando que el muerto se llamaba Henry Wynter, de nacionalidad inglesa, domiciliado en París, arquitecto de profesión. En medio de la carretera; a dos yardas, grandes manchas de aceite indicaban que allí se había detenido un vehículo que ya no estaba.

Le fué fácil a Bunce sacar conclusiones: muchos franceses, en lugar de acudir a los frentes de batalla, a contener al invasor, se dedicaban al pillaje y al latrocinio, aprovechándose del pánico y la desorganización general. Aquel matrimonio, que viajaría en su coche, había sido detenido con añagaza y matado alevosamente. El chiquillo había escapado con vida, posiblemente por cierta piedad de los salteadores.

—¿Cómo te llamas?

—Ted —dijo el niño, sin moverse y sin mirarle.

—Bien, Ted, no puedes quedarte aquí. Acompáñame y te llevaré a la ciudad. ¿Tienes tíos o primos? ¿Conoces a alguien?

—No —fué la lacónica respuesta, dicha en un tono sin vida, como si la pobre criatura estuviese aún bajo los efectos de una escena horrorosa.

Bunce estaba decidido a no dejar desamparado al niño. No podía llevarle en brazos, y tenía que convencerle de que anduviese, acompañándole. La fuerza no serviría de nada; además, bastante sufrimiento tendría para amenazarle por su propio bien.

—Vente conmigo. Anda, Ted.

—No —dijo el chiquillo, con una firme determinación y conservando su rigidez.

Los buenos sentimientos de Bunce, un hombre extremadamente cariñoso y sensible, se pusieron de manifiesto, y se arrodilló, abrazando al niño y besándole la frente. Notó que le ardía la piel, como si un fuego interior consumiese al desgraciado Ted.

—Vamos, guapo; hemos de irnos. Pronto empezará a hacerse de noche y vas a tener miedo.

—¡Mi papá y mi mamá! —exclamó de súbito el niño, echándose a llorar desconsoladamente, y rodeando con sus bracitos el cuello del buen Bunce, en un estallido de reacciones infantiles.

—Hijo, no llores. Tus padres ya no podrán acompañarnos. Han ido al Cielo. Pero tú, hijo mío, debes acompañarme. Mira: yo llevo

dos niños; son como tú, pequeños, y vienen conmigo. Yo no les hago daño. Los hombres malos ya se fueron y no volverán. Estando yo, no volverán.

Cinco minutos más tarde, Bunce, con su hija en brazos y los dos chiquillos, cada uno agarrado a una pernera de su pantalón, continuó la caminata hacia Montargis.

Mientras andaba, una voz interior parecía decirle que, perdida para siempre su esposa, aquellos tres niños eran su única familia, debiendo luchar por ellos a toda costa. El instinto paternal, desarrollado en un hombre de tan generosos sentimientos como Bunce, consiguió prontamente una determinación noble: si llegaba con bien a Inglaterra, consiguiendo una lancha motora al precio que fuese, arreglaría en Londres toda la documentación para obtener el permiso de llevarse a Estados Unidos a Herbert y a Ted. En lugar de una hija solamente, tendría tres hijos. Evitaría que algún familiar los reclamase. Ellos le harían olvidar...

Pasaron los años.

En la población de Gettysburg, al sur del Estado de Pennsylvania, se había establecido Bunce, como agente de una importante compañía de seguros. El tiempo había sembrado de arrugas su cara, y su pelo era ya cano por completo, más en sus ojos latía la lealtad y bondad características. Trabajaba, ganaba dinero, era respetado por sus conciudadanos, y en su hogar, un chalet en las afueras de la población, la vida de los tres niños, su hija Dorothy, Herbert y Ted, le hacían no recordar. Ellos llenaban la casa con sus risas, sus juegos y sus discusiones, igual que si fuesen hermanos.

Dorothy, la de menor edad, se había convertido en una chiquilla desgarbada, pero con una carita inteligente y simpática. Herbert había proporcionado a su protector grandes alegrías al conocerse sus notas en el colegio. Por el contrario, Ted, el mayor de los tres, con trece años, le daba quebraderos de cabeza; prefería jugar a estudiar, y disfrutaba no dejando en paz a nadie. Cuando no aparecía con el traje roto, entraba con las piernas desolladas y los bolsillos llenos de fruta, que siempre iba a ofrecer a Dorothy, la única que conseguía apaciguarlo y hacerle repasar las lecciones.

Fué un día por la tarde, estando Bunce en su despacho, cuando la sirvienta le comunicó que un guardia deseaba verle. Le hizo entrar, pues era conocido de todos, y no fué mucha su sorpresa al

ver a Ted delante del policía.

—¡Buenas tardes, señor Bunce! Perdone usted si le interrumpo, pero es que el deber me trae a verle. Ya sabe que se le aprecia, pero... su chico ha vuelto a las andadas. Lo he cogido dándole pedradas a todos los faroles del barrio; no ha dejado uno sano. No lo he llevado a Jefatura, porque usted sabe que se le aprecia y... yo no quisiera...

—Gracias, Jefferson; ha sido usted muy amable. Le agradezco este favor y cuente conmigo. Estas chiquilladas no son de gran importancia y es peor llevarlo arriba. Tome, permítame invitarle a una copa.

Con la mayor naturalidad del mundo, el policía callejero se guardó un billete de cinco dólares, retirándose amablemente.

—¡Estos muchachos! Y éste parece tener el diablo en el cuerpo. Siempre dando guerra...

Al quedarse solos Bunce y Ted, el primero dijo:

—Ven aquí. ¿Crees tú que está bien lo que has hecho? ¿Crees tú que ése es el buen camino?

Como el muchacho permaneciese inmóvil, con la mirada perdida en el jardín que se veía por la ventana, Bunce prosiguió:

—Estás haciéndote hombre, Ted. Ya es hora de que tomes en serio los estudios. Yo ya soy viejo, y algún día dejaré de estar a vuestro lado. Tú eres el mayor de los tres, y estás en la obligación de ser el cabeza de familia. Piénsalo bien. Anda, hijo, sube a tu habitación, a estudiar. Herbert está allí.

Sin responder, con su peculiar cara inexpresiva, Ted salió de la habitación y subió al piso superior, entrando en una alcoba con dos camas gemelas. Herbert se hallaba estudiando, sentado a una mesita. De menos corpulencia que Ted, era alto, moreno y de gesto atractivo.

—¿Cómo no has ido al colegio, Ted? ¿Qué ha pasado? He visto al guardia.

—Nada. El idiota ese que me ha cogido cuando estaba rompiendo el farol de la esquina. Me ha hecho pasar un mal rato — y sentándose, preguntó—: ¿Qué lecciones llevamos para mañana?

Se pusieron a estudiar, cambiaron impresiones, se consultaron mutuamente, y a las tres cuartos de hora, cuando estaba anocheciendo, Ted se puso en pie, diciendo:

—Anda, Herbert, vamos a dar una vuelta. Ya está bien por hoy. Esto está más que comido.

En cuanto salieron a la calle, Ted aconsejó:

—Vente conmigo, Herbert. Estoy citado con unos.

—¿Adónde me llevas?

—Vente, hombre. ¿O es que tienes miedo por ser de noche y estar el barrio tan a oscuras?

No hubo más que discutir. Herbert no quería quedar como un cobarde.

La cita era en un callejón estrecho y maloliente, bajo un farol, y consistía en un juego infantil, con bolas de barro, jugándose los muchachos los pocos centavos que tenían. Había un grupo de unos diez chiquillos, ninguno mayor de dieciséis años. Ted debía de tener ascendiente sobre ellos, pues el corro se abrió a su paso. Pronto empezó a jugar y a demostrar su habilidad. Herbert le llevaba las cuentas y era el depositario de las ganancias.

Una de las veces, Herbert pisó inadvertidamente el pie de uno de los mirones. La respuesta fué una bofetada que hizo tambalearse a Herbert. Éste correspondió y comenzó la lucha entre los dos. Se interrumpió el juego, y los muchachos formaron un corro, incitándoles con sus voces, disfrutando. Ted contemplaba la pelea, sin intervenir. El contrincante de Herbert era de mayor edad y conseguía incrustar algún que otro puñetazo. Herbert cayó de espaldas al recibir un puntapié en el pecho, y Ted se apresuró a levantarlo, diciéndole al oído:

—¿Quieres que te ayude?

—No, voy por él.

Y, efectivamente, debido a la rabia, las tornas cambiaron y Herbert fué haciéndose dueño del campo. De un directo a la mandíbula del otro, le hizo escupir sangre, y, seguidamente, le echó mano al pelo, tirándole salvajemente.

Dos de los espectadores, viendo que su amigo estaba en mala situación, se animaron a defenderle, y fueron a atacar a Herbert por la espalda. Nunca lo hubieran intentado: Ted, hecho una fiera, entró en la lid, luchando con una destreza y valentía inadecuada a su edad. Repartía bofetadas puñetazos, mordiscos, puntapiés y codazos a granel. Encajaba los golpes de sus contrarios con una sonrisa en sus gruesos labios, pareciendo experimentar placer al recibirlos. Las

voces de ánimo o burla de los mirones le incitaban como si se encontrase en un *ring*.

Cuando Herbert logró poner en fuga a su rival, fueron dos contra dos. Los contrarios creían ser atacados por un regimiento; no les quedaba sitio sano, y optaron por amagarse y cubrirse lo mejor que podían. Les retenía allí el «qué dirán» de sus compañeros.

—Déjalos ya, Ted —aconsejó Herbert, considerándose triunfador.

—¿Dejar a estos «gallinas»? ¡Ni hablar!

Y entonces se demostró una de las cualidades que imperarían siempre en Ted: aprovechándose de la debilidad de sus contrincantes, él solo, se dedicó a machacarlos materialmente, hasta dejar sin sentido a uno. Y cuando el otro trataba de abrirse paso entre los muchachos para huir se le echó encima, por la espalda, haciéndole caer a tierra. Y en el suelo, montado a horcajadas en su espalda, le agarró por el cuello y le golpeó la frente con la tierra varias veces, sin hacer caso de las quejas del vencido.

—¡Me rindo, Ted! ¡Me rindo! ¡Déjame!

—Cuando te mate, te dejaré.

Tuvo que apartarlo Herbert, casi a la fuerza. Pero no satisfecho del todo, fué registrando los bolsillos de los derrotados, delante de los otros chicos, y se guardó tranquilamente un total de cuarenta y cinco centavos. Orgulloso, dijo en voz alta, poniendo la suela de su bota en el cuello de uno:

—A los prisioneros se les quita el botín. Si hay alguno que se oponga, ahora está a tiempo de hablar.

Erguido, con la postura de un antiguo pirata, esperó el efecto de su reto. Ningún muchacho rechistó.

Transcurrieron tres años, Gettysburg aumentaba en habitantes, adquiriendo más categoría. En la casa de Bunce continuaba la felicidad, únicamente turbada por las malas notas de Ted en el colegio y alguna fechoría suya, perdonada siempre por Bunce con su habitual bondad. Los chicos se pusieron pantalones largos, Dorothy comenzaba a darse cuenta de la importancia de los espejos. Herbert era el número uno en el colegio, y los profesores le auguraban triunfos en los estudios superiores.

Fué en una noche de noviembre, fría, azotando el viento cargado de agua. La estación de ferrocarril de Gettysburg aparecía desierta,

fuera de algún factor que salía de los almacenes, corriendo, a refugiarse al calor de la estufa de la oficina.

Como enormes ataúdes, en las vías muertas, hileras de vagones de mercancías.

Una sombra bulló en la oscuridad, apostada tras una esquina del almacén. La sombra se movió, a pasos largos y silenciosos, encogida. Pasó por la calle de vagones, deteniéndose ante uno de ellos. Al rato se oía un chasquido. Luego, silencio, y después, poco a poco empezó a ser corrida la gran puerta del vagón, hasta abrirse el espacio suficiente para la entrada de una persona.

La sombra subió ágilmente, penetrando en el interior del vagón, cerrando cuidadosamente. El círculo luminoso de una linterna se paseó sobre fardos y cajas de madera. A su resplandor podían distinguirse las duras facciones de Ted, brillándole los ojos a la vista del botín. Dejando la linterna en el piso del vagón, sacó de entre su abrigo unas palanquetas y un saco. Diestramente, dio comienzo a la tarea. Encontró primeramente utensilios de cocina, entre paja y serrín. Gruñó una palabra de mal humor. Forzó otro cajón. Cajas y cajas de medias aparecieron.

No buscó más. El saco quedó lleno hasta los topes. Tranquilo, con una sangre fría incomprensible a su edad, Ted ligó la boca del saco, y apagó la linterna, guardándosela con las herramientas.

Pulgada a pulgada fué descorriendo la puerta. Se detenía al oír el chirrido del hierro. Saltó a tierra, quedándose agazapado unos instantes, oteando en la oscuridad. De la parte de las oficinas no se veía más que la luz brotando de una ventana. En el andén no había nadie.

Se alejó en dirección contraria, a lo largo de la vía, con el saco al hombro, a buen paso, más procurando no hacer ruido.

—¡Alto ahí! —aulló una voz, a pocas yardas del mozalbete.

Ted se quedó quieto, pegado materialmente a un vagón. En una garita brilló el resplandor de un fósforo y la silueta de un hombre con gorra; seguramente un guarda. Durante unos momentos, Ted permaneció inmóvil, desconcertado, dando con ello tiempo a que el guarda se apease y fuese hacia él, empuñando una carabina. Ted había echado el saco al suelo, y lo ocultaba con sus piernas juntas.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —preguntó el guarda, con el arma en la izquierda y un encendedor en la derecha, protegido en la

palma de la mano.

Ted no repuso. Agachó la cabeza, esperando la aproximación del guarda. Cuando éste estuvo a una yarda, levantó el encendedor tratando de identificar al extraño paseante en una noche como aquélla.

Con una osadía increíble, Ted se irguió, lanzando un puñetazo al guarda, apagándole el mechero y alcanzándole en plena cara. Antes de que pudiera aprestarse a la defensa, Ted se le había echado encima, clavándole una rodilla en el estómago y echándole las manos al cuello. Con su carabina, el guarda cayó, desvanecido, creyendo ser atacado por un titán.

Recuperado el saco, Ted echó a correr, alejándose del lugar y perdiéndose en las tinieblas.

A las doce de aquella misma noche, la casa de Bunce se puso en movimiento. Alguien llamaba a la puerta de entrada estrepitosamente. El viejo Bunce salió a abrir, en batín. Dorothy estaba asomada en el rellano de la escalera.

Dos policías, con impermeables de capuchón, penetraron.

—¡Buenas noches, señor Bunce! —dijo uno de ellos—. Sentimos tener que venir a estas horas, pero se nos ha ordenado la detención de su chico, de Ted Wynter.

—¿Qué ha hecho Ted?

—Se le acusa de robo, señor Bunce.

—¡Oh Dios mío! —exclamó el anciano, sobrecogido.

—¿Quién se atreve a acusarme de robo? —preguntó la voz de Ted en la escalera, que había salido últimamente, con Herbert, de la alcoba.

—¡Acompáñenos, Wynter; es orden del jefe! —dijo uno de los policías.

—Ahora mismo voy. Esperen un momento. ¡No faltaba más! Como me encuentre con el tío que haya dicho eso de mí, las va a pasar moradas.

Bunce y Ted salieron de la casa, vestidos, seguidos de los policías.

La Jefatura de la Policía local estaba enclavada en Main Street. El jefe recibió a los Bunce en su despacho; allí se encontraba el guarda burlado, que recibió con una mirada de odio a Ted. Éste aparentó no fijarse en él.

—Síéntense —invitó el jefe—. Esta tarde, al oscurecer, alguien ha robado en uno de los vagones de la estación. Aquí, el guarda, afirma que fue usted, Wynter. Dice que le vio la cara y que luego le golpeó usted, huyendo.

—¿Quién, yo? —preguntó Ted, cínicamente, fingiendo maravillosamente un estupor que estaba muy lejos de sentir—. ¡Este hombre está loco! Yo estuve esta tarde en el gimnasio de Stubbs, hasta las ocho, hora en que me fui a casa.

—Yo le vi a usted —acusó amenazadoramente el guarda, llevándose la mano a la dolorida barbilla.

—¡No le consiento eso! Oiga: cuando acuse, acuse con pruebas. Tenga usted en cuenta que puedo meterle en la cárcel por calumniador —manifestó Ted, iracundo, cerrando los puños.

—Calma, hijo, calma; todo se aclarará. Es indudable que aquí hay un error —aconsejó Bunce.

El jefe de Policía intervino, escrutando fijamente el rostro de Ted:

—¿Afirma usted que estuvo en el gimnasio de Stubbs hasta las ocho de la noche?

—Sí, señor. Fui a las cinco y salí a las ocho. ¿A qué hora fué eso?

—A las siete, más o menos —aseguró el guarda.

—Entonces, ¿a mí qué me cuenta usted? ¿Cómo se atreve a...?

—Vamos a ver, Wynter: ¿tiene usted testigos de que estuvo a las horas que dice en el gimnasio de Stubbs?

—Sí, señor. Conniston, el encargado del vestuario y de la sala de poleas, estuvo conmigo todo el tiempo. Llevo dos años haciendo gimnasia, y voy allí todos los días.

El jefe, calmamente, pulsó un timbre y ordenó al guardia de turno que fuese en busca del tal Conniston.

La espera no duraría más de un cuarto de hora. Apareció Conniston, un hombrecillo insignificante, con cara de ratón, medio dormido y sin corbata siquiera.

—Conniston —inicio el jefe—: ¿cuánto tiempo estuvo en el gimnasio el señor Wynter esta tarde? Haga memoria; su informe nos puede ser útil. Trate de marcar el tiempo exacto.

Conniston se rascó el cogote, ofreciendo una figura ridícula, contestando al rato:

—Verá usted, señor jefe: yo acostumbro tomar todas las tardes una copita en el bar de enfrente. Salí del gimnasio, y recuerdo que el reloj del bar marcaba las cinco y media, y yo le dije a Joe; Joe es el dueño del bar, ¿sabe usted, señor jefe? Pues, como decía, yo le dije que su reloj iba atrasado. El mío tenía las cinco y treinta y cinco. Volví a mis obligaciones y, al rato, no más de diez minutos, llegaba el señor Wynter. Se desnudó, estuvo haciendo poleas, me dio un cigarrillo, charlamos. Y puedo jurar que él se fué hacia las ocho, un poco, muy poquito, antes de cerrar. ¿Es que ocurre algo malo, señor jefe?

—Nada, nada; puede usted marcharse, Conniston.

Apenas hubo salido Conniston del despacho, el jefe de Policía, dirigiéndose al guarda, manifestó, duramente:

—Ya ha oído usted. Y otra vez cumpla mejor con su deber, en lugar de meterse en una garita, y sepa emplear su arma. ¡Márchese! Daré orden a la Compañía de que le carguen el coste del robo.

—Pues yo juraría... —Atrevióse a argüir el guarda.

—¡Váyase al diablo! —le increpó el jefe.

—Si ocurrió así como me han dicho, habrá sido una confusión —dijo Ted, muy seriamente.

—¡Claro, claro! Es que esta gente bebe demasiado. Perdóneme haberle molestado a estas horas; el deber es el deber.

Cuando regresaban a casa, el viejo Bunce dio un suspiro de satisfacción, exclamando:

—¡Qué miedo me has hecho pasar, Ted! Por un momento pensé que...

—¡Cómo quiere usted que yo cometiera una acción semejante!

—No, no te creo capaz, hijo. Has sido muy travieso, pero los años te van haciendo sentar la cabeza.

Hubo alegría general en la casa cuando llegaron y se enteraron de que todo había sido una equivocación.

Media hora más tarde, estando ya acostado Herbert y desnudándose Ted, éste sacó de entre las hojas de un libro varios billetes de cincuenta dólares, y con una sonrisa canallesca de triunfo, se los mostró a Herbert.

—¿Cómo has conseguido tanto dinero? —preguntó Herbert, sentándose en la cama.

—Engañé a todos. Lo hice yo, ¿sabes? —afirmó Ted, jactancioso

de su robo y de su triunfo.

—¡Ted! ¿Cómo..., cómo es posible que...? Si ese Conniston dijo en la Jefatura que..., según habéis contado...

—¿Para qué sirve la cabeza? —preguntó Ted, sentándose al borde del lecho de Herbert—. En vista del tropiezo, preparé la coartada.

—Entonces. ¿Conniston...?

—Conniston mintió soberbiamente. Tú sabes que el gimnasio de Stubbs tiene dos puertas, cada una a una calle. Después del tropiezo con el guarda de la estación fui a vender el género. Tardé un segundo, y me fui rápidamente al gimnasio, entrando sin que me viesen. Yo sabía que en la sala de poleas no suele haber nadie; no hay afición por las poleas, y menos a esas horas. Nadie me vio entrar. Agarré a Conniston y le enseñé bien la lección.

—¿Le diste dinero para que...?

—¿Dinero a ese borracho? ¡Ni un centavo! Lo tengo en mi mano. Hace unas semanas lo descubrí registrando la ropa de los socios. Tenía una llave que abría todas las taquillas. Desde mucho antes, algunos se habían quejado de falta de dinero en sus carteras, pero nunca se aclaró nada. Acusé a Conniston, y hasta se me puso de rodillas. Como a mí no me había quitado nada, hice la vista gorda, y no dije ni pío. Favor con favor se paga.

—¡Eres el mismo diablo, Ted! ¡No tienes salvación! ¿No te da vergüenza robar?

—¡Eres un puritano, Herbert! ¡Robar no tiene importancia, siempre que se salga con bien! Así es como se hace dinero. El dinero hay que amontonarlo enseguida, antes de hacernos viejos, para poder disfrutar de la vida y poder mandar a los demás. ¡Si yo hubiera nacido en otra época!...

—¡Habrías sido un pirata, Ted! No me gusta que seas así. Eso no es de hombres. Hay que luchar cara a cara.

—Escucha, Herbert: no me vengas con sermones, si quieres que tengamos la fiesta en paz. Cada uno es como es y piensa como piensa.

—Devuelve ese dinero, por lo menos. Ted. Ese dinero te quemará las manos. Hazlo o te denuncio. No puedo consentir que...

Los dos jóvenes estaban frente a frente. Hubo un cruce de miradas, duras, denotando ya caracteres fuertes, duros como el

pedernal. La fraternidad que había entre ellos impidió que se pegasen. Astutamente, no por miedo, Ted dio marcha atrás, fingiendo arrepentirse:

—Tal vez tengas razón, Herbert. Reconozco que he hecho mal. Pero el caso es que esto no tiene arreglo. ¿A quién le doy este dinero? Yo quité las medias, y ya no puedo devolverlas.

—¿A quién se las vendiste?

—A Deriven, el tendero de la calle Lincoln. Él compra artículos robados y los manda fuera, a otros sitios, para venderlos allí, sin que la «Poli» lo descubra. Paga poco, realmente. ¡Es un marrano!

Herbert permaneció perplejo unos momentos. Al fin, propuso:

—Lo mejor sería que metieses el dinero en un sobre y se lo remitieses al jefe de la estación, diciéndole que robaste las medias y que te has arrepentido. Así, el daño será menor. Disimula la letra, y no se te ocurra firmar, Ted; podrían descubrirte. No quiero que te cojan en un asunto de éstos. Sería la desgracia para todos.

Ted pareció recapacitar, y dijo:

—Bien, de acuerdo. ¡Decidido! Mañana buscaré una solución satisfactoria, seguiré tu consejo aunque eso de la carta no me gusta. Pensaré otra forma de hacerlo. ¡Tú descuida!

Poco después apagaron la luz. Herbert se durmió enseguida, satisfecho. Ted tardó más en dormirse, acariciando los billetes debajo de la sábana y pensando la forma de engañar a Herbert.

Alcanzaba Ted Wynter los diecinueve años cuando Bunce murió, tras una penosa enfermedad de cinco días. En este tiempo, ni su hija ni sus protegidos se separaron de su lecho, colmándole de cuidados. Y los tres lloraron al verle expirar. Ted, el joven de alma torcida, lloraba también, aun cuando en su interior luchaba por contener las lágrimas. Una de las tres personas que él quería con el corazón acababa de morir. Por Bunce habría sido capaz de dejarse cortar la cabeza. Con su muerte, comprendió Ted que Gettysburg era chico para él. Sus ilusiones necesitaban campos más amplios y ciudades más populosas, donde sus ambiciones pudieran desarrollarse y cumplirse.

Al día siguiente del entierro comunicó a Dorothy y a Herbert su decisión de correr mundo. La joven, ya casi una mujer, lloró y suplicó. Herbert razonó. Ni ruegos ni razonamientos valieron. Ted Wynter manifestó su ansia de ver mundo, y anunció su propósito de

embarcarse como polizón hacía cualquier puerto extranjero.

Y así lo hizo. Desde entonces, Dorothy y Herbert no supieron de él.

Con el tiempo, Herbert coronó sus estudios e ingresó en el F. B. I.

Al salir de la Academia, se declaró a Dorothy. En cuanto tuviesen unos ahorros, se casarían.

IV

SAX REED ACTUÁ A SU ESTILO



OLVIERON a reunirse Los cuatro —Reed, Beth, Dorothy y Herbert— el día 2 de enero, por la noche, a cenar, en la lujosa mansión de Sax, un edificio de dos plantas, situado en Lake Shore Drive, bulevar a lo largo del lago, con amplios paseos arbolados, con residencias para millonarios. Terminaron de cenar y pasaron a una biblioteca suntuosa, con una sola estantería, conteniendo unos pocos libros, pero sí con un gran mueble-bar. Pese al calor de la calefacción central, Reed se permitía el capricho de tener en la biblioteca una chimenea, no de mero adorno, pues los troncos crepitaban en el fuego.

Mientras un criado preparaba el café y los licores, los cuatro jóvenes se sentaron alrededor de la chimenea, escuchando el silbido del viento en el jardín, azotando el follaje de los árboles.

Tantas veces repitió el criado el nombre del señor Reed, preguntándole sus deseos, que Dorothy cometió la grave equivocación de interrogar ingenuamente:

—¿Por qué te llaman Sax Reed, Ted? ¿A qué obedece ese cambio de nombre?

Beth quedóse pálida, Herbert se llevó el cigarrillo a los labios y el propio Sax permaneció un instante callado. Al fin, adoptando su sonrisa peculiar, repuso:

—Ted Wynter murió hace tiempo, queridos amigos, en el extranjero. Tuve un pequeño contratiempo en la India, y adopté entonces el nombre de Sax Reed. Me hice con documentación, y ya seré Sax Reed para siempre.

—Estás fuera de la ley, Ted —afirmó Herbert, suavemente, notándosele su nerviosismo.

—No hago mal a nadie con eso. Y sólo vosotros dos lo sabéis. Beth no cuenta, aun cuando acaba de enterarse ahora mismo, gracias a la «feliz» intervención de Dorothy.

—No he querido...

—No tiene importancia, Dorothy. No creo que el buen Herbert, por ser agente especial, vaya a denunciarme. En realidad, no conseguiría nada. Ted Wynter murió hace tiempo, en Bombay, en una cacería de tigres; y nadie podría probarme lo contrario. En Bombay consta la documentación sobre el particular —aseguró Sax, amablemente, aunque en el fondo sabía que pisaba en falso.

Desde el momento que se tropezó con Herbert, y éste le notificó su profesión de agente especial del

F. B. I.

, esperaba la ocasión de aclarar el cambio de nombre. Había sopesado las decisiones a tomar y los consecuencias. Pensó marcharse de Chicago mientras Herbert estuviese en la ciudad; hasta proyectó fingir un accidente, algo similar a lo que fraguó años antes, en la India, y aparecer en distinto sitio con otro nombre. Pero tenía muchos intereses en Chicago, muchos negocios provechosos, y no estaba dispuesto a perderlos, después del trabajo hecho para levantarlos. Maldecía la hora en que se le ocurrió ir a la sala de juego regentada por Vorota. Allí habían ido Dorothy y Herbert, a petición de ella, en un capricho de querer ver una casa clandestina de juego, según dijeron. La casualidad les había hecho encontrarse.

—No tengo por qué denunciarte, ni lo haré, Ted —aseguró Herbert, lentamente—. Sé de mucha gente que vive decentemente bajo un nombre supuesto.

Tranquilizado, en parte, Sax mintió:

—Yo vivo honradamente de mi negocio de transportes. Pago los impuestos, que no son un grado de anís, y con la Policía no he tenido más choques que cuando a alguno de mis conductores se le ha ocurrido empotrar el camión en otro coche. Lo soluciona mi abogado, se pagan los daños ocasionados, y a otra cosa. No, no, querido Herbert. Por ahora no tengo que ver nada con la Policía federal.

—Me quitas un peso de encima, Ted. Y me alegro de la buena marcha de tus negocios. Sería horrible tener que enfrentarnos.

—¡Por Dios! —exclamó Dorothy, jovialmente—. ¡Qué trágicos os estáis poniendo! ¿Es que las botellas están de adorno solamente?

Comenzaron las bromas. Sax narró algunas de sus aventuras en el extranjero, haciendo reír a los demás. La bebida empezó a alegrarlos, y Beth bailó con Herbert un tango apache, al son de la música de la radio.

Era ya tarde, cuando, sentados alrededor de la chimenea, Beth, embriagada más de lo debido, preguntó a Herbert, tuteándole:

—Si yo fuese hombre, ¡cuánto me gustaría ser agente del F. B. I.

! ¡Debe ser maravilloso descubrir intrigas, perseguir a los demás, sin responsabilidad al matar...!

—No todo es eso —manifestó Herbert—. Hay también, muchas veces, en las que la misión del agente es meramente burocrática, y pacífica por completo, como ahora me sucede. Me he pasado todo el día repasando los libros de contabilidad de Charles Fischetti. He hecho más números que en toda mi vida.

—¿Charles Fischetti? —preguntó Sax, aparentando candidez—. He oído hablar mucho de él. Es un hombre muy misterioso. ¿Qué? ¿Le has encontrado algo?

—Aún no he terminado; no es labor de un día. Tiene una perfecta maraña: su contable es un truhan que sabe lo que se hace. Por lo pronto, ya los he agarrado en dos cosas, y en ellas me pienso basar para levantar un acta. El tal Fischetti, con más alhajas encima que un rajá, se ha puesto por las nubes. Me ha amenazado con

quejarse de mí a sus amigos en el Congreso, achacándome abuso de autoridad. Mañana sale para Washington, a denunciarme. Y no deja de preocuparme, porque tengo noticias de la gran influencia de la Maffia entre los principales políticos. ¡Es un asco! Hay veces que me dan ganas de echarme a dormir y no meterme con nadie. Esa maldita asociación tiene amigos en todas partes. Y no hay quien acabe con ellos.

Sax escuchaba atentamente. Por lo pronto, había conseguido un dato muy importante: Fischetti, el amo de Chicago, iba a Washington al día siguiente. Se levantó, disculpándose:

—Perdonadme. Enseguida vuelvo.

Salió de la biblioteca, y, pasando a su despacho, tomó el teléfono. La voz de Robson contestó al otro extremo del hilo. Le fueron dadas varias órdenes, sonando los nombres de Fischetti, Ricci y Vorotta. Aquella noche, los secuaces de Sax Reed trabajarían sin descanso, tendiendo una trampa.

Al regresar Sax a la biblioteca, la conversación había cambiado de tema.

Al día siguiente, no eran aún las ocho de la mañana, cuando el ayuda de cámara de Sax entró en su alcoba, despertándole.

—El señor Robson desea verle, señor Reed. Ha insistido en verle.

—Bien. Dile que pase.

Las noticias que llevaba Robson no eran totalmente satisfactorias. Fischetti no iba a Washington, sino Ricci, según informes de un confidente introducido en la Maffia, un italiano vendido al mejor postor.

—¿Cómo va a ir?

—En avión. Ha alquilado un aeroplano para él solo. Le acompañarán dos de los suyos.

—¿A qué hora piensa salir?

—A las once de esta mañana.

Reed meditó unos momentos, sentado en la cama, encendiendo un cigarrillo. Levantando la mirada, ordenó a Robson:

—Hay que conseguir, como sea, engañarlo y hacer que suba en un avión nuestro. Hay que preparar su «equivocación». ¿Recuerdas lo que hicimos con Finnetey, hace unos meses? Pues éste es el mismo caso. Prepara todo exactamente igual. Haced que el piloto desaparezca. Ya en vuelo, actuad.

—Lleva escolta, jefe, y habrá más dificultades.

Súbitamente, Sax se bajó de la cama, con la chaqueta del pijama como única vestimenta.

—Iré yo. Preocúpate de dar el cambiazo al avión. Yo estaré en la cabina. Comprueba el funcionamiento de las correas y meted un ataúd. No quiero «eliminar» a Ricci, por ahora.

Hacía un tiempo tormentoso. El cielo, cubierto de espesas y plomizas nubes, prestas a volcar cataratas de agua. El viento azotaba los hangares y aeronaves del aeródromo. Los empleados andaban encogidos, maldiciendo entre dientes, reponiendo de esencia los depósitos de algunos aparatos, descargando y cargando mercancías en otros. El ruido de los motores era arrebatado por las ráfagas de viento.

Daban las once, cuando en la puerta que daba al campo de despegue apareció Ricci, con una cartera de mano en la izquierda, arrebuñado en su grueso gabán con cuello de piel y el sombrero calado hasta los ojos. Le seguían dos individuos corpulentos, sus guardaespaldas, sin duda alguna.

Un individuo, con el uniforme de empleado en el aeródromo, les salió al paso.

—¿Es usted el señor Ricci?

El italiano contestó afirmativamente con un gruñido y un movimiento de cabeza.

—Les conduciré a su aparato, señores. Síguenme, por favor.

Siguiendo al empleado, se aproximaron a un bimotor, en cuyo fuselaje sólo se veían las cifras de su matrícula, sin otra leyenda que indicase pertenecer a alguna compañía de líneas aéreas.

Las hélices giraban ya velozmente, como caballos piafantes que esperasen el aguijón de la espuela para lanzarse a la carrera.

Ricci y sus hombres subieron por la escala. En el interior, veinte asientos desocupados, cerrada la puerta que daba a la cabina de mandos; no había nadie allí.

El empleado, cortésmente, aconsejó a los tres viajeros:

—Siéntense en estos asientos delanteros, y no dejen de ponerse los cinturones de seguridad. El día es francamente malo y habrá muchos baches. ¡Permítanme!

El servicial empleado se preocupó de ayudarles en la operación de cerrarles el cinturón de seguridad. Saludando con una

inclinación y deseándoles un feliz viaje, el empleado bajó apresuradamente. La puerta de la cabina se abrió un momento, dando paso a un individuo vestido con «mono», probablemente el copiloto.

—Buenos días, señores. No se alarmen si el vuelo es algo irregular. La atmósfera está en malas condiciones. ¿Llevan los cinturones cerrados? ¡Bien!

Mientras el copiloto se encargaba de cerrar la puerta lateral, utilizada para la subida y bajada de los pasajeros, éstos pudieron ver perfectamente al piloto sentado en su butaca, manipulando en los mandos, y al navegante, con los auriculares puestos en la cabeza, dándoles la espalda. El copiloto volvió a meterse en la cabina, cerrando la puerta.

Aumentó el rugido de los motores, al ser acelerados. Se estremeció el avión, rodando después por una pista secundaria hasta enfilarse para el despegue. Rodó largo trecho; sus ruedas dejaron de tocar tierra, elevándose en el aire.

En su vuelo rápido, el bimotor cortaba en jirones las nubes, adentrándose en aquella masa algodonosa, al parecer. Pasada la sensación de angustia del despegue, los guardaespaldas de Ricci, sentados detrás, parecieron respirar, y uno de ellos dijo al otro, en voz baja:

—No está mal del todo. Consiguieron meterme miedo con tanto: «Mucho cuidado. Las condiciones de la atmósfera no son buenas». ¡Bah! Si parece que vamos por una carretera. ¿Fumamos? Espera, que voy a sacar... ¡Maldito cinturón! ¿Cómo se abrirá esto?

El *gangster* forcejeó, tratando de abrir la hebilla del cinturón de seguridad, sin conseguirlo. Le daba vueltas, la remiraba, tratando de hallar el resorte, pero no obtenía nada. Comenzaba a enfurecerse, tachándose de torpe, cuando la puerta de la cabina se abrió, apareciendo en su umbral Sax Reed, con los auriculares encima de las orejas, empuñando una «Luger» de aspecto amedrentador, Sonreía maquiavélicamente, disfrutando con la sorpresa de Ricci y de los otros.

—¡Buenos días, queridos viajeros! —saludó—. ¡Cuidado con los baches! ¡No se quiten los cinturones! —Y, cambiando de tono, por otro duro y siniestro—: ¡Arriba las manos! ¡Estáis en mi poder!

Ricci estaba realmente asustado; no podía explicarse la presencia

de Reed en el avión. El propio Fischetti había ordenado que alquilaran un avión para llevarles a Washington. Los guardaespaldas, hombres de pelea, trataron de echarse adelante, protegiéndose en los respaldos de los asientos delanteros; no lo consiguieron: los cinturones resistieron el tirón. Entonces, comprendiendo que habían sido inmovilizados, desesperadamente intentaron defenderse. Se llevaron la mano a la axila izquierda.

Antes de que pudieran sacar, la imponente «Luger» disparó dos veces, y un orificio se abrió en la frente de cada gángster, dejándolos sin vida en el acto. Ricci, no viendo lo ocurrido detrás, quiso tirarse al suelo, fuera de la línea de tiro; el cinturón se lo impedía. Daba la sensación de gato acorralado.

—¡Quieto, Ricci! ¡Deja de hacer tonterías! No te puedes despegar del sillón, y si no alzas las manos, te haré igual que a tus compañeros. ¡Vuelve la cabeza y los verás cómo han quedado! ¡Sería una verdadera lástima dejarte matar! Si te portas bien, escaparás con vida.

—¿Qué quieres?

—Solamente conseguir unos datos —afirmó Sax, dando un paso adelante—. A cambio de tu vida me enterarás de vuestra organización.

Ricci se permitió sonreír escépticamente. Una bofetada le borró la sonrisa de su cara vulgar. Al protestar, la mano izquierda de Sax se cogió a su mandíbula inferior y le torció el cuello, a la vez que le levantaba la cabeza. En un santiamén, Ricci había perdido su hombría. El dolor y el miedo a que le rompiesen la columna vertebral por las cervicales le mantuvieron pasivo, a pesar de estar armado.

De la cabina salió el copiloto, espectador pasivo hasta entonces de la escena. Llevaba en la mano una jeringuilla para inyecciones. Pinchándole en la grasa del cuello, le inyectó un líquido rojizo. Ricci perdió el conocimiento a los pocos momentos, sumido en un sopor de inconsciencia.

—¡Rápido! ¡Estaremos llegando!

Con dedos hábiles, Sax manipuló en la hebilla del cinturón de seguridad, soltándolo. Entre los dos lo llevaron a la popa del avión. En el compartimiento dedicado a los equipajes había un ataúd con apliques de metal blanco. Pusieron dentro al italiano y pasaron una

correa alrededor de la caja, evitando que se abriese al moverla.

Un cuarto de hora más tarde, el avión aterrizaba en un campo solitario, a gran distancia de una población, de la que solamente se distinguían las cúpulas de los más altos edificios.

Un coche de pompas fúnebres se acercó al avión, por un camino sembrado de guijarros. El ataúd fué trasladado prontamente, y en el *baquet* se sentó Reed, con el conductor y otro de la banda. Reed se puso unas anchas gafas de motorista y un abrigo que le ocultaba, el uniforme de navegante aéreo.

Cuando llegaron a una carretera asfaltada, vieron alejarse al bimotor, en dirección a Chicago, la misma que llevaba el coche con el ataúd.

Regresaron a la capital, después de haber tenido una avería, tardando cerca de dos horas, a pesar que el aeroplano sólo había descrito un arco en el cielo encapotado de nubes.

Entraron por el sudoeste de la ciudad, en las proximidades del canal de drenaje de Summit.

Durante el trayecto. Reed había, examinado el contenido de la cartera de mano de Ricci: cartas de Fischetti para políticos prominentes de Washington, denunciándoles la severidad de las investigaciones del agente especial del

F. B. I.

, llamado Herbert Prentis, aconsejándoles que intrigasen para conseguir destinarlo a otra población: y otra carta a un miembro de la Maffia, ordenándole acudiese con dos expertos en bombas. Los escritos habían sido hechos a máquina y firmados con un ojo humano atravesado por un puñal. Quedaba en evidencia que el firmante era Charles Fischetti, vicepresidente del Sindicato Americano del Crimen, organización ejecutiva de la poderosa Maffia, siciliana.

El coche de pompas fúnebres se detuvo ante una puerta de hierro, abierta apenas sonó el claxon. El vehículo pasó a un patio enlosado. La muralla, a más de alta, estaba protegida por cables eléctricos, que provocarían el electrocutamiento del asaltante y la alarma en los moradores del edificio que se levantaba en el centro del cuadrado patio.

Apeándose del coche, y sin quitarse las gafas, Reed ordenó al conductor:

—Llévadmelo al subterráneo. Que no salga nadie de aquí. Monta la vigilancia.

El subterráneo, antigua bodega convertida en mazmorra, semejaba un escenario pintado por el más desequilibrado decorador. Las piedras de las paredes rezumaban humedad, mostrando manchas de salitre. En un rincón, un extraño aparato, semejante a una cama, con abrazaderas en sus costados, y una campana encima. A la izquierda, pendiente de un garfio clavado en el techo, una cuerda de cáñamo ennegrecido. A su lado, algo parecido a una máquina de limpiar zapatos. Sobre una mesita, varios aparatos cuya finalidad no podía adivinarse, excepto un soplete.

Allí fué llevado Ricci, inerte, aún bajo los efectos de la droga. A una indicación de Reed, sus secuaces salieron de la cueva. Tendido en el húmedo suelo, el italiano parecía dormir pesadamente. El contenido de una ampolla le fué inyectado, teniendo la virtud de hacerle parpadear, en señal de su vuelta a la consciencia. Junto a él, Sax, erguido, le observaba con una expresión ñera, de verdugo implacable. Antes de marcharse, sus secuaces hablan registrado al italiano, despojándole de una automática y de la cartera de bolsillo, que contenía una gruesa suma de dólares en billetes, aparte de una libreta de apuntes.

La mirada extraviada del italiano al volver en sí y verse en aquel ambiente terrorífico, se fijó en Sax Reed.

—Ricci: antes de hablar, no pierdas detalle de lo que tenemos alrededor. Aquí estamos a muchas millas de Chicago, en un lugar aislado, donde no hay miedo de que tus gritos atraigan la atención de los vecinos. Mira esos aparatos, destinados al tormento y la tortura de aquellos que se resisten a decir la verdad. Durante años pasados, en la India, en China y en Siberia, estudié los más refinados métodos para hacer confesar a los que trataban de no hablar. Tuve buenos maestros.

Las pupilas del italiano se agrandaban conforme se percataba de la amenaza que significaban aquellos artefactos nunca vistos por él. En su imaginación de latino se veía ya sangrante, con los huesos trinchados, rotas las articulaciones y sin fuerzas para pedir clemencia.

Las palabras de Reed caían en sus oídos lentas, graves,

impresionantes:

—¿Ves aquella cama? No es cómoda, pero tiene la ventaja de estar debajo de una campana cuyas vibraciones te volverán loco. Durante horas y horas sonará y sonará, taladrándote el cerebro. Traje una vez a un negro que se las daba de rebelde. No resistió más de cuatro horas. Cuando quiso hablar, tenía los tímpanos destrozados, y el cerebro, si es que lo tenía, no le funcionaba. Como estaba loco, hubo que pegarle un tiro. ¡Fíjate en aquella otra máquina! Su apariencia es inofensiva, pero no se la deseo a mi mayor enemigo. Se mete el pie en ese hueco, se va dando vueltas a la manivela, y unos tornillos comienzan a barrenar la piel, la carne, los huesos... No hay quien lo resista más de dos vueltas.

—¡Basta! ¡Basta, Reed! ¡Déjame en paz! ¿Qué quieres de mí? —exclamó el italiano, desesperado y aterrorizado.

—Los nombres y las direcciones de cuántos forman el Gran Consejo de la Maffia. Los domicilios de los principales jefes en Nueva York. Las costumbres y las amistades de Lucky Luciano y de Frank Costeño. Necesito acabar con todos ellos. ¡La Maffia dejará, de embolsarse millones! ¡Sax Reed se hará el dueño absoluto de los Estados Unidos!

—No podrás conseguirlo. La Maffia es más poderosa que tú. Somos mucha gente, mucho dinero y muchos años de experiencia. Estoy en tus manos, Reed, y te aconsejo que des marcha atrás. Lárgate de Estados Unidos, y saldrás ganando.

—Gracias por el consejo —dijo Sax, sarcásticamente—. Por el momento, me interesan tus declaraciones. Empieza a darme datos.

Como Ricci permaneciese mudo, decidido a no revelar ningún secreto de su organización, Reed sonrió, malignamente.

—Levántate, Ricci.

El italiano, temeroso, obedeció. Apenas estuvo en pie, encogido, el puño derecho de Reed le golpeó la mandíbula, echándolo a tierra.

—Levántate, Ricci.

Nuevamente, el otro se levantó, cubriéndose la cara con ambas manos. De un puntapié al vientre, Reed le hizo caer otra vez, mientras reía con una carcajada larga, de loco.

—Levántate, Ricci —repitió.

El italiano se retorció sobre las losas como una anguila, lanzando gemidos de dolor y juramentos en su lenguaje natal, con toda la

riqueza de maldiciones que posee su vocabulario.

—¿No quieres levantarte más, amigo mío? —preguntó Reed, irónicamente—. Bien. ¡Vamos a ver si ahora «cantas» o no!

De un cajón de la mesita sacó un par de esposas de acero, y con ellas unió las muñecas del prisionero. A rastras, tirándole de los tobillos, lo llevó debajo de la cuerda de cáñamo que pendía de la bóveda de la cueva. Bajó el nudo corredizo, cerrándolo sobre los tobillos del italiano. Tiró del otro cabo. La cuerda comenzó a tensarse, pasando por una polea de madera.

Era izado el cuerpo del italiano, cabeza abajo. Sus chillidos conmovían el enrarecido aire del subterráneo. Parsimonioso, complaciéndose sádicamente en la tortura, Reed ató el cabo a una argolla en la pared.

Y apoyándose en la mesita, encendió un cigarrillo, sin perder de vista a su víctima.

Cuando toda la sangre de Ricci comenzó a afluirle a la cabeza, amenazándole de congestión cerebral, éste pidió a gritos que lo bajase de allí; no era hombre de lucha. Lo fué en tiempos pasados, pero la buena vida lo había reblandecido. Tenía los ojos fuera de las órbitas, roja la piel de la cara y abría la boca como pez en tierra, respirando anhelosamente.

Media hora más tarde, Reed salía del subterráneo. Uno de sus hombres estaba junto a la puerta, de vigilante, el mismo que acompañaba al chofer del coche de pompas fúnebres.

—Le he puesto otra inyección para que se duerma. Nadie debe entrar a verle hasta que no lo ordene yo. Estad atentos al teléfono.

Al rato, Sax, cambiado de traje, salía del patio en un automóvil de cuatro plazas, pequeño y de poco precio. Nadie sospecharía que el acaudalado Sax Reed viajaba en él.

Eran las cinco de la tarde. Sobre Chicago caía la lluvia, en gruesas gotas que ahuyentaban a los viandantes. Los autobuses rodaban llenos de gente hasta los topes.

El cochecillo se detuvo frente a la puerta de un restaurante de ínfima categoría. Se apeó Reed, y corriendo cruzó la acera, pasando al establecimiento. A aquellas horas el local comenzaba a animarse de público. Entró en la cabina telefónica, después de cambiar en el mostrador un dólar por monedas de níquel.

Cerró la puerta. Introdujo un níquel por la ranura e hizo girar

los discos de las iniciales y los números.

—Urgente, con Robson —dijo.

Al minuto, su lugarteniente debió ponerse al aparato.

—Robson: soy yo. ¿Hay novedad?

—Bien. Dentro de unos momentos te llamaré otra vez. Está atento... ¿Cómo?... Sí; todo bien. Lo tengo aquí. Voy a hacerles una buena jugada. En tanto vuelvo a llamarte, avisa a mis dos «muchachos», y prepara a otros más. ¡Lista la fortaleza! ¡Hasta ahora!

Volvió a introducir otra moneda de níquel y a marcar otro teléfono.

—¿Señor Fischetti, por favor?

—No está. ¿De parte de quién? —preguntó una voz áspera.

—Dígale de la persona que tiene a su amigo Ricci.

—¡Oiga: espere, espere! ¡Voy a avisarle ahora mismo!

—Dígale que volveré a llamar dentro de cinco minutos, y que prepare doscientos mil en «pequeños». ¡Hasta dentro de cinco minutos!

Reed colgó el aparato, saliendo de la cabina. Por la excitación en la voz del individuo se había cerciorado de que Fischetti ya sabía de la desaparición de Ricci. No le interesaba a Sax quedarse a esperar a Fischetti, pues éste tenía buenos amigos en todas partes y habría conseguido localizar el teléfono que le llamaba.

En la calle continuaba la lluvia. Empezaban a formarse riachuelos contra el bordillo de las aceras y la gente escaseaba más aún. En aquel barrio, ni siquiera los automóviles prestaban animación. Reed subió al suyo, arrancando hacia el corazón de la ciudad. A las pocas esquinas se apeó para entrar en un bar. También de baja categoría. Aquí ya sentía miedo de que pudiera identificarle alguno de aquellos que estaban sentados a la mesa, charlando y curioseando a los demás hampones y confidentes mezclados con gente sin moral.

Llamó por segunda vez al domicilio particular de Charles Fischetti. En cuanto Reed dijo que se trataba de Ricci, la voz al otro extremo de la línea contestó:

—Soy Fischetti. ¿Quién es usted?

—Papá Noel, que viene a traerle al valioso y estimado Ricci.

—Tráigalo enseguida, o díganos dónde podemos recogerlo. Le

daremos una buena gratificación.

—Oye, Fischetti —dijo secamente Reed, no ignorando que el otro pretendía dar algo de confusión a la conversación, a fin de ganar tiempo y mientras tanto sus hombres localizarían el teléfono en combinación con la Central y hasta con la Policía—: menos palabras y más al grano. Antes de media hora has de tener doscientos mil preparados en pequeños; éste es el precio de Ricci.

—¿Quién eres tú? ¡Doscientos mil! —se oyó exclamar a Fischetti, encolerizado.

—Ni un dólar menos. Escucha: dentro de media hora, por Sheridan Road ha de ir un coche tuyo, conducido por un solo hombre, y con la «pasta». Elige un coche descubierto: eso nos servirá para identificarlo.

—¿Cómo quieres que lloviendo...? —vociferó Fischetti por el teléfono, en su pretensión de ganar tiempo.

—Dentro de media hora, por Sheridan Road ha de haber un coche descapotado; el chofer tiene que llevar el dinero. Cuando le digan que pare, ha de parar, y cuando le pidan el paquete, debe preguntar: «¿Hace mal tiempo?». La respuesta será: «Tenemos un sol magnífico». De no ser así que no entregue el dinero. Porque si hay un error, Ricci morirá esta noche.

—Si envío el dinero, ¿cuándo tendré yo a Ricci? —inquirió Fischetti, a punto de romper el teléfono a fuerza de voces.

—Una hora después de tener yo el dinero te llamaré y te diré el sitio donde podrás recogerlo.

—¡Eso es una trampa! ¿Cómo voy yo a saber si no me engañas?...

—Entonces, ¿cómo estoy enterado de que Ricci no ha llegado a Washington? ¡Juégatela, Fischetti!

—¿Quién eres?

—Te lo diré luego; ¡una gran sorpresa! De momento, si quieres salvar a Ricci, envía a uno con el dinero, tal como te he dicho.

Reed cortó la comunicación, saliendo a buen paso del bar, pues los hombres de Fischetti ya habrían localizado la llamada.

Nuevamente al coche y otra vez a detenerse a los dos bloques siguientes, trente a otro bar.

En esta ocasión volvió a comunicarse con Robson:

—Escucha: soy yo. Dentro de un cuarto de hora te esperaré en la

puerta de la catedral del Santo nombre... Sí, en la North State... ¡Eso es!... Lleva la fortaleza y dos veloces, con cuatro hombres cada uno, bien equipados. Revísalo tú.

Haciendo tiempo, Reed pidió en el mostrador una copa de coñac, fumando un cigarrillo.

Su reloj le dijo la hora, y se puso en marcha hacia la calle North State. De puro receloso, no quería llegar antes que su gente a la catedral del Santo Nombre, temiendo una posible emboscada, si alguno de sus «muchachos» le era traidor y ponía en antecedentes a los de Fischetti. Se imaginaba el desconcierto de los sicilianos buscando a Ricci como desesperados, ya que era el huésped de honor, y el propio Fischetti tendría que responder ante el Gran Consejo si «el Rey» desaparecía. Sax sonrió al pensar que se había quedado corto al exigir doscientos mil dólares. Fischetti sospecharía de él, pero habían hablado pocas veces, y nunca por teléfono; seguramente no le había identificado por la voz. En cuanto se verificase el rescate comenzaría una verdadera batalla entre las dos bandas.

Cuando llegó frente a la catedral vio tres coches parados, uno de ellos su fortaleza. Robson le salió al encuentro, mientras los «muchachos» permanecían a la expectativa, vigilando el tráfico de aquellas calles. Allí estaban «el Llorón», «el Orejas» y Mull.

—Todo a punto, jefe —dijo su lugarteniente, sin saber en qué consistía la operación en ciernes.

—Vamos a Sheridan Road. En cuanto des la dirección ven conmigo. He de explicarte el plan. Arrancaron los tres automóviles. La fortaleza iba en medio. Tomaron por una calle de poco tráfico, huyendo de las arterias concurridas. Durante el trayecto, Reed fué explicando a Robson los detalles de lo ocurrido y el rescate pedido. Terminó diciéndole:

—Es seguro que nos prepararán una emboscada o tratarán de seguir al coche que recoja el dinero. Una vez lo tengamos seguiremos adelante. Este coche irá el último; no hay miedo de que lo perforen las balas. Hemos llegado a Sheridan Road. Apéate y transmite las órdenes. Que no empleen las armas sin necesidad.

Comenzaba a oscurecer. La lluvia había cesado y el asfalto brillaba al resplandor de las primeras luces encendidas. La fortaleza rodante se despegó de los otros dos coches y marchaba a la cabeza,

a una velocidad prudencial. Reed miraba a través de las ventanillas, buscando el coche descapotado. Como era natural, todos iban cubiertos, protegiéndose contra el mal tiempo.

Habría rodado la fortaleza media milla, cuando delante de ellos apareció un automóvil, sin capota, avanzando a poca velocidad.

—¡Ése es! —dijo Sax a su chofer—. ¡Atención! ¡Pásale, despacio!

Tocando un resorte, en uno de los laterales de la carrocería apareció una ranura; por ella metió Reed el cañón de una ametralladora, acabada de sacar de un depósito oculto bajo los trampolines.

Desbordando al coche descapotado, pasaron junto a él, casi rozándole. Por la ventanilla, Sax pudo cerciorarse de que solamente iba en él un hombre: el conductor. Fischetti no había preparado ninguna trampa.

—¡Colócate delante, y cuando lleguemos a un sitio despejado, te atraviesas en oblicuo, pero siempre que podamos salir de nuevo! —ordenó a su chofer.

El gran Packard, a una leve pisada en el acelerador, dio una sacudida adelante, y tomó la delantera debida, acomodándose después a la poca velocidad del coche sin capota, cuyo conductor no imaginaría que el Packard era el vehículo enemigo.

Llegaron a una bifurcación. El chofer de Reed torció a la izquierda el volante, pisando el freno seguidamente. El monumental coche se detuvo en seco. Se escucharon los chillidos de los frenos del descapotado, obligado a detenerse si no quería chocar.

Reed aguardó, inmóvil. Él no quería arriesgarse, por temor a encontrarse con una bomba en lugar de un paquete de billetes. Había dado las oportunas órdenes a Robson, y éste, que venía en el primer coche, apareció por detrás del descapotado y se acercó al conductor.

Se les veía hablar y gesticular. El individuo entregó un paquete a Robson, quien no lo quería tomar. El conductor lo abrió él mismo; señal de que no era una bomba. Arrancandoselo de un tirón, entre ambas manos lo llevó Robson a la fortaleza de Reed. Éste abrió una de las puertas.

—Tome, jefe; efectivamente, es el dinero. Cuando veníamos me ha parecido ver dos coches con gente de Fischetti; eran todos italianos clavados.

—¡Bien! Les daremos una sorpresa. Dile a los «muchachos» que vayan delante y, cuando nuestro claxon suene, se separen y se dirijan al garaje. Se les dará su parte mañana. Tú estropea el motor de ese coche y enseguida te vienes al mío. No dejes de vigilar al conductor, por si lleva una pistola.

La operación se realizó en menos de dos minutos. Rodeando al Packard pasaron los «muchachos» de Reed en los dos vehículos, a toda velocidad. Robson ejecutó su obra sin contratiempos y corrió a meterse dentro de la fortaleza.

—Los he visto, jefe. Vienen acá. Son los mismos.

—¡Arranca! —ordenó Reed al chofer, y luego, dirigiéndose a Robson—. Les daremos una sorpresa. Vamos hacia las afueras. Quiero hacerles una pequeña demostración.

Con un rugido de fiera presta al ataque, el Packard arrancó, tomando enseguida una celeridad rayana en el límite de lo permitido por las regulaciones de tráfico. Su poderoso motor conseguía pasar de unas velocidades a otras con suma facilidad.

Por la ventanilla posterior, Reed y su lugarteniente observaban. Efectivamente, dos vehículos grandes corrían tras ellos, ganándoles terreno, sin importarles el límite de velocidad. En cuanto se acercaron, sus ocupantes asomaron los cañones de unas ametralladoras y se vieron los fogonazos en el anochecer. Robson dio un bote, tirándose al suelo, protegiéndose. Las carcajadas de Reed le molestaron, y comentó:

—Nos van a achicharrar, jefe.

—Ya vamos suficientemente protegidos, muchacho. ¿No oyes?

Dentro del Packard se oía el martilleo de unos golpes menudos y repetidos, como el ruido de las gotas de lluvia cayendo sobre un tejado metálico. Los proyectiles enemigos se estrellaban contra la carrocería y el cristal de la ventanilla, abollándose, sin hacer ningún daño. Las corazas de cromo-níquel escudaban a los pasajeros de la fortaleza.

—Vamos a darles un susto —manifestó Reed, riendo como él reía: diabólicamente, preso de una alegría demoníaca.

Tocando otro botón oculto se abrieron debajo de la ventanilla posterior dos ranuras horizontales. Y dos cañones de ametralladoras entraron por ellas, asomando muy poco al exterior.

—¡No aceleres! —gritó Reed al chofer, notando que éste, algo

atemorizado, pisaba el acelerador.

Y entonces, a sangre fría, perfectamente protegidos, Reed y Robson graduaron la puntería mirando por los dobles cristales de la ventanilla.

—¡Tú a las ruedas y yo a ellos! —indicó Reed—. ¡Ahora!

Las dos ametralladoras comenzaron a funcionar, lanzando ráfagas de plomo contra el primer coche perseguidor. Como tiraban a mansalva, acertaron plenamente. Se vio encabritarse al automóvil y dar varias vueltas hasta la cuneta, quedándose de costado y con el motor incendiado. Los que no habían perecido bajo los proyectiles morirían del golpe y quemados.

El alarido penetrante de una sirena sonó hasta el Packard.

—¡La Policía, jefe! —advirtió, innecesariamente, Robson.

—No te preocupes, hombre. Todo está previsto. Saca y guarda las ametralladoras. ¡Vas a ver algo curioso!

Mirando atrás, comprobaron que el segundo coche perseguidor había hecho caso omiso del accidente de sus compañeros y les iba a los alcances; detrás de ellos sonaba la sirena de alarma, pidiendo que los coches se detuvieran ante la Ley.

Reed, sonriente, levantó el brazo derecho del asiento, apareciendo un botón nacarado. Lo apretó.

—¡Jefe! —exclamó Robson, asombrado.

El Packard comenzaba a expulsar por detrás un chorro negro de humo muy expansivo, pues al instante se extendió, formando una nube densa, impenetrable a la vista, que envolvió al coche perseguidor. El aparato continuaba expulsando gas, ocupando toda la carretera y varias yardas de abajo arriba.

—¡Pisa a fondo! —ordenó Reed a su chofer.

Era emocionante la carrera de la fortaleza sometida a toda la velocidad de su motor. Nadie podría alcanzarlos, ni con motocicletas, y menos dejando atrás una cortina de humo, donde se producirían colisiones.

—¡Ahí están éstos, jefe! —gritó el conductor—. ¡Les hemos alcanzado!

—¡Toca el claxon dos veces!

Poco después, el Packard regresaba a la ciudad por distintas calles. Reed comprobó que el dinero era la cantidad exigida por el rescate de Ricci, y quiso cumplir su palabra a Fischetti, pese a su

traición con la emboscada. No le interesaba matar a Ricci, temiendo desencadenar una terrible e incontenible lucha contra él de toda la Maffia, y tampoco había motivos para tenerlo secuestrado, una vez que se le arrancaron los datos necesarios sobre su organización. Había sido una buena operación en todos sentidos.

Se aparearon del Packard Reed y Robson, en la calle Van Burén. La fortaleza se alejó, en dirección a su guarida. El jefe y su lugarteniente entraron en un almacén, y mientras Robson vigilaba, con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina, Sax telefoneaba a la quinta donde tenía a Ricci.

—Llevad enseguida el coche mortuario con Ricci dentro de la caja frente a la casa de Fischetti. Dejadlo allí y largaos. Nada de prisa, a fin de no despertar sospechas.

Un cuarto de hora más tarde, Charles Fischetti, el criminal reyezuelo de Chicago, era llamado al teléfono. La misma voz que le exigió el dinero le decía:

—Ya tengo la «pasta» en el bolsillo, Fischetti. A otra vez, les dices a tus «muchachos» que tengan más cuidado.

—En cuanto consiga echarte la mano encima voy a arrancarte el pellejo a tiras, Reed.

—¡Eres más tonto de lo que yo pensaba, Fischetti! —aseguró, irónicamente, Sax—. Has tardado mucho en enterarte de que era yo. ¿Quién podía ser, si no? ¿Quién pedía haber realizado semejante faena? Reconocerás que ha sido, bonita. ¡Qué lástima no ser socios, al cincuenta por ciento!

—¿Cuándo me entregarás a Ricci? Has sacado el dinero; tienes que entregarme a Ricci o mando ahora mismo destruir todos tus locales.

—No sé por qué te pones así, querido Charles —dijo Sax, riéndose—. Hace rato que tienes a Ricci delante de tus narices y ni siquiera lo has olido. ¿Estás acatarrado o es que, desde que usas perfumes, sólo hueles narcisos? Mira por la ventana y verás, en la acera de enfrente, un coche de pompas fúnebres. Dentro del ataúd está el gran Ricci, «el Rey» destronado.

—¡Maldito!

Sin poder contener las carcajadas, Reed prosiguió:

—Si algún policía os ve coger el ataúd decidle que es para tu suegra, que ha muerto la pobre del sarampión.

Al otro lado de la línea se oyó el clic característico de ser colgado el aparato.

EN PELIGRO DE MUERTE



RA Beth una adorable muchacha: bella, provocativa, coqueta, elegante a costa de acudir a los modistos más caros, pero carecía de ese instinto peculiar de las mujeres que adivinan a la primera ojeada el estado de ánimo en que se encuentra su novio. Por esa falta, aquella misma noche cometió una grave equivocación, estando en casa de Sax, esperándole.

Entró Reed en la biblioteca, aún con la misma ropa que llevaba en el Packard y con el paquete de billetes en su mano derecha. Lo dejó sobre una mesa, descuidadamente. Doscientos mil dólares era

una gran cantidad, más para él sólo significaba un pequeño aumento de capital. De esa suma tendría que separar las partes correspondientes a Robson y a cada uno de los que intervinieron, aun cuando no hicieron nada, sino darse un cómodo paseo en coche por Sheridan Road.

Confundiendo el ceño fruncido de Sax con su habitual gesto hosco, Beth se levantó a abrazarle. Él casi la rechazó; en su interior estaba verificándose algo que nunca había sentido antes: repugnancia, si no remordimiento, de las muertes ocurridas una hora antes, hechas a mansalva desde su fortaleza rodante.

Beth se apartó de él, y, tontamente, arrastrada por su curiosidad, abrió el paquete, mientras Reed se acercaba a la chimenea y encendía un cigarrillo con una brasa cogida con las tenazas.

—¡Oh Sax, cuánto dinero! —exclamó ella, jubilosa, viendo ya una serie de nuevos vestidos en su armario.

Él se volvió rápidamente, igual que sí le hubiese picado una víbora, y mandó, aullando materialmente:

—¡Deja eso! ¡Déjalo!

Sobrecogida la joven por el acento imperioso y los ojos que parecían despedir chispas de fuego, optó por otra táctica. Fué acercándose a él, mimosa, rendida, tratando de domesticarlo.

—¡Apártate de mí! —volvió a ordenarle Reed.

Ella no le hizo caso y, pegándose a su cuerpo, le preguntó, hechiceramente:

—¿Qué te pasa hoy, Sax? ¿Estás enfadado con tu nenita?

—No —fué la seca respuesta.

—¿Has tenido algún contratiempo?

—No; al contrario.

—Entonces, ¿por qué estás así, querido? ¡No estés triste, mi vida! Vamos, tonto, no pongas ésa cara. ¿Es que ya no me quieres?

Y a cada palabra, ella le añadía una caricia. Como Reed continuase igual, ella proseguía:

—Yo estoy muy contenta solamente de verte, y más si vienes acompañado de tanto dinero. ¿Me darás para comprarme unos trapos? Tengo un ropero lleno de vejestorios. Estoy sin ropa, Sax tendré que salir desnuda a la calle, y los que nos conozcan dirán que eres un tacaño...

—¡Apártate! —gritó Sax, asqueado, a la vez que le daba, un

empujón en el pecho, derribándola sobre la alfombra.

La suavidad anterior de ella se convirtió en brusquedad, arrebatada por la ira al verse golpeada y tirada. Se puso en pie, fieramente.

—¡Canalla! ¡Como vuelvas a pegarme voy a deshacerte! No te perdono esto, nunca lo has hecho conmigo, y yo sé bien por qué lo haces ahora. ¡Es esa mujer!

Él pareció recibir un latigazo, pues reaccionó enseguida, desafiante:

—¿Qué mujer?

—¡Dorothy! Lo noté al día siguiente de encontramos con ellos. Has cambiado. Ni te fijas en mí siquiera, y hasta me rehúyes. ¿Ya no te parezco tan bonita como antes? ¿Es que esa birria de mujer, con su cara de pazguata, se puede meter entre nosotros dos?

—¡Cállate y deja en paz a Dorothy! ¡Estás mintiendo!

—Mintiendo, ¿eh? Desde que ella apareció he tenido que pedirte les besos, como quien solicita un gran favor. Antes tenías malas y buenas rachas, pero siempre eras mío; ahora todo es diferente. Pues ten cuidado, porque yo tiro del telón enseguida. Se lo diré a Herbert. ¡Ése sí que vale más que tú! Por lo pronto es una persona decente y no un sinvergüenza.

La mano de Reed voló y fué a estrellarse contra el cuello de la joven. Sonó bestialmente el golpe. Ella no cayó al suelo, por encontrar en su caída el respaldo de un sillón. Lloraba de rabia, de impotencia, pero en sus ojos lucía el arma temible de la venganza. Desde aquel instante. Beth intentaría matar a Reed; se leía la sentencia en sus ojos. Y así lo comprendió él, arrepentido, en parte, del paso dado.

Glacialmente, disimulando su cólera y su preocupación, ordenó:

—¡Vete al cuarto de baño, y cuando salgas, que no se te note nada! Ésos estarán al llegar.

Veinte minutos después llegaban a la casa de Reed, Dorothy y Herbert, ambos felices, contentos de pasar la velada con Ted, como ellos seguían llamándole.

Terminaban de cenar, cena aburrida por el mutismo y la cara de seria de Beth, cuando un criado entró, con una carta en una bandeja.

—Para usted, señor —dijo respetuosamente, ofreciéndosela a

Herbert.

Éste, extrañado, la tomó, diciendo:

—Perdonad.

Rasgando el sobre, leyó las pocas líneas escritas:

«Un amigo de usted y enemigo de Fischetti le invita a presenciar un contrabando de narcóticos. No diga nada a nadie. Le espero en un coche con las luces interiores encendidas en la esquina de la calle Oak con Lake Shore Drive. Venga y tráigase armas. Soy un confidente de la Policía, que desea favorecerle, sabiendo su interés por los asuntos sucios de Fischetti».

La carta no llevaba firma alguna. Con el papel en las manos, sin levantar la vista. Herbert meditó el camino a tomar. Podía ser una encerrona o también un favor de un confidente dolido de Fischetti. Entre las cuadrillas había siempre descontentos, deseosos de vengarse por cualquier motivo. Era evidente que le habían seguido hasta la casa de Reed.

—Me llaman a la División para solventar un asunto. Será cuestión de una hora, creo yo. Espérame aquí, Dorothy. Volveré a recogerte.

Se dio cuenta del interés de Sax por el contenido de la misiva. No quiso hablarle de ello.

Tal como se le indicaba en el escrito, en el cruce con la calle Oak un sedán aguardaba, encendidas sus luces interiores, como demostración de no haber agazapada otra persona, fuera de un individuo sentado al volante.

Sintiendo el duro contacto de su revólver en la cadera derecha, Herbert se aproximó, preguntando:

—¿Me ha enviado usted la carta?

—Sí, señor Prentis. Suba a mi lado y le explicaré por el camino.

Era un tipo de cara con huellas de haber tenido la viruela. No era simpática, ni se prestaba a la confianza.

Decidido a todo, en busca de algún dato nuevo a costa de ponerse en peligro, el joven subió, sentándose también en el *baquet*. El otro puso el coche en marcha, apagó las luces Interiores y dijo:

—Es en el lago, señor Prentis. Lo han pasado desde el Canadá y

llegará aquí dentro de un cuarto de hora. Estoy enterado de sus investigaciones, y mi mayor alegría sería derrocar a Fischetti, ésa sanguijuela que nos chupa la sangre a todos.

—¿Por qué no se lo ha dicho a la Policía?

—Se lo he dicho, pero no de una manera oficial. Desconfío de los altos jefes; muchos de ellos están vendidos a la Maffia. Sin embargo, he avisado a dos policías amigos míos, un sargento y un número, hombres valientes y deseosos de ascender con una buena detención.

—¿Cómo ha pedido localizarme?

—¡Ah! Sé que es usted amigo de Sax Raed. ¡Cosa que me extraña!

—¿Por qué? —preguntó Herbert, interesado visiblemente.

—No hay mayor criminal en todo Chicago; si no le cortan los vuelos acabará con todos.

—Eso es hablar por hablar.

—¿Qué está usted diciendo? Yo me tengo pensado, mejor dicho, me tenía pensado, que usted buscaba pruebas para meterlo en la cárcel, como está usted haciendo con Fischetti. Y conste que le será difícil meterle mano a Reed. ¡Es un pájaro de cuenta!

—Tengo entendido que se dedica al transporte.

—Sí, al transporte de gente para el «otro barrio». Cuando nos veamos con más calma, le contaré algunos hechos. ¡Estamos llegando!

El coche había salido al puerto en el lago Michigan. A unas yardas, los embarcaderos de los *ferry-boats*, poniendo en comunicación todas las riberas del vasto lago, incluidas las pertenecientes al Canadá, de donde venían siempre los contrabandistas y los extranjeros que deseaban internarse en Estados Unidos furtivamente, en busca de una riqueza difícil de encontrar, como comprobaban al poco tiempo. El espejismo de los Estados Unidos seguía, y sigue brillando engañadoramente.

Se apearon del coche. El individuo se alejó en dirección contraria a los embarcaderos, andando por el muelle, atestado de mercancías desembarcadas o destinadas al embarque, seguido de Herbert, que llevaba la mano derecha presta a actuar al menor movimiento sospechoso.

Al final del muelle vieron flotando en el agua una gasolinera, y a

bordo, dos policías del puerto, que saludaron al guía de Herbert cordialmente, pero con mucho misterio.

—¡Éste es el agente del

F. B. I.

, muchachos! ¡Manos a la obra, que éstos no tardarán en aparecer! ¡Yo me voy! Ya me enteraréis de los resultados. Y si hubiese alguna prima, no me dejéis sin bocado.

El confidente de la cara con señales de viruela regresó hacia su coche.

—Salte, señor —dijo, respetuosamente, uno de los policías.

Herbert saltó, tranquilizado al encontrarse con fuerzas de la Ley y no ver nada sospechoso en absoluto.

Despegó la gasolinera del muelle, con el motor a toda marcha, dirigiéndose al centro de la inmensa negrura, pues el cielo continuaba encapotado de nubes, no permitiendo el paso de la luz de las estrellas.

La ligera y rápida nave cortaba el agua valientemente, elevándose y bajando al compás del pequeño oleaje movido por el viento. Sentado en la borda, Prentis fumaba, aguardando el curso de los acontecimientos, que le pondrían sobre una pista segura de las fechorías del omnipotente Fischetti. A la vez, un desasosiego le inundaba el alma: las revelaciones del confidente le habían esclarecido sus suposiciones sobre la conducta ilegal de Ted. Ted Wynter, o Sax Reed, o como se hiciese llamar, era un hombre amante de la violencia y de las ambiciones desmedidas; desde pequeño lo había demostrado. Aquella riqueza, aquel derroche, sólo podían proporcionárselo sus inteligentes transgresiones de la Ley.

De súbito, el motor de la gasolinera pasó al ralentí en sus revoluciones, hasta cesar por completo. La embarcación se detuvo. Uno de los policías comentó:

—Han de pasar por aquí, lejos de las rutas corrientes.

En efecto, a lo lejos se vela el avance de un *ferry-boat*, con las luces encendidas, saliendo del puerto. Por donde se encontraban, todo era silencio, fuera del suave beso del oleaje contra los costados de la gasolinera, que, sin anclaje, iba derivando perceptiblemente.

—¿Tiene usted un cigarrillo, señor? —preguntó uno de los policías al agente especial—. Se me ha olvidado el tabaco, y con la espera le entran a uno más ganas de fumar. En cuanto oigamos

ruido hemos de tirar los cigarros.

Herbert se llevó la mano al bolsillo, a fin de sacar la pitillera, cuando el primer policía dio un salto adelante, abrazándole fuertemente con brazos musculosos, de gorila. El otro, hasta entonces callado, se acercó, echándole las manos al cuello, pretendiendo ahogarle. Tiraron de él separándole de la borda.

Inmovilizados como tenía los brazos, al joven sólo le quedaban libres las piernas. Retorciendo el cuerpo y sacudiendo puntapiés, intentó defenderse, y lo habría logrado con éxito si se hubiese tratado de un solo atacante.

La cruel tenaza de los dedos hundiéndose en el cuello le cortaba, la respiración. Sintió que el cerebro se le nublaba y que los pulmones le estallaban. Sus sacudidas fueron menos violentas, y al momento se desplomaba sobre las tablas sin sentido. Había sido cazado ignominiosamente, utilizando sus enemigos un buen ardid, enmascarados con los uniformes de policía.

—¡Déjalo ya, Tom! ¡Está más que atontado!

—Voy por el saco.

—No olvides las pesas.

Mientras su compinche iba en busca de los efectos citados, el falso policía se dedicó a registrar los bolsillos de Prentis, despojándole del revólver, la cartera y la pitillera, a más de unas monedas que llevaba.

Al regresar el otro le comunicó:

—No hay miedo; no lleva ni un mal cortaplumas.

Lo metieron en un saco de recia y espesa lona, cuyo fondo ya iba ocupado por bolas de plomo. Sobre la cabeza ataron la boca del saco, arrojándolo seguidamente por la borda.

Salpicó el agua al recibir la carga, que se sumergió rápidamente. Las agitadas aguas fueron serenándose, y unas cuantas burbujas subieron, rompiéndose en la superficie.

—¡Vamos a contárselo, a Vorotta! Ha sido más fácil de lo que pensábamos. Fischetti no tendrá queja por esta vez, y se «explicará» bien.

El motor de la gasolinera fué puesto en marcha alejándose la embarcación, rumbo al muelle.

Mientras tanto, el saco descendía y descendía a las profundidades del lago, arrastrado por su contenido humano y el

lastre de plomo. Lo tupido del tejido impedía primeramente la entrada del agua, pero luego fué filtrándose aceleradamente. En el interior. Herbert, encogido, iba recobrando el conocimiento, pasado el instante de la asfixia.

El frío del líquido le hizo volver en sí antes de haber agotado el aire. La terrible realidad de su situación le golpeó el pensamiento: ¡todo había terminado para él!

Sentía una mortal sofocación, unida a un frío entumecedor. Instintivamente trató de rasgar con las uñas aquella cárcel de tela. Sólo consiguió que se filtrase más agua a sus sacudidas. Su impotencia y experiencia en casos de peligro le ayudaron a comprender que aún podía salvarse, siendo necesario a toda costa conservar la serenidad, y aguantar el aire en los pulmones extrayéndole hasta el último átomo de oxígeno.

A duras penas consiguió registrarse los bolsillos. Un gruñido se escapó de sus labios al darse cuenta de que lo habían desvalijado. En su pitillera había un filo cortante, destinado a cortar cuerdas, caso de ser ligado.

Y entonces recordó el depósito oculto que llevaba en el zapato derecho. Mucho le habían encomiado en la Academia que llevase siempre ocultos los útiles necesarios para escaparse de un lugar: una lima plana, una ampolla de un producto explosivo en alto grado y una hoja de afeitar, como cuchilla cortante, de poco peso y volumen.

Encogiéndose más, subiendo la pierna derecha, doblada, consiguió tocarse el zapato. Tiró de él, descalzándose, y en las tinieblas de su prisión, estrecha y fría tanteó dentro. Junto al talón levantó la plantilla. Sus dedos tocaron una concavidad rectangular, y los útiles por él guardados al salir en misión de Washington. Palpar la delgada lámina de acero fué para él la mayor alegría de su vida.

Luchó primeramente por serenarse y no consentir que el fatal nerviosismo de sus dedos dejase caer la cuchilla. El agua había ido subiendo en el interior del saco, reduciendo el aire, que, a su vez, estaba viciándose más y más. Le zumbaban los oídos y sentía el golpeteo frenético de la sangre en sus sienes. El frío comenzaba a paralizarle los miembros en aquella inmovilidad forzada.

Cogiendo la hoja de afeitar con una mano, a trueque de cortarse

las yemas con el filo, apoyó el otro en la pared de lona.

Hincó en oblicuo, apretó y tiró hacia arriba. El agua entró de golpe, con toda la terrible presión de las grandes profundidades. Aguantando la respiración, con una serenidad increíble, el agente especial del

F. B. I.

, continuó rasgando hasta arriba. Sintió el beso helado del agua en la cara, calmándole en parte la fiebre que le corroía.

Aguantando la respiración, salió por la gran abertura, ayudándose con las manos. Sus pulmones estaban a punto de estallar, pero el recuerdo de lo sucedido y el miedo de subir a la superficie para volver a encontrarse con sus verdugos le obligaban a nadar entre dos aguas, buceando.

Tenía la impresión de haber estado días dentro del agua, cuando, en realidad, no habría estado más de tres minutos.

Ya no podía más: el cuerpo le pesaba como el plomo y sus brazos no avanzaban nada. Decidiéndose a todo con tal de poder respirar, dio una sacudida de brazos y piernas, y como una flecha ascendió. La presión del agua le ayudaba. Salió a la superficie con más de medio cuerpo fuera. Al abrir los ojos pudo convencerse de la ausencia de la gasolinera, pues a su alrededor todo era oscuridad y silencio. A bocanadas respiró el aire húmedo de la noche, y una nueva vida pareció infiltrarse en sus venas.

El cerebro se le había aclarado y las fuerzas volvieron a él. El único peligro radicaba en la gran frialdad del líquido, y a causa de ello optó por nadar hacia la costa. Antes se despojó de la chaqueta y del zapato que llevaba puestos.

Con mayor facilidad de movimientos, nadó vigorosamente, a *doble over*, el estilo más conveniente para largas distancias y el que necesitaba menor esfuerzo.

Unas veces braceando y otras flotando de espaldas, consiguió llegar a la orilla, donde, por un poste, trepó hasta el muelle, cayendo en él extenuado y chorreando agua.

Estuvo unos minutos en la misma posición, recobrando fuerzas, cuando creyó oír un ruido. Levantó la cabeza y distinguió la silueta de una persona con gorra de uniforme: un vigilante del puerto. Al contraluz quedaban ocultas las facciones del vigilante. Herbert temió que fuese uno de los mismos que lo echaron al lago;

arrastrándose fué a refugiarse detrás de unos fardos.

Pero hizo crujir el maderamen, y de súbito nació el resplandor de una linterna. Desde su escondrijo veía al vigilante iluminando la gran mancha de agua sobre el tablado. Siguiendo el rastro húmedo, el vigilante iluminó a Herbert, que se levantaba en aquel instante.

Una pistola apareció en la diestra del guardia, mientras con la linterna en la otra mano enfocaba al sospechoso en estado deplorable.

—¿Qué hace aquí?

Para evitarse preguntas y respuestas, el joven dijo:

—Lléveme enseguida al cuartel del puerto.

Como aquello era lo que el vigilante deseaba, accedió prontamente, apuntando al agente especial por la espalda e indicándole el camino de palabra.

Media hora después, el agente especial salía del puerto con otra ropa: el traje viejo de paisano de un policía. Había aprovechado la ocasión para comunicar con su División del

F. B. I.

, notificando lo sucedido. Los falsos policías, al llevarse la cartera, se habían, llevado también la documentación y la insignia.

Tomó un taxi y se dirigió a su hotel. Durante el trayecto ocupaba su mente el conocimiento de la culpabilidad de Reed, y hasta por un momento pensó sí habría sido él la cabeza directora del frustrado asesinato. Desechó enseguida el pensamiento: no podía concebirlo en Ted, quien, pese a sus instintos criminales, siempre había demostrado un cariño fraternal por él. Certeramente lo atribuyó a Fischetti.

Su deseo de acción le imputaba a tener una entrevista aquella misma noche con Ted, dejando para el día siguiente la acusación a Fischetti.

En el hotel se puso uno de sus trajes y cogió dinero. Desde su habitación llamó por teléfono a la casa de Reed, pidiendo que se pusiera Dorothy.

—Escucha: no puedo ir a recogerte, estoy muy ocupado. Habrás de venir sola.

—No; no nos veremos esta noche. Estoy trabajando en un asunto. ¡Hasta mañana!

Seguidamente salió del hotel, sin arma alguna, puesto que la

única que poseía se la habían quitado los de la gasolinera.

Llegado a las cercanías de la lujosa casa de Reed aguardó en una esquina, vigilando el portal. Vio salir a Dorothy y a Beth, acompañadas hasta un coche por el propio Ted. El coche se alejó en dirección contraria, y el agente especial fué aproximándose, normalmente, sin pretender ocultarse.

Pulsó el timbre de la puerta. No tardaron en abrirle, apareciendo un individuo nunca visto por él, cuyos ojos aparentaban estar llorando.

—¿Qué desea, señor? —dijo el Individuo, con una mano metida en el bolsillo de la chaqueta.

—Soy amigo del señor Reed. Dígale que está aquí Herbert.

—Espere, por favor —dijo el individuo, cerrando la puerta en las mismas narices del joven.

Éste se confirmó en sus sospechas. Aquella casa vallada metálicamente y aquel portero que no aparecía durante el día denunciaban que Reed se protegía de un peligro exterior. Ninguna persona decente tenía por qué adoptar toda aquella clase de precauciones.

El tipo de la cara llorona volvió a abrir, invitando:

—Pase, por favor. Perdóneme que le haya hecho esperar, pero es mi obligación.

Reed le esperaba en la biblioteca. Salió a su encuentro, sinceramente sorprendido por su intempestiva visita.

—¿Ocurre algo, Herbert?

El agente especial, deseando acabar cuanto antes, manifestó:

—Sí, Ted. Concerniente a ti. He recibido la declaración de una persona que te conoce. Te acusa de crímenes y me ha explicado la clase de «negocios» que te ocupan.

Era una mentira, mas Herbert creía así conseguir una celeridad mayor en el esclarecimiento de la verdad, verdad que le incumbía profesional y particularmente.

El rostro de Reed se contrajo, conteniendo una ola de ira. No dudaba que su amigo conociese la verdad. Tardó bastante en responder, mientras le invitaba a sentarse con un gesto.

—Pondré las cartas boca arriba, Herbert, si con ello consigo convencerte. No olvides que no hablo al agente del
F. B. I.

, sino al amigo que quiero como a un hermano. Tú me conoces mejor que nadie. En el extranjero tuve rachas buenas y malas. Vine con algún dinero, caí en Chicago y me animé a montar una organización que fuese menos criminal que la Maffia y diese tanto dinero como ella, con proteccionismo, control de apuestas en las carreras de caballos, *cabarets*, salas de juego y algunas que otras actividades. Hasta ahora voy triunfando. Tú eres el único que puedes interponerte en mi carrera, y no espero eso de ti.

—¿Sabes bien lo que te propones, Ted? ¡Enfrentarte con la Maffia es ir a la muerte! ¡Te vencerán!

—No me vencerán, te lo aseguro. He pasado la peor época, la de formación; ahora estoy en la expansión, y dentro de muy poco tiempo pasaré a la consolidación. Cuando tenga suficientes millones, me convertiré en un gran señor, un señor a lo grande, igual que hizo Capone.

—Capone terminó en la cárcel, no lo olvides, Ted. Y eso porque sólo le demostraron unas irregularidades en el pago de impuestos. Tú estás más metido y tienes menos apoyo que él, y, además, aquéllos eran otros tiempos. Te aconsejo que renuncies, a todo y emprendas una nueva vida; vales mucho, tienes dotes de organizador que se podrían enfocar muy bien en el campo comercial.

—¿Qué es esto, sino una organización comercial? ¿Qué es la Maffia, sino una sociedad comercial?

—Con una diferencia. Hemos discutido mucho de estas cuestiones cuando éramos pequeños y no vamos ahora a volver sobre lo mismo. Con tu actitud, me pones en una situación difícilísima. Ted. Me colocas entre la espada y la pared. Por una parte, me debo al

F. B. I.

y a la nación; por otra, a ti, dado el cariño que nos une. Sólo veo una solución: retirarte a partir de mañana con las ganancias que posees, emplearlas en mitigar el daño que has hecho y ponerte a trabajar honradamente.

—Eso es imposible, Herbert —afirmó Sax, roncamente, notándosele excitado.

—No te queda otro camino. Ted. A pesar de nuestra hermandad, sería yo un criminal si ocultase mi descubrimiento.

—¿Serías capaz de denunciarme?

—Sí, con gran sentimiento por mi parte. Te he dado una probabilidad, y dices que es imposible. ¿Qué más puedo hacer por ti? Dímelo, y lo haré.

—Cerrar los ojos.

—Eso no puede ser. Con Bunce tuve que callar a muchas cosas. Me dominabas, y los dos éramos unos chiquillos. Ahora, todo es distinto. En el

F. B. I.

, me han enseñado, a ser un hombre consciente de sus deberes para la sociedad. El individuo no cuenta. Los hombres mueren, pero el mundo prosigue su marcha. Lo lamento. Ted.

Reed pareció meditar profundamente, con al entrecejo fruncido. Ofreció un cigarrillo a Herbert, y luego, un relámpago de astucia cruzó por sus profundos ojos, que no pasó inadvertido al agente especial. Reed, poniéndose en pie, dijo:

—No hay que arrebatar las cosas, querido Herbert. Me has cogido tan de sorpresa, que no he tenido tiempo ni de pensar. Tal vez haya otra fórmula conciliadora y podamos continuar siendo como hermanos. Tomaremos algo; se serenarán les nervios y veremos mejor los problemas, y quien ve el peligro puede sortearlo. ¿Qué prefieres: coñac o *bourbon*?

—*Bourbon*.

Reed se dirigió lentamente hacia el mueble-bar. Manipuló con los vasos y los frascos. Herbert, que le observaba pensativamente, le veía de espaldas, y le notó un movimiento extraño. Reed volvía ya hacia él con un vaso lleno hasta la mitad en cada mano. Le ofreció el que llevaba en la derecha, sin darle tiempo a elegir. Era algo que no hubiese notado el agente del

F. B. I.

, si antes no hubiese visto la extraña manipulación en el bar.

Herbert tomó el vaso como si contuviese dinamita. Y comenzó a hablar atropelladamente nervioso, no sabiendo cómo salir de la trampa tendida.

—Siempre descuidaste una razón importante en la vida, Ted: la moral. Para ti todo se redujo a coger cuánto deseabas, y eso comprenderás que no puede ser. Hay normas, muchas de ellas convertidas en leyes, no hechas por capricho ni al azar, sino en

interés de la sociedad. Se pretende amparar al débil contra la rapacidad del fuerte. No estamos en tiempos de las cavernas. Debes darte cuenta y enmendarte. Tú eres fuerte y te crees con derecho a conquistarlo todo. Y luego, ¿para qué? ¿No es igualmente rico el que tiene dos millones de dólares que el que posee veinte? Yo creo que llega un momento en que el dinero no proporciona más placer y sí más complicaciones. Recuerda al pobre Bunce, y recuerda su felicidad constante. Era dichoso con muy poco; todos éramos felices.

—Perdona, Herbert —le interrumpió Sax, dejando su vaso sobre la mesita—. Me acuerdo ahora de un recado que he de dar a mi ayuda de cámara.

Con un suspiro de alivio, el agente especial vio salir de la biblioteca a Reed. Con la velocidad del relámpago cambió su vaso por el de la mesa, procurando que coincidiese la base con el círculo húmedo dejado en el tablero.

Fueron unos minutos de angustiosa espera. Había adivinado la intención de Reed de narcotizarlo —estaba lejos de pensar que quisiera envenenarlo—, y la situación había cambiado. Haría que Ted bebiese, engañado por su propia treta.

Reed volvió, sentándose frente a Herbert, volviendo a tomar el vaso y jugueteando con él en las manos, dándole vueltas y mirando el color, a la vez que decía:

—Tus palabras hacen daño. Herbert; pero, a la vez considero que son dichas con la mejor intención del mundo. Tú sabes que tú y Dorothy sois todo para mí; no es necesario decírtelo. Me pones en un brete, y estoy tratando de hallar una solución satisfactoria. Si no esta noche, ya es bastante tarde, mañana o pasado, pensándolo despacio, encontraré un camino aceptable.

Y así prosiguió hablando, mientras Herbert le espiaba ansiosamente, esperando la ocasión de hacerle beber: sus nervios estaban al rojo vivo, e instintivamente se llevaba el vaso suyo a los labios, pretendiendo que el otro le Imitase maquinalmente.

Fué una gran alegría para él oírle decir, por último:

—Cuenta conmigo, Herbert. Te prometo que haré todo lo posible por arreglar este problema. Seré suave, nada de violencias. Y como así lo espero, bebamos por un futuro mejor y más honrado, aunque con menos dinero.

Mientras bebía, el agente especial observaba a Reed, que, con naturalidad, bebió todo el contenido de su vaso. Herbert hizo igual. Ambos dejaron los vasos sobre la mesita y se miraron; los dos llevaban juego doble.

Tratando Herbert de distraer a su amigo, reanudó la conversación, hablándole de Beth:

—¿Qué significa esa mujer para ti, Ted?

—Poca cosa. En tiempos creí que iría a significar algo; después me he convencido que es como todas las mujeres. ¿No sabes que le gustas? Dice que eres muy diferente a mí; no lo pongo en duda. Tú y yo somos tan distintos como puedan serlo la noche y el día. ¿No te parece?

—Hombre, es una exageración. Tú tienes un buen fondo. Te faltó una madre que te guiase. Todavía recuerdo aquel día que te encontramos en aquella carretera. Parece mentira cómo se acuerda uno de escenas de la infancia.

Seguía hablando Herbert, precipitadamente, esperando el momento de ver a Reed desplomarse en su butaca, presa del narcótico echado en el vaso. De súbito, se notó que trabucaba las palabras y que sentía algo muy raro en el cerebro, como un sopor dulce, de persona que se echa en la cama después de varios días sin dormir. Le entró verdadero terror cuando el cigarrillo se le cayó de los dedos, y veía sonreír el rostro burlón de su amigo, pero desde lejos, desde muy lejos, sin poder enfocarle bien con sus ojos, a pesar de saberlo allí cerca.

Se llevó la mano a la cabeza. Intentó levantarse y correr a la ventana a tomar el aire frío de la noche. No pudo. Se sentía débil y libraba una titánica lucha contra el peso agobiador de los párpados, que tendían a cerrársele. Se recostó en el sillón, y cuando ya no veía nada, oyó decir a su amigo, como si hablase entre una niebla cada vez más espesa:

—No os enseñan lo suficiente en el

F. B. I.

, querido Herbert, Has caído en la trampa, pretendiendo engañarme a mí. Si fueras otro, tu pretensión de utilizar mis propias armas te costaría la vida. Pero eres tú, y no sufrirás ningún daño. Duerme y olvida. No te pasará nada. ¡Duerme tranquilo!

Herbert Wynter perdió el conocimiento bajo los efectos de la

droga preparada expresamente por Reed. Éste, más astuto que un viejo zorro, había observado por el espejo que su amigo se dio cuenta de que echaba alzo en uno de los vasos. Seguidamente, cambiando la táctica, le había ofrecido el vaso que no contenía la droga. Después, aprovechando el pretexto del recado al ayuda de cámara, salió, y desde la rendija de la puerta vio el cambio de vasos ejecutado por Herbert, volviendo de esta forma el vaso sin droga a poder suyo. Era un juego por partida doble, como dirían sus «muchachos».

VI

GUERRA DE «GANGTERS»



partir del secuestro de Ricci se desencadenó en Chicago una guerra a muerte entre los secuaces de Sax Reed y los sicilianos de la Maffia, dependientes de Charles Fischetti. Éstos dieron los primeros golpes, destruyendo con bombas tres de los mejores *cabarets* de Reed, a más de matarle cinco hombres en las calles, a traición. Por la espalda, o desde coches, lanzados a toda velocidad, escupiendo lluvias de plomo. Las ametralladoras y las escopetas de cañones cortados arrasaban los lugares frecuentados por la gente del hampa.

Los confidentes trabajaban más que nunca, y las encerronas se

sucedían interminablemente, sin que la Policía metropolitana pudiese nunca detener a los culpables, fuera de unos cuantos criminales de poca monta, cuyas revelaciones no acusaban a ningún pez gordo.

La contraofensiva de Reed no se hizo esperar, a su estilo y con su característica saña. El propio Fischetti tuvo que huir de Chicago, temeroso de caer un día acribillado a balazos en cualquier reunión o en su propia casa, pese a la guardia de Corps que le rodeaba. Conocía la crueldad y el estilo sangriento y audaz de Reed, capaz de exponer su vida con tal de conseguir sus propósitos. Fischetti dejó al mando de sus sicilianos a su lugarteniente, Vorotta.

Esta noticia llegó a oídos de Reed a los pocos días. Se sonrió al escucharla y premió al confidente con un buen fajo de billetes. El mismo confidente, introducido en las filas de la Maffia, serviría de cebo. Entre el confidente, Robson y Sax planearon el golpe, de una sencillez aterradora por su misma simplicidad de ejecución.

Sabían que Vorotta visitaba a una amiga suya en la calle Harrison, al anochecer, saliendo de la casa dos horas más tarde, desde donde se dirigiría a su cuartel general. Se hacía acompañar por dos hombres, sus guardaespaldas, e iba siempre en coche.

Durante dos días fueron espiados sus movimientos. Al tercero, cuando salía Vorotta del ascensor, en el piso bajo, habiendo dejado a su amiga, le salió al encuentro Reed, con gafas oscuras, el sombrero calado hasta los ojos y el cuello de la gabardina subido.

Vorotta se quedó paralizado, sin reconocerlo del todo, mientras sus hombres, detrás de él, no notaron nada sospechoso, viendo en aquel individuo a un vecino de la casa que pretendía tomar el ascensor.

Vorotta no tenía ningún rencor particular contra Reed, del que en tiempos había sido amigo. Su lucha era de tipo profesional, pudiérase llamar. Y al verle solo en el vestíbulo, no podía dar crédito a lo que sus ojos le ofrecían. Reed, sonriente, se acercó a grandes pasos, al descubierto, tendiéndole la mano derecha para estrecharle la suya, mientras la izquierda la llevaba metida en el bolsillo izquierdo de la gabardina.

—¡Hola, Vorotta! ¿Qué hay? Estaba esperando el ascensor y me encuentro contigo. ¡También es casualidad! Vengo a visitar a un amigo y me encuentro a otro.

Desconcertado, Vorotta estrechó maquinalmente la mano de Reed. Y entonces sucedió todo en una fracción de segundo. Sin dejar de sonreír. Sax apretó fuertemente la mano de Vorotta. Del bolsillo izquierdo de su gabardina comenzaron a salir balas, que se clavaron certeramente en el cuerpo del italiano. Cuando sus guardaespaldas quisieron ponerse a salvo, surgieron del portal «el Orejas» y «el Llorón», mientras Reed se dejaba caer al suelo con el agonizante Vorotta encima.

Silbaron los proyectiles por encima de su cabeza, y en la misma caja del ascensor fueron muertos los dos guardaespaldas del siciliano y el mozo encargado de manejar las palancas.

Tres curiosos que se asomaron recibieron el aviso de prevención en tarjetas de plomo. Reed se puso en pie de un salto. Sacó unas esferitas metálicas de color gris, que dejó caer, y salió corriendo hacia la puerta de la calle, seguido de su escolta. Mull aguardaba, puesto al volante de un coche con el motor en marcha. En la acera subieron sin precipitación, mientras oían, amortiguado, algo como un estampido dentro, de la casa. El automóvil se alejó a velocidad normal. Nadie de la calle se había dado cuenta de lo ocurrido dentro de la casa.

En ésta quedaba un montón informe de cadáveres retorcidos, y ningún vecino osó asomar las narices fuera de su apartamento al oír que las explosiones continuaban. Las esferitas arrojadas eran un invento de Reed, conteniendo una mezcla que se hacía explosiva a los efectos de un choque, con distinta velocidad cada una; por ello, estallaban con algunos intervalos, de diferencia, asegurando la retirada. Aquel mismo día, el asesinato de Vorotta puso en conmoción a la Maffia y a la Policía metropolitana. Se cursaron telegramas a distintas ciudades donde radicaban los consejeros de la Maílla. Fischetti cambió de residencia, largándose al Sur, encargando antes a sus dos hermanos que se hiciesen cargo del puesto vacante hasta que él regresase. La Policía no sacó nada en limpio; ni un solo testigo; nadie había visto nada.

Sax Reed galopaba hacia la cima de sus ambiciones; con otro golpe similar, sería, efectivamente, el dueño absoluto de Chicago. Todos le acusaban mentalmente, pero ni los mismos periódicos se atrevían a hacerlo abiertamente por carecer de pruebas.

Al día siguiente, Dorothy, extrañada de la ausencia de Herbert,

llamó a Reed, sin obtener contestación; nadie cogió el teléfono. Llamó, a Beth, por si ella sabía algo respecto a la desaparición del agente especial. Beth pareció sincera al contestar que no había visto a Reed ni a Herbert.

Poco después paseaba Beth por su alcoba con un cigarrillo en los labios y en bata de casa, meditando sobre, los últimos acontecimientos. El día anterior no había conseguido ver a Reed, a pesar de que él estaba en su casa; no quiso recibirla. Ella se lo imaginaba planeando nuevos golpes contra la Maffia. La noticia de la desaparición de Herbert le extrañó mucho; juraría que Sax no era ajeno a ello. En una inspiración, la linda mujer tomó el teléfono y llamó a la pensión donde vivía Mull. Citó al joven, secreto admirador suyo, que prometió acudir enseguida a su piso, encantado de verla y poder complacerla.

El escenario estaba preparado, bien preparado, cuando Mull, el joven gángster, inteligente y ambicioso, llegó al piso de Beth. Salió ella a recibirle, con un vestido que realzaba su belleza de tal manera, que Mull tartamudeó al saludar.

—Pasa.

En el saloncito, el mismo donde murió Chandler, se sentaron, sirviendo la joven unas copas de *champagne*, que ella bebía a todas horas, como prueba de elegancia. Insinuante y hechicera, insistió en que él se sentara junto a ella en el diván. Mientras bebían, lo envolvía con el fuego de su mirada, en la que Mull leía muchas promesas largo tiempo esperadas. La joven comenzó a desarrollar su labor de captación.

—Mull: tú sabes que entre nosotros dos existe algo que nos liga, aparte de la juventud —automáticamente, el gángster recordó la madurez de Sax Reed—. Ese algo es más que una simpatía, una atracción mutua, de la que no debemos avergonzarnos. Ahora bien: tú sabes que la vida es la vida, y muchas veces hemos de hacer cosas a la fuerza, sobre todo por el dinero, tan necesario para que una mujer sea feliz.

Nuevamente, Mull pensó en el boss, y sonrió al deducir que si ella estaba con Reed era solamente por su dinero. Tragaba saliva y le temblaba el pulso. No se retiraba cuando ella, poco a poco, iba acercándosele, con su aureola de belleza y perfume embriagador.

—Así lo creo yo —osó decir él, con voz trémula, pareciéndole

hablar con una diosa.

—Aclarado esto, he de pasar a más, querido Mull. Si no hemos hablado con los labios, sí con los ojos. ¿No ha sido así? —Movimiento afirmativo de cabeza del gángster—. Ha llegado un momento crítico. Sax está saliéndose de su órbita. Se ha enfrentado directamente con la Maffia, y no sabe que va derecho al precipicio. Cuando él se hunda, nosotros nos hundiremos con él, si no somos lo suficientemente listos para retirarnos a tiempo. Y ese instante ha llegado: tú y yo debemos tomar las precauciones debidas. Eres un muchacho con un carrerón por delante; vales más que el propio Reed, No has tenido aún la gran ocasión de que la suerte pase a tu alcance, pero ahora está a punto de pasar. No debes perderla. Desaparecido Sax, tú recibirías una gran recompensa de Fischetti si hubieses intervenido en la desaparición. Tú y yo formaríamos una... sociedad, con grandes beneficios... ¿No lo crees así?

El gángster creía todo lo que ella dijese; no estaba en situación de opinar por su cuenta. Sólo el instinto de conservación y el miedo al cruel boss le hicieron decir:

—Si encontrásemos alguna forma de...

—La hay, querido Mull. Existe ese tal Prentis, agente especial del

F. B. I.

Si él mete en chirona a Reíd y le sienta en la silla eléctrica, nosotros nos lavaremos las manos. ¡Hay que encontrar a ese del

F. B. I.

, darle pruebas y pincharle para que actúe! El caso es que yo lo conozco y no sé dónde se encontrará ahora.

—¡Yo sé dónde está! —aseguró Mull, impulsivamente.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamó ella, con una ingenuidad fingida—. ¿Dónde? Debemos hablarle. Yo lo conozco y podré convencerle para que nosotros quedemos al margen del asunto. Nada de pasar como traidores, ni tampoco vernos ante un Tribunal, ni siquiera como testigos.

—Lo tiene Sax encerrado en la casa que alquiló en...

—¡Ya sé! ¡Magnífico! ¿Puedes tú entrar sin levantar sospechas?

—¡Claro! Hoy por hoy, soy uno de los hombres de confianza de Sax.

Beth se puso en pie, buscando la postura más provocativa. Su

astucia femenina enseguida encontró la fórmula.

—Escucha, Mull: ve ahora mismo allá. Corta la línea telefónica, fuera de la casa, donde sea difícil encontrar la avería. A las seis de esta tarde llegaré yo. A mí me conocen todos los «muchachos» y no sospecharán nada, creyendo que llevo órdenes del jefe. No podrán verificar el motivo de mi llegada, al no poder hablar por teléfono con Sax. Recuerda: esta tarde, a las seis. Procura largar a cuanta más gente, mejor, con distintos recados. Sería ideal que nos quedásemos los dos solos con el agente del

F. B. I.

Y no olvides que tú y yo seremos una buena... sociedad.

A las seis de aquella tarde, Beth llegó a la quinta amurallada, donde Ricci había recibido tormento. Entró con el coche en el patio enlosado, abriéndole un gángster que la conocía. Mull salló de la casa, fingiendo asombro, seguido del que en días anteriores había conducido el coche de pompas fúnebres.

—¡Qué sorpresa, señorita! ¿Va a venir el *boss*? Hace una hora que nuestro teléfono no funciona, y nos temíamos que hubiese alguna llamada.

—A eso vengo, Justamente. Sax intentó hablar con vosotros, y no lo consiguió. Me envía a hablar con el prisionero, porque él está muy ocupado. Dentro de poco, Chicago va a arder por los cuatro costados.

—Pase, señorita; no esté aquí con el frío que hace —dijo el otro individuo, engañado y deseoso de halagar a la novia del jefe.

Atardecía, y en el interior de la casa ya estaban encendidas las luces.

—¿Dónde está el prisionero? —preguntó ella.

—En la cueva, señorita —indicó Mull, guiñando un ojo disimuladamente, en señal de que todo marchaba como sobre ruedas—. Yo mismo la acompañaré. Tenga cuidado con los escalones, que están muy resbaladizos.

Bajaron por una escalera húmeda, de paredes de piedra, mientras arriba quedaba el otro gángster.

—¿Qué va a decirle? —preguntó Mull a la joven, en un susurro.

—Le hablaré de ti muy bien. Tú está preparado. En cuanto me abras la puerta, subes y vigila a los demás, para cuando el agente salga. ¿Cuántos estáis?

—Dos y yo. Será fácil quitarlos de en medio. Procure a toda cesta que yo quede fuera de culpabilidad.

—Descuida, querido. Haré bien las cosas. Oye: ¿tienes una pistola?

—Tome mi revólver. Arriba hay más.

Mull abrió el candado que cerraba la puerta de la cueva y desechó el cerrojo. Dio a un interruptor, y en la cueva se hizo la luz, iluminando el tétrico ambiente de los aparates de tortura. En un colchón, sobre el suelo, y atado de tobillos y muñecas a una argolla de la pared, yacía Herbert Prentis.

—Déjame con él y no cierres, querido —advirtió la joven a Mull, cogiéndole la mano y apretándosela significativamente.

Cuando Beth se cercioró de que su cómplice subía la escalera, ella entró en el sótano, entornando la puerta. Sin perder tiempo, se dirigió al postrado agente del

F. B. I.

, y, arrodillándose junto a él, comenzó a desatarle, diciéndole:

—Hola, querido Herbert. Vengo a salvarte. He engañado a todos. Me enteré que estabas aquí, y no dudé en sacarte para que puedas poner todo en claro. No me preguntes ahora nada; ya habrá tiempo de hablar. Arriba hay tres individuos; ten mucho cuidado con el más joven de ellos. Es un buen tirador y tendrás que apretar el gatillo antes que él.

Bajo el chaparrón de advertencias, Herbert fué desatado. Se puso en pie notando que las piernas no le respondían. Había sido mucho tiempo de inmovilidad. Beth, con una automática y un revólver en las manos, miraba insistentemente hacia la puerta, temiendo ser sorprendida. Estaba decidida a matar, con tal de salirse con la suya. Su gran jugada comenzaba a efectuarse. Ardía ya en deseos de venganza contra Reed.

Con varios movimientos de brazos y piernas. Herbert consiguió restablecer la agilidad de sus miembros. No comprendía el porqué de todo aquello; mas empuñó las armas que le ofrecía la joven. Necesitaba salir de allí, costase lo que costase.

—Me quedará aquí, Herbert —manifestó Beth—. Cuando termines, me avisas. Y, por Dios, no te expongas mucho.

—Todo saldrá bien, Beth.

Con el revólver en la derecha y la automática en la izquierda,

Herbert salió a la escalera. Arriba, en el piso, vio a un hombre muy joven, en el que creyó identificar al gángster sobre el que Beth le había llamado la atención. Le era fácil dispararle a placer, pues estaba de espaldas. Le repugnaba matar a sangre fría, y comenzó a subir, escalón a escalón, lentamente, procurando no hacer ruido ni tampoco resbalar en escurridizas piedras.

Vio que el gángster se volvía de frente. Recordando la advertencia de Beth, no le dejó moverse. Apretó el gatillo una sola vez, con tanta puntería, que tuvo que pegarse a la pared para no ser arrollado por la caída del cuerpo que rodaba, moribundo, por la escalera hasta estrellarse contra la puerta de la cueva, quedando allí inmóvil. Suponiendo que la detonación pondría alerta a los otros forajidos, subió rápidamente los escalones, bajando al primer piso.

En efecto, su disparo había atraído a un gánster, arma en mano, que se quedó paralizado de estupor al ver al prisionero. Tirándose al suelo, Herbert tiró a matar. El forajido, cogido de improviso, no tuvo tiempo de corresponder. Herido en el pecho mortalmente, se desplomó, rodando su revólver por el piso con sonido metálico y siniestro.

Recordando las palabras de Beth, se preparó a reducir al tercer y último enemigo en la casa. Corrió, en cuclillas, a refugiarse tras un monumental sillón de cuero. Vigilaba todas las puertas especialmente la de la entrada.

De pronto, tuvo la impresión de un peligro inminente. Cuando quiso localizarlo, ya era tarde: una bala fue a hundirse en el respaldo del sillón, a tres pulgadas de su cabeza. Pasándose al otro lado, alzó la vista. Desde el piso superior, por una ventana, un individuo le estaba apuntando a mansalva. Serenamente y con presteza, le disparó con el revólver dos proyectiles. El primero le rozó la sien izquierda, y el segundo le alcanzó en la frente, abriéndole un boquete horrible. Con un alarido agónico, el forajido perdió el equilibrio, dada su postura forzada, estrellándose contra el suelo. Una informe masa sangrienta quedaba del último guardián de la casa.

No fiándose del todo, Herbert recorrió, con las precauciones debidas, las distintas dependencias del edificio. No vio a nadie más. Tomó el teléfono, en el ardor de la aventura, para comunicar con su División, pero el aparato no daba la señal de marcar.

Bajó corriendo a la cueva. Para abrir la puerta tuvo que apartar el cadáver de Mull. Beth salió a su encuentro, pálida y nerviosa, intranquila por el resultado de su traición.

—Vámonos, Beth. Todo ha ido bien. ¿Dónde habrá un coche?

—Tengo el mío en el patio.

Salieron por la puerta de la muralla y enfilaron el automóvil en dirección al centro de Chicago. La noche había caído sobre la ciudad, y las luces iluminaban de trecho en trecho aquellas callejas de los suburbios.

Durante el trayecto, Beth aconsejaba a Herbert que pusiera en conmoción a todos los suyos de la División; él, que había cambiado de parecer, deseaba enfrentarse con Reed, pedirle explicaciones y tratar de salvarle la vida en aquel derrumbe total que se avecinaba. El criterio de Herbert se impuso, y entonces Beth, dispuesta a ayudar al agente, en su propósito de escapar con bien y no ser denunciada, se prestó a conseguirle la entrada en la casa de Reed, que estaría muy protegida, temiendo los ataques de la Maffia siciliana.

Al llegar a la mansión de Sax, en Lake Shore Drive, detuvieron el coche ante la puerta de hierro de la verja. Beth se apeó, pulsando el botón de llamada. No dejó de ver unas sombras en los portales de las casas vecinas; supuso que eran secuaces de Sax, guardando los alrededores. No temía nada de ellos la joven; todos la conocían y no se les ocurriría impedirle el paso.

La mirilla de la puerta se abrió, no pudiéndose ver la cara que examinaba a la visitante.

—Abre; soy la señorita Owens. Date prisa. He de ver enseguida a Sax.

Su determinación y su carácter de novia del jefe fué el «Sésamo, ábrete» de la residencia de Reed. Ella volvió al coche, se sentó al volante, mientras Herbert se dejaba caer al suelo del automóvil para que no lo viese el portero: un gángster armado hasta los dientes.

VII

EN LA GUARIDA DEL JEFE



N la puerta de la casa, Beth realizó similar operación, mientras observaba a varios hombres en el jardín, rodeando el edificio. Nadie podría, por la violencia, atravesar aquella guardia de criminales victoriosos, después de las derrotas infligidas a la Maffia. Cuando el segundo portero abrió la puerta, Herbert salió del coche, aprovechando la oscuridad del jardín, y entró detrás de la joven. El gángster quedóse sorprendido al ver a quien él creía prisionero. Beth lo arregló, diciendo, no con mucha tranquilidad:

—Sax nos ha llamado. ¿Dónde está?

—Está ahí, con Robson, señorita. Esperen, que voy a...

—Tú no vas a nada —le dijo Herbert, colocándose a su espalda y metiéndole el cañón de su automática entre las costillas.

Se había decidido a actuar de aquella forma, observando que no había nadie en el vestíbulo, cuyas ventanas tenían echados unos cierres metálicos, convertida la casa en una fortaleza.

Con el gángster por delante fueron hacia la biblioteca, El agente especial sintió la tentación de golpear la nuca del portero, pero el temor a causar ruido, sin saber qué hacer luego con el cuerpo, le obligó a conducirlo a la biblioteca. Entró primeramente Beth, asomándose y fingiendo una alegría desbordante. Su presencia sorprendió a Reed y a Robson, ambos examinando un mapa extendido sobre la mesa central.

—¿Qué es esto, Beth? ¿Quién te ha llamado? —preguntó Sax, irguiéndose. Y al ver detrás a su secuaz, seguido de Herbert, palideció ostensiblemente—. ¿Cómo...?

—¡Manos arriba! —ordenó Herbert, cerrando con el pie la puerta y mostrando su automática.

Una maldición horrorosa se escapó de los labios del jefe, sin obedecer la orden. Robson tampoco lo hizo.

—¡Manos arriba!

—¿Estás loco, Herbert? Has logrado escaparte, y ¡ahora te atreves a detenerme! ¿Eres capaz de venir a mi propia casa? Estás pasándote de la raya, y me veré obligado a...

—¡Levanta los brazos y entrégate! Es lo mejor que puedes hacer, si quieres salvar la vida.

—¡Nunca me entregaré! —Manifestó Sax, con su sonrisa de loco.

—Tengo la casa rodeada de gente. Al primer disparo que suene, atacarán —mintió Herbert, tratando de intimidar a su amigo.

—¡Nunca me entregaré! —repitió Sax, adelantándose hacia el agente.

Se iba aproximando paso a paso, con su mirada fiera clavada en él. Beth gritó histéricamente, asustada. No podía ver así a Sax; conocía su mirada asesina.

—¡Detente, o tendré que...! —dijo Herbert.

Como una máquina, Sax avanzaba, sin miedo aparente, cruzando el centro de la biblioteca.

—No eres capaz de matarme, Herbert. Tú no puedes matar a tu mejor amigo. Tienes conciencia y te remordería durante el resto de tu vida. Dorothy no te lo perdonaría nunca. Mi muerte a tus manos os costaría la felicidad. Mi recuerdo se interpondría entre vosotros como un fantasma. ¡No puedes disparar! —decía, entre risas leves, cortadas, escalofrantes. Y seguía avanzando.

Temblaba el pulso del agente especial. Aquellas palabras le taladraban el cerebro, creyendo vivir una pesadilla. Estaba al alcance de su mano defenderse, y no podía hacerlo. Desesperadamente buscó una solución. A sangre fría golpeó con el cañón de su arma la cabeza del gángster que tenía al lado, derribándolo sin sentido al suelo. Libre de enemigos cercanos, y sin querer disparar tampoco por los que estaban en el jardín, entregó su revólver a Beth, diciéndole:

—Cuídate de Robson. Al menor movimiento, lo acribillas.

La joven, temerosa de Sax, se apartó, apuntando al lugarteniente, que permanecía quieto, esperando la ocasión oportuna de atacar. Herbert se guardó la automática. Sax estaba ya a cinco pasos de él. Simuló acobardarse, encogiéndose, y de súbito, en un plongeón de atleta, se lanzó contra Sax, golpeándole el vientre con la cabeza. Los dos cayeron sobre la alfombra; pero el *boss* había sido golpeado rudamente, por sorpresa, y estuvo paralizado unos instantes. Aquel momento lo aprovechó Robson para sacar un revólver, agachándose y eludiendo la bala de Beth, disparando a su vez contra el agente especial, caído en el suelo. El miedo a herir a su jefe le hizo fallar el tiro. La automática de Herbert disparó a través del bolsillo, alcanzando con su proyectil el estómago del lugarteniente, que vaciló, terminando por dar una vuelta sobre el piso, pero con vida para disparar nuevamente con mano temblorosa.

—¡Protégete, Beth! —dijo el agente a la joven—. Vengo ahora mismo.

Se asomó al vestíbulo. No había nadie allí, pero en la puerta del jardín, cerrada por el portero después de pasar ellos, sonaban los golpes de unas culatas de arma. Los gangsters estaban alarmados al oír el tiroteo en el interior y buscaban la entrada, sin atreverse a disparar contra la cerradura, temiendo llamar la atención de los transeúntes por la calle. Tardarían un rato en echar la puerta abajo

a fuerza de empujones o golpes con algún objeto voluminoso. Las ventanas tampoco eran fácilmente franqueables. Y la servidumbre, gente no criminal, estaría escondida en sus habitaciones, con miedo a asomarse.

Al regresar, acelerado por un grito de Beth, vio que Sax se había repuesto del golpe antes de lo previsible y se acercaba al interruptor, apagando la luz de la biblioteca. Sin miedo, y sí temeroso por Beth, el agente especial entró de un salto, tirándose al suelo, cerrando la puerta de un puntapié al caer. No quería que Reed pudiera escapar.

Con la automática en la mano, conteniendo la respiración, se alejó de la entrada, adivinando los propósitos traicioneros de Sax. Sí, estaba seguro, sin tener, en realidad, motivos, que su antiguo amigo sería incapaz de emplear sus armas. En la oscuridad se lo imaginaba acechándole, y aproximándose, con los brazos extendidos para agarrarle e inmovilizarlo.

Bajo esta insensata creencia, él se guardó la automática. De Robson no había que temer nada. El tiro en el vientre le habría producido una hemorragia intensa y un desvanecimiento, si no la muerte.

Se oía la respiración jadeante de Beth en el rincón de la derecha, a punto de desmayarse. Su último esfuerzo, con ningún otro motor que su histerismo, agudizado por la situación, le hizo gritar:

—¡Entrégate, Sax! ¡Estás perdido! Han muerto muchos de tus hombres. Allí, en la quinta, no queda uno.

Sus locas palabras, como loca había sido toda su vida, revelaron a Reed la traición. Comprendió que había sido ella quien había sacado a Herbert de su encierro.

Sonaron dos disparos, y seguidamente un gemido hondo.

—¡Cana...! —se oyó decir a Beth, débilmente.

Luego un golpe sobre el piso, un golpe suave.

Después, silencio. Reed había matado a la traidora.

Al resplandor de los fogonazos, Herbert vio a Sax agazapado detrás de una butaca, y él también quedó iluminado.

Haciéndose de nuevo las tinieblas, el agente especial cambió de posición, arrastrándose cautelosamente.

Comenzó una persecución emocionante. Se buscaban los dos amigos en la oscuridad, sin respirar siquiera, colocando pies y

manos levemente sobre la alfombra, que amortiguaba sus tropiezos al moverse. Era un deslizamiento de reptiles al acecho.

Súbitamente se oyó un ruido en medio de la habitación, como de algo caído de la mesa central. Dando un rodeo, Herbert avanzó, pensando encontrarse con el otro. No deseaba matarlo, sino cogerlo. Oía los fuertes golpes de los gangsters en la puerta de la casa. De un momento a otro irrumpirían en masa, sin que nadie pudiera detenerlos.

Extendió un brazo y sus dedos tocaron una pata de la mesa central; hizo un leve ruido el roce. Seguidamente, dos manos cayeron sobre él, una en los hombros y la otra en la pierna izquierda. ¡Reed lo había atrapado!

Cuerpo a cuerpo, en las tinieblas, empezó una lucha bestial. Ninguno quería matar, sino inmovilizar. Reed había hecho gimnasia desde pequeño, no descuidándose en sus tiempos posteriores; Herbert ponía en práctica las enseñanzas recibidas en la Academia de Quántico[1].

—¡No te resistas, o tendré que destrozarte, Herbert! —dijo Reed, roncamente.

Su voz delató a su boca, y un puñetazo de Herbert le hizo cerrarla. Con un rugido de cólera se empleó a fondo con el agente del

F. B. I.

Éste, en peor posición, aguantaba los golpes, y todo su afán era no dejarse coger en ninguna presa, empleando él, a su vez, las llaves conocidas, deshechas inmediatamente por el vigor del criminal gángster.

Fueron derribadas las butacas, una mesa fué volcada, produciendo gran estrépito.

Con un hábil movimiento, Herbert logró montarse encima de Reed, colocando a éste boca arriba; pero le faltaban manos al agente especial para sujetar el rebelde cuerpo y parar los golpes que le tiraba. Viendo las de perder, utilizó un truco por él conocido. Aflojó la presión que ejercía sobre el gángster, y cuando éste trataba de incorporarse, le golpeó la cara con la cabeza, en un movimiento lateral. Su cráneo pareció estallar por la parte de la sien izquierda, mas Reed creyó que se le saltaban los huesos de la cara, nublándosele el cerebro.

Aquellos instantes de debilidad fueron aprovechados inteligentemente por Herbert, quien comenzó a golpear con ambos puños la mandíbula y el cuello de su antiguo amigo, pues no podía precisar en la oscuridad. La acción demoledora de sus puñetazos hicieron efecto, y al momento Reed dejó de resistirse, quedándose inmóvil.

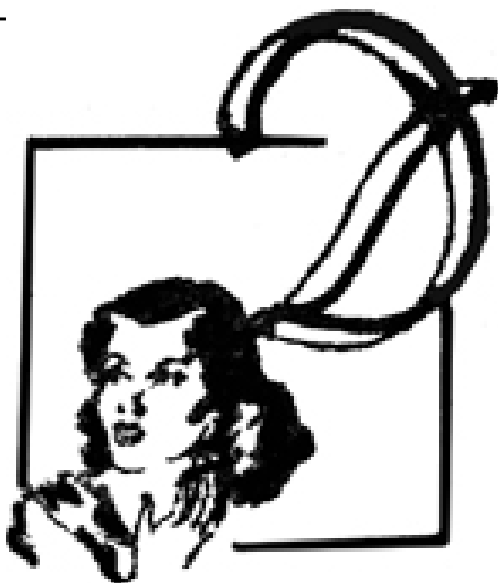
De un salto, Herbert se levantó, dirigiéndose al interruptor. A tientas lo localizó. Se hizo la luz en la biblioteca. La escena era espantosa: dos cadáveres, el de Beth y el de Robson, en postura horrenda, y dos cuerpos con vida, yacentes: el del portero, todavía sin recobrar el sentido, y el de Sax Reed, con la cara deshecha por los golpes, sangrando y respirando débilmente. Herbert se vio en el espejo, y tampoco él ofrecía aspecto de vencedor. Sangraba por varias heridas.

Los porrazos en la puerta de entrada le volvieron a la realidad. No podía dormirse en los laureles, estando rodeado de enemigos. Como la biblioteca y el despacho de Reed eran las dos únicas habitaciones en comunicación, aisladas del resto de la planta baja, optó por atrincherarse allí. Cerró bien la puerta, atrancó unos muebles y, apoderándose de cuantas armas encontró en los caídos, penetró en el despacho. Sabía que allí estaba el teléfono.

Al momento estuvo hablando con su División. Los puso en antecedentes con breves palabras y se explayó en detallarles el lugar y el emplazamiento de su provisional refugio, advirtiéndoles el peligro que representaban los gangsters en el jardín.

VIII

TRÁGICO FINAL



—afirmó Dorothy, en su habitación del hotel, donde vivía con la tesorera de la Liga Antialcohólica del Este.

Herbert la miraba, perplejo, con el entrecejo fruncido.

—No le he hecho la principal acusación, Dorothy. Las muertes han quedado a cargo de Robson. Hice a tiempo la declaración y se lo advertí al propio Ted.

—No es suficiente; hay que sacarlo de la cárcel. Estuve hablando con su abogado, y me aseguró que todo dependía de ti. Si tú declaras que la culpa fué de sus hombres y no de él, se quedaría reducido todo a pocos años de cárcel, no a la condena tan larga que

ahora le espera. ¡Debes hacerlo, Herbert!

—Cálmate, Dorothy. No me pidas más de lo que puedo hacer. No te he dicho algo que me callaba. El inspector de la División sospecha de mí. Me ha acusado de debilidad, si no de soborno. El cree, y está en lo cierto, que yo trato de salvar a Ted en lo posible. Y hasta ha llegado a esgrimir la amenaza de formarme expediente para expulsarme del

F. B. I.

Seguidamente me llevarían a mi ante los Tribunales. ¡No puedo hacer más!

Durante unos minutos la joven permaneció callada, pero volvió a la carga, preguntando:

—¿Es que no te remuerde la conciencia de ser tú la perdición de Ted?

Herbert pareció escuchar las palabras proféticas de Sax en la biblioteca; había resultado cierta la profecía. Su fantasma se interponía entre él y Dorothy, quebrando las relaciones que los unía.

Y como Herbert callase, ella insistió:

—No puede pesar esa responsabilidad sobre ti. Ted será un criminal, pero es tan nuestro que...

—¿Tanto lo quieres? —preguntó el agente del

F. B. I.

, excitado—. ¿Tanto te preocupa su suerte, que estás dispuesta a consentir que me expulsen y me metan en la cárcel por faltar a mi deber?

Los dos se miraron frente a frente, escudriñándose mutuamente, tratando de leerse el pensamiento. Dorothy recapacitó, dándose cuenta del paso que acababa de dar. En su corazón se libró una batalla feroz. Venció lo que debía vencer. Susurró, con lágrimas en los ojos:

—No, Herbert; eso, no. Tú estás antes que él. Sea lo que Dios quiera.

El agente especial se acercó a ella y, cogiéndola por los hombros, la atrajo a sí dulcemente, besándole el cabello.

—Haré lo posible por salvarlo. No he podido ir a verle en la semana que lleva preso, pero iré esta tarde. Hasta ahora me daba miedo visitarlo.

Dos horas más tarde, Herbert Prentis entraba en la celda de hierro y cemento que encerraba a Sax Reed. Había recorrido los distintos corredores sombríos y luego la galería de celdas de aquel ala de la prisión, viendo a través de los gruesos barrotes a los presos, enjaulados.

Sax estaba sentado a una mesita, haciendo solitarios con una baraja. Levantó un momento la cabeza y prosiguió manejando los naipes, como si no conociese a Herbert.

Éste dijo al vigilante:

—Cierre por fuera y apártese —valiéndose de su autoridad como agente especial del

F. B. I.

Conociendo el carácter de Sax, no le saludó siquiera. Tomó la otra banqueta y se sentó frente a él. Así permanecieron unos momentos.

—¿Quieres un cigarrillo?

—Gracias: tengo de sobra —contestó el gángster, siguiendo con el solitario.

El nerviosismo de Herbert era evidente y natural. No sabía cómo empezar ni qué decir, en realidad.

—Ted: Dorothy y yo estamos muy preocupados por ti.

El comentario de Reed fué una sonrisa irónica, que invitaba más a marcharse que a seguir hablando. No obstante, Herbert prosiguió:

—Yo he hecho cuánto he podido por evitarte... lo peor, Ted. Dorothy dice que debo sacarte con bien, retirando mi acusación, de forma que... —se interrumpió, sin saber explicarse—. Lo que ella me ha propuesto significa... Y si con ello consiguiéramos sacarte, créeme que lo haría. Desde que ocurrió estoy que no vivo ni sé lo que hago, y maldigo la hora en que vine a Chicago y te encontré.

—¿Qué propone Dorothy? —preguntó Reed, siguiendo con su juego, como si la visita no le concerniese plenamente.

—El inspector mío no es torpe y se ha dado cuenta de la verdad. Me ha amenazado con expulsarme del

F. B. I.

; detrás vendría mi juicio por faltar a...

—Para ti es mucho el

F. B. I.

, ¿verdad? —interrogó Reed, suavemente.

—Es todo. Me han enseñado a tener un concepto de la dignidad; y destruir ese concepto es romper mi vida. No se trata de la expulsión en sí; podría muy bien encontrar trabajo como contable en cualquier empresa; ni siquiera la cárcel: es desequilibrar mi moral y vivir para siempre en un infierno. Mucho te quiero, pero he visto tantos horrores por tu causa... La resistencia de tus hombres en tu casa costó la vida a dos agentes y a tres policías. Cuatro de ellos tenían familia. ¡No quiero ni pensar en esos hijos que por tu culpa han quedado...!

—¡Basta ya de idioteces! —gritó Reed, arrojando de un manotón las cartas al suelo y poniéndose en pie.

Su expresión apacible e indiferente había cambiado, para tornarse colérica, con las venas de las sienes hinchadas y con los ojos chispeantes de cólera.

Herbert se levantó a su vez, sorprendido de aquella reacción violenta. Acercándosele, Sax dijo, mientras sus labios se arqueaban en una sonrisa repugnante:

—Tu moral, ¿eh, pollito? Tu cacareada moral de siempre te impide ahora salvar a un amigo, y esa misma moral evita que lo hundas más todavía, hasta meterlo en la silla eléctrica. ¡Maldito seáis tú y tu moral y el día en que te conocí! Siempre me burlé de vosotros, imbéciles paniaguados, sin sangre para luchar como se ha de luchar. Me martirizasteis con vuestras súplicas y vuestros consejos, queriéndome apartar de mi camino. Nunca me comprendisteis, y menos ahora, con tantos prejuicios encima. Desde pequeño me reí de ti, sobre todo. Te engañaba con unas cuantas mentiras de arrepentimiento, y tú me creías, mientras yo estaba riéndome a gusto. ¿Recuerdas cuando te pegaba? ¿Te acuerdas de aquel día que robé las cajas de medias en la estación? Te dije que iba a devolver el dinero, y tú me creíste.

En su monstruosa excitación, Sax Reed, como loco, se echó a reír con su característica risa, capaz de enervar al hombre más sereno. Echándole el aliento a Herbert, inclinado sobre él, le gritó a la cara:

—Aquel dinero me lo gasté en *whisky* y en mujeres. ¡Era tan fácil engañaros! El pobre Bunce decía quererme como un padre. ¡Maldito sea, y todos vosotros, que me habéis llevado a la perdición! Y tú, tú nunca has sido un hombre de verdad. Siempre estudiando, sin romper un mal cacharro. Un niño hipócrita y

santurrón, cuya proximidad ya me daba asco. ¿Y tan poco hombre eres ahora que por una mujer, la cargante Dorothy, que te dice que has de salvarme, vienes como un borrego? Si fueses hombre, la habrías matado ya a estacazos, que es como se debe tratar a las mujeres. Mátala, y me darás la mayor alearía, si después te pegas un tiro, en virtud de esa dichosa moral.

Y pasando de las palabras ofensivas a la acción, comenzó a golpear a puñetazos al desprevenido Herbert. Tal escándalo se formó en la prisión, uniéndose a los gritos de Sax los demás presos, con un vocerío ensordecedor, que el vigilante corrió a abrir la celda, permitiendo la salida del agente especial, que había sido golpeado desprevenidamente.

Al salir Herbert de la galería, componiéndose la vestimenta, aún oía las demoníacas carcajadas de Sax Reed.

Éste, en cuanto hubieron pasado dos minutos, cesó en sus risas, mientras apoyaba el cuerpo y la cara en el frío muro de cemento. Si alguien hubiese estado allí, habría visto que los ojos de Reed estaban preñados de lágrimas. En sus ojos ya, sólo latía una expresión de dolor infinito. La comedia, el drama, había terminado.

Cinco minutos más tarde pedía al carcelero pluma y papel, diciendo que iba a escribir la confesión de todos sus delitos. Tardó media hora en hacerlo, contando su vida desde la niñez, haciendo una completa memoria. En ella relataba la bondadosa influencia de Bunce, el cariño fraternal de Dorothy y de Herbert, y narraba todos sus crímenes, poniendo de relieve la labor inteligente y audaz, rayana en la temeridad, del agente especial del

F. B. I.

, Herbert Prentis.

Sin temblarle el pulso, firmó el documento, que sería su condena de muerte.

Dos meses después, celebrado el juicio y condenado a la silla eléctrica, el capellán de la prisión, el director y dos vigilantes, abrieron la puerta de su celda.

—¿Estás preparado, hijo mío? —le preguntó el capellán.

—Sí, padre.

Y erguido, con palidez cadavérica en su semblante, pero a paso firme, marchó junto al capellán por la larga galería, seguido del

director y los vigilantes.

Del silencio sepulcral que reinaba en la cárcel nació un murmullo *en crescendo*, cada vez más ruidoso, hasta convertirse en un infernal griterío de todos los presos, que descargaban así su tensión emocional, por la muerte que iba a recaer sobre uno como ellos.

Al fondo de la galería, a lo lejos, y a través del hueco de una puerta, se veía la sobrecogedora silla eléctrica, aguardando a la víctima, con su imposibilidad de verdugo.

FIN

PERSECUCION

Es la interesante vida de un Agente Especial del F. B. I. que se sume, por obra de un hombre implacable en su odio, en un pánico que asombra y sobrecoge. ¡Un extraño conjunto de reacciones misteriosas y, a la vez, humanas! El miedo a un hombre, al parecer insignificante; el deseo de matarlo, sin dejar de temerlo...

O. C. TAVIN

es el genial creador de esta novela muy distinta a las suyas anteriores, pero siempre con su nervio dramático y excitante, demostrando un profundo conocimiento del alma.

PERSECUCION

Causará honda mella en la memoria de los lectores que se apresuren a adquirirla y no les suceda, como a muchos, que el próximo número se agote apenas salga a la venta.

¡PERSECUCION!

¡O. C. TAVIN!

¡F. B. I.!

¡TRES GARANTIAS DE EXITO!

NOTAS

[1] Conózcense las interesantes enseñanzas que reciben los agentes del

F. B. I.

, leyendo las magníficas novelas de Alf Manz: «¡Culpable!» y «Terror en la Academia de Quántico». (N. del E.). < <